

# WENDIGO



Los fieros hombres lobo llamados Garou se enfrentan a un mensajero del Apocalipsis, una enorme bestia del Wyrn capaz de devorar la misma historia y que amenaza con corromper Europa entera. En estas últimas partes de la serie Novelas de Tribu, los Garou tienen una última oportunidad de proteger a Gaia y derrotar a esta terrible monstruosidad.

En la Novela de Tribu: Wendigo, John Hijo del Viento del Norte y su Manada del Río Plateado dirigen a los suyos en una última y desesperada batalla.



Bill Bridges

# Wendigo

**Novelas de tribu - 14**

ePub r1.1

TaliZorah 09.07.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 7: Black Spiral Dancers & Wendigo*  
Bill Bridges, noviembre de 2002  
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano  
Ilustración de la portada: Steve Prescott  
Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah  
ePub base r1.0



## Prólogo



*Vancouver, Columbia Británica, 1983*

El viento soplaba desde el norte siempre que Tormenta Matutina iba sola a los bosques. Nadie sabía lo que hacía allí y aunque algunos pensaban que era raro que abandonase a sus compañeros de manada en estas ocasiones, en su tribu no se consideraba algo inusual. Era una Garou del Pueblo Wendigo, una mujer lobo con fuertes vínculos con la tierra; si quería ir sola a los bosques, era señal de que había oído una llamada. Todos creían que era sabio responder a estas llamadas.

Junto a su manada, el Don del Trueno, patrullaba el sur de la Columbia Británica, siguiendo el rastro de la contaminación del Wyrn hasta su escondite y destruyéndolo o persiguiéndolo hasta devolverlo al otro lado de la frontera, fuera espiritual (la Umbra) o física (los Estados Unidos).

Al principio, sus compañeros de manada no prestaban demasiada atención a los solitarios vagabundeos de Tormenta Matutina. No suponían un estorbo para sus cacerías. Ella sólo se ausentaba cuando había cumplido con sus obligaciones, en los raros momentos de ocio entre las cacerías. Sin embargo, y esto era muy extraño, cuando pedía permiso para marcharse, nunca se

comportaba como si tuviera derecho a hacerlo. Era casi como si fuera otro el que la llamara, alguien a quien hubiera conocido en sus solitarios viajes.

Regresaba a la manada muy cansada, como si llevara días caminando, pero con una sonrisa en el rostro que ni siquiera las bromas más despiadadas podían borrar. Era como si su furia fuera un bebé adormilado, no el monstruo terrorífico de costumbre que había que reprimir con esfuerzo antes de que se manifestara. Cosa rara en un Ahroun, uno de los guerreros nacidos bajo la luna llena. Tormenta Matutina era la guerrera principal de la manada. Y sin embargo, siempre que aparecía el enemigo, parecía que tenía furia de sobra para combatirlo.

Un día Ladra-Coches se burló de ella con la excusa de sus solitarios viajes.

—¿Dónde vas, Tormenta Matutina? ¿Finges que eres un lupus, un nacido a cuatro patas?

El Rabagash sonrió al decir esto, porque al igual que ella, era humano de nacimiento, pero pensaba que el origen salvaje de sus hermanos lobo era divertido y trágico.

—Dónde voy es asunto mío, Sin Luna —respondió Tormenta Matutina, mientras se le erizaba el vello, miraba los ojos de Ladra-Coches y amenazaba con desafiarse—. No vuelvas a preguntármelo.

El pobre bromista salvó la cara fingiendo que resbalaba con una cáscara de plátano, con lo que pudo arrojararse de espaldas frente a Tormenta Matutina —un signo de sumisión lupina— al tiempo que dejaba bien claro que todo era una broma por medio de un viejo truco de vodevil. Los demás se rieron, y también lo hizo Tormenta Matutina y de este modo todo el mundo quedó contento.

Pero Tormenta Matutina no podía seguir ocultando su embarazo. Su constitución musculosa logró mantener engañados a sus hermanos de manada más tiempo de lo normal, pero al quinto mes la hinchazón de su vientre no pudo seguir atribuyéndose a la musculatura de un guerrero. Su secreto había durado demasiado.

Diente Salvaje, el macho alfa, saltó sobre ella y la tiró al suelo. Se encaramó encima de su pecho y le acercó el hocico a la oreja para gruñirle:

—Explícate, Tormenta Matutina! ¿Quién es el padre de la criatura que llevas en el vientre?

Tormenta Matutina rugió y se lo quitó de encima con un repentino arrebató de cólera: la furia había despertado en su cuna. Gruñó y adoptó la forma de batalla, preparada para enfrentarse a cualquier asalto. Ladra-Coches, que no quería tener nada que ver con tales violencias, se alejó reptando. Los Gemelos de la Flecha de Pedernal intercambiaron una mirada nerviosa, esperando a ver qué hacía el otro. Ojo de Cielo Azul emitió un gruñido sordo en su nativa forma lupina, sin saber muy bien qué hacer, esperando una señal de su líder.

Diente Salvaje asumió forma humana y se sentó sacudiendo la cabeza con exasperación. Esto sorprendió a todos, incluida Tormenta Matutina, cuya furia se marchó como el viento cuando se cierra una puerta. También ella tomó forma humana y se sentó.

—Dime que no es el hijo de un Garou el que está creciendo en tu interior —dijo Diente Salvaje.

—No lo es —dijo Tormenta Matutina—. El niño no será un cachorro lunar. Será puro.

—Entonces no volveré a preguntártelo. Tu secreto te pertenece. Pero debes saber esto: ocultarle un secreto a tus compañeros de manada es una cosa mala. No te traerá la tranquilidad

que anhelas. Sólo atizará el resentimiento y te conducirá a la soledad.

Tormenta Matutina pareció sumirse entonces en una reflexión, como si se dispusiera a revelar la verdad de su concepción, pero al final guardó silencio y aceptó la suerte que pudiera acarrearle su decisión.

Ladra-Coches se le acercó en forma humana, rodando sobre sí mismo como una rueda.

—Oye! —exclamó—. ¿Puedo ser el padrino? El crío necesitará a alguien con sentido del humor en su vida!

Tormenta Matutina sonrió, agarró al travieso Rabagash y le sujetó la cabeza debajo de la axila mientras le frotaba la frente con los nudillos de la otra mano.

—¿Quieres ser el padrino? Sólo si tu cabeza es lo bastante dura para aguantar todos los golpes que voy a darte!

—Ayyyyy! Suéltame! —gritó Ladra-Coches mientras se debatía tratando de escapar. Los demás se echaron a reír porque sabían que el bromista podía escapar de su presa en cuanto se lo propusiera. Ése era su fuerte, liberarse de cualquier atadura.

El asunto quedó pues zanjado y nadie volvió a preguntar quién era el padre del niño.

Llegó el verano y con él el momento en que debía dar a luz. Sabía que no faltaba mucho y les dijo a los demás que debía ser en el bosque, «entre los vientos». Les pidió que la acompañaran y todos accedieron. Aunque algunas veces refunfuñaban al acordarse del secreto que les ocultaba, le profesaban un amor profundo. No estaban dispuestos a faltar en un momento tan sagrado como el nacimiento del hijo de una Garou, aunque faltaran años antes de que su verdadero linaje —como Garou o como mero pariente— fuera a ser conocido.



Tormenta Matutina los llevó a lo profundo del bosque, al lugar en el que, según les aseguro, había concebido al niño. Era un prado oculto en un círculo de árboles, pinos que se mecían en el viento susurrando un suspiro sedoso. Se sentó en el centro del claro, entre las flores silvestres, y esperó. Su manada recorría el bosque circundante, recogiendo agua y comida para llevarle. Al poco tiempo tenían bayas, raíces y carne de ciervo para alimentarla mientras durara la espera.

Tres noches después, durante la luna llena, Tormenta Matutina empezó su labor. Pasadas las contracciones, rápidas y fuertes, al mismo tiempo que aparecía la cabeza del niño, un terrible aullido se abatió sobre el claro y ahogó hasta los gritos de dolor de Tormenta Matutina. El aire echaba chispas, como si hubiera caído un rayo en alguna parte, pero no se veía ninguna tormenta. Parecía haber formas que se movían detrás de las nubes y los árboles temblaban. En ese momento, parte del cielo se abrió y una horda de destellantes criaturas carnosas cayó sobre el claro, como gusanos arrancados de un cadáver zarandeado. La manada profirió un aullido de advertencia mientras las criaturas desgarraban el velo que separaba su mundo y las tierras espirituales, se manifestaban como un diluvio y cruzaban aullando los campos en dirección a la parturienta.

Diente Salvaje gruñó, saltó sobre la Perdición más próxima y le clavó los colmillos en la blanda garganta. Manó sangre púrpura y la cosa cayó muerta pero casi al instante su nuevo cuerpo se disolvió en un montón de mucosa. Pero siguieron llegando, una hueste de criaturas deformes impelidas por el infierno a alcanzar la madre y el niño, que aún entonces seguía luchando por nacer.

Los Gemelos de la Flecha de Pedernal mataron dos más, cada uno de un solo flechazo y Ladra-Coches logró que otra lo persiguiera en lugar de atacar a Tormenta Matutina. Se escondió

detrás de un árbol y dio un salto desde allí mientras la criatura pasaba por donde él había estado. Sus garras la destriparon, dejando un rastro grasiento sobre las flores silvestres. Ojo de Cielo Azul abrió su nuez fetiche con los dientes y liberó al espíritu de fuego de su interior. Una conflagración instantánea recibió a la siguiente oleada de Perdiciones, que profirieron gemidos y gritos de dolor mientras su carne quedaba reducida a cenizas.

En ese momento, sin embargo, una horripilante criatura garbuda que corría sobre tres patas atravesó el muro de fuego. Mientras el niño caía del vientre de Tormenta Matutina, el monstruo abrió las fauces para engullirlo. Sus dientes se cerraron como un cepo, pero no sobre carne de bebé, sino sobre un musculoso brazo Crinos. Tormenta Matutina había adelantado el brazo para defender al recién nacido. A continuación tiró con todas sus fuerzas y la Perdición salió despedida por los aires. Los dientes desgarraron un jirón de ligamentos, pero el niño estaba ileso.

Mientras Tormenta Matutina se inclinaba para cogerlo entre sus brazos, una garra le cortó la garganta desde detrás. La sangre de sus arterias se vertió sobre el niño mientras ella se volvía y le aplastaba el cráneo al monstruo con sus últimas fuerzas. Un gorgoteo apagado escapó de su garganta mientras sus ojos se apagaban. Lo último que vio fue a su hijo, un niño humano hermoso y perfectamente formado, que abría la boca e inhalaba una bocanada de aire para preparar su primer llanto.

El grito del niño sacudió el cielo e hizo que se estremeciera la tierra. Jamás hubo trueno alguno tan estruendoso como aquel grito y el aire, azuzado por el sonido, empezó a sacudir violentamente el claro. Apresó las Perdiciones y las arrojó al suelo. Ladra-Coches salió despedido y chocó contra los árboles y tuvo que sujetarse al ramaje para no caer al suelo. El remolino lanzó a Diente Salvaje contra una roca; sintió que se le partían las costillas.

El viento desatado tiró a los demás al suelo; no pudieron levantarse hasta que el niño dejó de gritar para coger aire. Cuando reanudó su llanto lo hizo con voz normal, el sollozo vigoroso y saludable de un recién nacido.

La manada volvió a levantarse para defender al niño de las Perdiciones pero sólo quedaban manchones de mucosa hedionda. Las demás habían escapado o se las había llevado el extraño viento.

Ojo de Cielo Azul se acercó al niño caminando con sólo tres patas y arrastrando tras de sí la cuarta, que estaba rota. Lo acarició con el hocico y el niño se calmó. Su llanto fue perdiendo fuerza. Se atragantó, abrió y cerró los dedos de las manos, dobló los de los pies. La loba cortó con los dientes el cordón umbilical y empezó a lamer los desechos del parto de la suave piel del niño. Si la aspereza de su lengua molestó al bebé, no dio muestras de ello.

Diente Salvaje se puso en pie, con las manos en la cintura, y lanzó un aullido de profundo lamento por la muerte de su compañera de manada. Los demás se unieron a él, aun Ladra-Coches mientras bajaba del árbol.

Los Gemelos de la Flecha de Pedernal, conteniendo el llanto, enderezaron el cuerpo de Tormenta Matutina y le cerraron los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Diente Salvaje—. ¿Por qué han venido? ¿Cómo sabían que estábamos aquí? Es como si supieran que el niño estaba naciendo.

—Debemos preguntárselo a mi mentor, Máscara de Cuervo —dijo Ojo de Cielo Azul, al tiempo que asumía forma humana y empezaba a acunar al niño entre sus brazos—. Él lo sabrá.

Los compañeros recogieron el cuerpo de su camarada caída y lo llevaron de vuelta al clan. Sabían que no podían cuidar de un niño ni criarlo. Dado que el bebé era homínido, lo mejor sería que

lo criarán sus parientes humanos. Ladra-Coches les recordó que la madre de Tormenta Matutina era humana, un miembro de la tribu de Kwakiutl. Todos estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería dejarlo con su abuela.

Sin embargo, lo llevaron primero ante Máscara de Cuervo, el más anciano Theurge de su tribu, un vidente de gran sabiduría al que muchos de los jóvenes Garou consideraban un loco porque a menudo hablaba con acertijos que rara vez recibían respuesta.

—He estado esperando a este niño —dijo el anciano, sentado en la oscuridad de su cabaña, entre el humo de un fuego apagado—. Oí su aullido desde aquí. Tiene una voz poderosa.

—¿Quién es el padre? —preguntó Ojo de Cielo Azul—. Tormenta Matutina no nos lo quiso decir.

—Entonces yo no puedo revelároslo —dijo Máscara de Cuervo—. No quiero enojar a su espíritu. Pero muy pronto se sabrá. Hasta ese momento, el niño debe tener un nombre. ¿Desde qué dirección soplaban el viento cuando nació?

Los miembros de la manada se miraron entre sí, confundidos.

—No lo sé —dijo Diente Salvaje—. Estaba demasiado ocupado matando Perdiciones como para fijarme.

—Espera un segundo —dijo Ladra-Coches—. Creo que venía del norte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Máscara de Cuervo sonriendo.

—Cuando me arrojé contra los árboles, recuerdo con toda claridad que las ramas se inclinaban en una dirección, hacia el arroyo que hay más allá del claro, que se encuentra al sur. Así que el viento debía de venir desde el norte.

Máscara de Cuervo asintió, como si sus palabras hubieran confirmado lo que él ya sabía.

—Entonces se llamará John Hijo del Viento Norte.

Todos los miembros de la manada asintieron. Les parecía un nombre tan bueno como el que más.

—Llevadlo, pues, a su abuela —dijo Máscara de Cuervo—. Ella no conoce su verdadero linaje. No debéis revelárselo. Debe criar al niño como un humano. Eso lo protegerá de las Perdiciones que temían su nacimiento.

—¿Le temían? —Preguntó Ojo de Cielo Azul—. ¿Por qué? ¿Es que está destinado a alguna grandeza?

—Eso le tocará decirlo a él cuando llegue a ser un hombre. No lo temen a él tanto como a su padre. Temen que algún día llegue a poseer su poder. —Antes de que nadie pudiera decir nada, Máscara de Cuervo se tapó la cara con el chal emplumado—. Ahora marchaos y entregad el niño a su abuela. Pero visitadlo de tanto en cuanto, pues puede que un día se convierta en uno de nosotros.

—¿No deberíamos darle un Fetiche de Pariente para que nos mantenga informados de sus progresos? —preguntó Ojo de Cielo Azul.

Una risilla escapó de las sombras que cubrían el rostro de Máscara de Cuervo.

—No. Ya hay quienes lo vigilan. Nos advertirán si llega el momento. Idos.

Dicho lo cual, el viejo Theurge les dio la espalda y empezó a tararear una vieja tonada cuyas palabras nadie parecía entender en aquellos tiempos.

La manada abandonó la cabaña y llevó a John Hijo del Viento Norte con sus parientes humanos, y lo dejó allí para que fuera criado como humano. Pasarían muchos años antes de que su auténtica condición de Garou le fuera revelada. Pero ni siquiera entonces supo quién era su padre.

## Capítulo uno



*Túmulo de Finger Lakes, Estado de Nueva York, en la actualidad...*

Albrecht corría. Había atravesado el Puente de Plata desde el Protectorado de la Tierra del Norte hasta Finger Lakes pero cuando estaba llegando al final se le acabó la paciencia y empezó a apretar la marcha. Llevaba dos días presa de una gran ansiedad, desde que dejara el Clan del Cielo Nocturno, en los Balcanes, por un Puente de Plata aún más largo que éste. Una vez en casa, había tenido que informar a su consejo sobre la incompleta victoria obtenida en Europa, donde él y otros muchos habían conseguido impedir la invocación de Jo'clath'mattric, pero sólo después de que el Clan del Cielo Nocturno hubiera perdido docenas de guerreros veteranos en un asalto directo. No se explayó demasiado en su relato y casi de inmediato entró en un nuevo Puente de Plata para dirigirse allí, donde puede que su compañera de manada hubiera muerto ya.

La llamada de Evan, en la que le pedía que acudiera junto a Mari, había sido corta y se había interrumpido por culpa de los típicos problemas de cobertura de los teléfonos móviles. No tenía la menor idea de lo que podía haber ocurrido en las treinta y seis

horas trascurridas desde entonces. Albergaba la esperanza de que se tratara de buenas noticias pero su corazón le decía lo contrario. No sabía cuántas desgracias más podía soportar. Lo había sobrellevado bastante bien en Europa, pero las cosas son siempre más fáciles cuando no son tus propios hombres los que caen. Konietzko, por su parte, había perdido muchos camaradas y aliados. Pero el viejo guerrero seguía adelante con la cabeza erguida. Albrecht tendría que hacer lo mismo.

Apenas se atrevía a admitir lo mucho que Mari significaba para él. No como amante o como cualquier otra basura de opereta, sino como amiga, casi como hermana. Sí, pasaban la mayor parte del tiempo como el perro y el gato, pero eso no era más que una fachada aceptada tácitamente por los dos para no tener que admitir que se profesaban sentimientos que hubieran podido considerar empalagosos. Evan se había dado cuenta de ello hacía mucho y había terminado por aceptar aquella manera típica —entre los Garou, al menos— de relacionarse.

La luz lunar del puente dio paso al más profundo índigo de la noche cuando Albrecht puso el pie en tierra firme. Tuvo que frenar su carrera rápidamente para impedir que su impulso le hiciera caer en el claro, un prado situado a cierta distancia del túmulo con el expreso propósito de recibir a los visitantes.

—¡Alto! —exclamó una voz ronca—. ¿Quién osa entrar en este túmulo sin ser invitado?

—¿Sin ser invitado? —dijo Albrecht, incapaz de contener la furia mientras miraba a su alrededor en busca del que había hablado—. Tú has abierto el puente para mí. ¿Quién demonios eres?

—¡Tu peor pesadilla!

Alguien saltó desde atrás sobre la espalda de Albrecht, le rodeó el cuello con un brazo y lo arrojó limpiamente al suelo con una

llave de Judo antes de que tuviera tiempo de pensar en reaccionar.

Albrecht gruñó y estuvo a punto de adoptar la forma Crinos, pero entonces vio a su atacante sobre él, sonriendo. Se lo quedó mirando estupefacto y balbució algo ininteligible.

—¿Y bien? —dijo Mari mientras se inclinaba sobre él con los brazos en jarras—. ¿No vas a disculparte por entrar en un túmulo de los Furias Negras sin ni siquiera un «Se puede»?

—Oh, vale, lo siento —dijo Albrecht con una sonrisa de oreja a oreja—. Siento no haber estado aquí para ponerte en tu sitio cuando despertaste. Es evidente que te has desmadrado un poco desde la última vez que nos vimos.

—¿De veras? —dijo Mari—. ¿Y no era así antes de mi coma?

—Me retracto. Lo eras. ¿Cómo he podido olvidarlo? —Le tendió una mano—. ¿No vas a echarle una mano al rey para levantarse? Sobre todo teniendo en cuenta que has sido tú la que lo ha tirado al suelo.

Mari cogió el brazo de Albrecht y dio un tirón. Se unieron en un abrazo cuando él volvió a estar en pie. Lo apretó con fuerza un momento, en silencio, y él le devolvió el abrazo. Por una vez, sabía cuándo debía mantener la boca cerrada. Mari lo soltó y señaló el camino.

—Alani quiere verte, Albrecht. Todo el mundo quiere saber lo que está pasando en el mundo. Evan dice que has estado en Europa. —Sacudió la cabeza—. Confío en que no hayas insultado a nadie durante tu estancia. Si hay alguien que representa a la perfección al clásico paleta americano, ése eres tú.

—Coño —dijo Albrecht—, por supuesto que he insultado a alguien. Pero ya se les ha pasado. Ahora somos colegas. Soy el rey, ¿recuerdas? Eso me convierte en un tipo realmente popular.



Mari echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada mientras caminaba junto a Albrecht.

—Oh, sí. Un tipo realmente popular. Y yo me lo creo. Albrecht, si no tuvieras a Evan para cuidar de ti, habría un rastro de cadáveres como testimonio de tus habilidades diplomáticas.

—Bueno, en realidad lo hay, pero son cadáveres de Danzantes de la Espiral Negra.

La mirada de Mari se ensombreció y la sonrisa abandonó su rostro.

—¿Fue duro?

—Sí. Cayeron muchos buenos tipos. Pero no fue en vano. Una colmena entera de Espirales destruida antes de que pudieran convocar a Jo'clath'comocoñosellame. Pero, oye. —Albrecht se detuvo y le puso una mano en el hombro—. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás recuperada del todo? ¿Cómo coño te despertaron?

—Estoy bien... O por lo menos lo estaré. Estoy débil pero mis fuerzas están aumentando.

—¿Débil? ¡Si acabas de tirarme al suelo!

—Palanca. Esa clase de movimiento requiere poca fuerza muscular, en especial contra un adversario sorprendido y torpe como tú.

Albrecht rió y sacudió la cabeza.

—Vale, te lo concedo. Será mejor que aproveches el momento, te lo has ganado. Pero a partir de mañana, se acabaron las contemplaciones.

—No las necesito, Albrecht. Puede que mi espíritu haya estado atrapado en un tormento interminable pero ya lo he superado.

—Joder, ¿y qué demonios era eso? ¿Una especie de reino del Wyrn?

—No, era mi propia oscuridad, mi propia historia oculta y negada. Supongo que reprimimos muchas cosas del tiempo anterior a nuestro cambio. Algo de eso volvió para atormentarme.

—[Albrecht! —exclamó una voz desde más adelante, cerca de la primera cabañas construidas para albergar al clan.

—[Evan! —respondió Albrecht saludando con el brazo—. Ven aquí. ¿Dónde estabas cuando llegué?

Evan se acercó corriendo y le dio un puñetazo en el brazo.

—Mari quería que fuera una sorpresa. Pensó que sería mejor que te pusiera en tu sitio en cuanto llegaras para que no empezaras con tu típica rutina de «he estado pateando culos en Europa».

—Eh, aún tengo la intención de darme ese gustazo, chico. Me lo merezco. Las cosas no han sido fáciles por allí.

—Estoy seguro de ello. Me alegro de que hayas vuelto. Me alegro de que hayamos vuelto todos.

Mari sonrió y lo despeinó. Ahora era mucho mayor que cuando lo había ayudado a superar su Cambio y los peligros que éste acarrea, pero seguía sintiendo por él un afecto propio de hermana mayor.

—Vamos, Alani está esperando.

Doblaron juntos el recodo y se encontraron frente a un grupo de mujeres de todas las edades reunido en los escalones de una cabaña algo más grande que las demás. El porche estaba iluminado por la luz de las ventanas, que subrayaba el rostro de la más vieja de ellas, una anciana de color.

—Saludos, Rey Albrecht —dijo Alani Astarte, líder del Clan de la Mano de Gaia—. Me alegro de verte de regreso de una pieza.

—Hola, Alani —dijo Albrecht—. Gracias, y gracias también por curar a mi compañera de manada.

—Yo no fui la que curó a nuestra hermana. Eso has de agradecersele a la manada del Río de Plata. Fueron ellos, la Tercera Manada de la profecía de Antonine, quienes regresaron con el conocimiento necesario para traerla desde la oscuridad.

—¿De veras? ¿Dónde están? Quiero darles las gracias en persona.

—Esperan dentro, con los demás visitantes, impacientes por oír noticias del ancho mundo.

—Muy bien, vamos dentro para que pueda contároslo con todos los detalles jugosos.

Indicó a Alani que pasara delante. El diplomático gesto hizo que la anciana sonriera y asintiera. Algunos dirían que, como rey, tenía derecho a pasar antes que los demás, pero aquél era el clan de Alani, que además llevaba mucho más tiempo que él entre los Garou. Eran gestos como éste los que habían hecho que gozara de gran popularidad entre las demás tribus, que de otro modo se hubieran mofado de la simple idea de que un Colmillo Plateado pudiera tener alguna autoridad sobre ellos como rey.

En el interior, la sala estaba llena de mesas y bancos y parecía el comedor de un campamento. Los aromas de la comida se colaban desde la cocina de la parte trasera. Había hombres y mujeres en los bancos, conversando entre sí. Las mujeres eran mucho más numerosas y en general los presentes se agrupaban por sexo. La mayoría estaba compuesta por las Furias que vivían allí. Entre ellas había algunos Hijos de Gaia, que compartían el título pero no desempeñaban un papel tan importante en su dirección.

Todas las conversaciones cesaron cuando entró Alani, seguida por el rey Colmillo Plateado y su manada. La manada del Río de Plata, sentada a la derecha de la entrada junto a una mujer que parecía una hippie de mediana edad, se levantó como muestra de

respeto hacia ellos. La mujer hizo lo mismo, al tiempo que sonreía y saludaba a los recién llegados.

Albrecht parecía sorprendido de verla.

—¿Perla del Río? Hacía mucho que no te veía.

—Ha pasado algún tiempo, rey Albrecht. La labor de mi tribu con los niños heridos por la Séptima Generación marcha muy bien, gracias a ti.

—No, esa gloria os corresponde a vosotros. No me canso de repetirlo. Alguien tiene que curar a esos niños y los Hijos de Gaia os presentasteis voluntarios para hacerlo. Me alegro de que estés aquí. De no ser así, os habría enviado un mensaje desde Tierra del Norte a tus Talones de Plata y a ti. Tengo algo que anunciar.

—Estoy impaciente por oírlo —dijo ella.

—Y en cuanto a vosotros —dijo Albrecht dirigiéndose a la manada del Río de Plata—, nunca podré agradeceros lo suficiente lo que habéis hecho. Aún no he oído la historia pero Mari dice que fuisteis vosotros los que la curasteis.

—Oh, no es nada —dijo Julia mientras se alisaba el vestido. Estaba perfectamente almidonado pero se lo había arrugado tan a menudo en las aventuras que su manada había vivido en los últimos tiempos que se había acostumbrado a hacerlo. Prosiguió con su cultivado acento británico—. O sea, una vez que descubrimos que los espíritus del saber estaban atrapados dentro de las Perdiciones del Saber, tuvimos una buena pista para ayudarla.

—¿Nada? —dijo Carlita, exasperada, con los ojos enormes bajo el gorro de punto calado que llevaba. Tenía los brazos cruzados y los voluminosos pantalones le caían muy por debajo de la cintura—. ¡No le hagas ni caso! Arriesgó su propio espíritu para sacar a Mari del círculo vicioso en el que se había metido. Podríamos haberlas perdido a las dos.

—En ese caso estoy doblemente impresionado —dijo Albrecht—. Y doblemente en deuda. Si alguna vez necesitáis algo, chicos, llamadme.

—Eh —dijo Carlita—. No olvides a los Danzantes de la Espiral Negra y las Perdiciones que nos atacaron. Ni que Grita Caos descubrió el secreto de las Perdiciones del Saber. Y el túmulo sumergido que encontramos...

*Chitón*, gruñó Ojo de Tormenta en forma *Lupus*. *Basta*. La cicatriz que le decoraba el ojo dio a su ladrido un grado de amenaza que no pretendía.

—No te preocupes —dijo John Hijo del Viento Norte—, habrá tiempo de sobra para contar de nuevo nuestra historia.

Cuando se sentó, su collar de carámbanos chocó contra la lanza que empuñaba con reverencia e hizo un ruido sordo. En verdad se ajustaba al estereotipo que algunas personas tenían de los indios americanos, con el tatuaje del cuervo en el pecho y todo lo demás, pero era un papel que le encantaba interpretar.

Grita Caos se sentó al tiempo que sus camaradas, sacudió la cabeza y sonrió al comprobar cómo competían por la admiración ajena. A él lo intimidaban las multitudes y no había dicho nada para no llamar la atención. El gorro que llevaba ocultaba sus cuernos de metis pero le preocupaba lo que pensarían los demás de alguien que siempre llevaba sombrero, estuviera a la intemperie o a cubierto. Prefería calibrar el tenor de un grupo antes de darse a conocer. Era un Galliard, un narrador y cantante, y le gustaba conocer a su audiencia antes de pisar el escenario.

Alani Astarte dio una palmada para llamar la atención de los presentes. Se había dirigido al otro extremo de la sala y había subido a un podio al que se accedía por una corta escalinata.

—Es hora de que oigamos el relato del Rey Albrecht —dijo, al tiempo que indicaba a Albrecht que se reuniera con ella.

Albrecht caminó con paso vivo entre los demás Garou, que lo miraron llenos de curiosidad, y se volvió hacia ellos una vez que hubo subido las escaleras.

—Gracias, Alani. Como seguramente sepáis todos, acabo de regresar de Europa. Han pasado muchas cosas. Hay Galliard más dotados que yo para narrar los relatos de heroísmo y tragedia que vivimos allí. He invitado a algunos de los que presenciaron los acontecimientos a que vengan a mi corte muy pronto y lo hagan, cuando todo esto haya acabado. Entonces podremos solazarnos con sus narraciones.

»Pero ahora es el momento de actuar. Cuando estaba en el túmulo del Clan del Cielo Nocturno, fuimos atacados por una colmena de Danzantes de la Espiral Negra. Logramos reunir nuestras fuerzas y los masacremos, pero no antes de haber perdido un número enorme de buenos guerreros. El margrave Konitzko y yo mismo conseguimos detener el rito de invocación e impedimos que liberaran a Jo'clath'matric.

La mención del nombre de la bestia del Wyrn provocó un murmullo que se extendió por toda la sala.

—Está allí, atrapado por ahora en un reino propio de la Umbrá, alimentándose de los jugos que le absorbe a sus Perdiciones del Saber. Pero sus cadenas son débiles y está realmente enfurecido ahora que hemos cortado su fuente de suministro. Podría irrumpir en nuestro mundo en cualquier momento, a menos que lo ataquemos antes.

»Quiero reunir en mi túmulo un grupo de videntes del espíritu y guardianes del saber para abordar este problema, para averiguar cómo demonios vamos a encontrar ese reino y dirigir un ejército hasta allí. Es el único modo de mantenernos un paso por delante de él. Cuenta con la ventaja de devorar recuerdos, así que

sabe un montón sobre nosotros. Y nosotros en cambio no sabemos casi nada sobre él.

»Dentro de tres días se reunirá el grupo. Lo que os pido es que enviéis aquellos representantes que creáis mejor preparados para ayudarnos en esto. Avisad también a las demás tribus. La mía está enviando mensajes ahora mismo pero hay muchos que no los escucharán a menos que reciban el mensaje de algún amigo o conocido. Si estáis en buenas relaciones con ellos, hacedme este favor y convencedlos para que se nos unan. Lo haría yo personalmente pero es que no tengo tiempo. Eso es todo. ¿Alguna pregunta?

Una joven Furia se levantó sonriendo.

—Yo informaré a la Camada. Por muy extraño que pueda parecer, tengo algunos amigos en ella. Puede que nos envíen al menos un Theurge vidente.

Una mujer de mediana edad se puso en pie.

—Yo se lo diré a los Señores de las Sombras. Somos vecinos. No les gustan los Hijos de Gaia pero no serán tan necios como para no querer saber nada del clan de Konietzko.

—Y yo informaré a los Fianna —dijo Perla del Río, de pie y preparada para marcharse en cualquier momento—. Pero debemos partir ahora mismo si queremos llegar a tiempo.

—Hacedlo, por favor —dijo Albrecht mientras bajaba del podio—. Cuanto antes mejor. Yo tengo que regresar a Tierra del Norte para hacer los preparativos.

Se produjo un tumulto en el cuarto mientras todos los Garou presentes se levantaban y se encaminaban a la salida, preparando estrategias con sus camaradas. La Manada del Río de Plata esperó a que la habitación hubiera quedado casi vacía antes de levantarse para salir.

—Esperad un minuto —dijo Albrecht dirigiéndose hacia ellos—. Todos estáis invitados, por supuesto. Sé que no sois

Theurge, pero lleváis en esto desde el principio así que no hay razón para que os apartéis ahora.

—Gracias —dijo Grita Caos—. Quiero ver lo que pasa. —Carlita le dio una patada en la espinilla. Se volvió, le dirigió una mirada ofendida y entonces reparó en la expresión de su rostro—. Eh... supongo que convendría que lo habláramos antes. Últimamente hemos pasado mucho.

—Supongo que necesitáis un largo descanso —dijo Albrecht—. Pero confío en veros allí.

Dicho esto salió en busca de Alani y Mari, que se habían marchado ya. Evan, que había esperado tras él, se acercó a la Manada del Río de Plata.

—No pasa nada si no vais —dijo—. Nadie os lo echará en cara después de todo lo que habéis hecho.

—Estamos cansados —dijo Julia—. Y estoy segura de que Hermana Guapa echa de menos Tampa.

—Sí, bueno —dijo Carlita—. No he pasado por allí desde que todo esto empezó. Y tú tienes que ver a tus colegas de Londres. Y la pobre Ojo de Tormenta lleva sin ver un lobo desde no sé ni cuándo.

*No hables por mí*, dijo Ojo de Tormenta en el lenguaje de gestos y gruñidos propio de los lupinos. *Yo quiero seguir adelante.*

—Y yo —dijo John Hijo del Viento Norte—. Uktena nos eligió para esto. ¿Cómo podemos saber que nuestra parte ha terminado después de haber curado a Grita Caos y Mari?

—Y haber matado un montón de Perdiciones y Danzantes de la Espiral Negra —le recordó Julia—. Pero supongo que estás en lo cierto. Deberíamos llegar hasta el final. No me importaría asistir a una reunión en Tierra del Norte. Quiero decir, es el palacio del rey, ¿no?



—Mira la monárquica! —dijo Carlita—. En América no tenemos reyes. Sólo los Garou los tienen.

Julia puso los ojos en blanco.

—Como quieras. De todos modos no sois más que súbditos rebeldes de la Corona Británica.

—Yo no —dijo John Hijo del Viento Norte—. Mi pueblo estaba aquí antes de que vuestro rey hubiera oído hablar de América. Y lo mismo puede decirse de Ojo de Tormenta; los lobos no reconocen otro rey que los machos alfa de sus manadas.

—Vale, vale! —dijo Julia—. Ya lo pillo.

Salieron de la cabaña mientras seguían hablando. Una vez en el porche, vieron que se estaba produciendo una especie de altercado no muy lejos del edificio. Un indio fornido y de baja estatura estaba discutiendo con un grupo de Furias Negras, guardianas del túmulo. Parecía que estaba tratando de entrar en la cabaña. Llevaba una deshilachada chaqueta de tela vaquera y su largo cabello negro caía en dos coletas a ambos lados de su cabeza. Bajo la chaqueta se veía una camiseta con un dibujo de un lobo aullando. Su cinturón tenía una hebilla enorme, una gran cabeza de lobo hecha de peltre que enseñaba los dientes. Llevaba unas Nike último modelo y nuevecitas, de un blanco cegador. Al ver a la Manada del Río de plata, pareció animarse.

—Ahí! —gritó mientras señalaba a John Hijo del Viento Norte—. Ése es el tío al que he venido a buscar. Asuntos tribales, señoritas. No podéis interponeros en algo así, ¿verdad?

—¿Conocéis a esta... persona? —dijo una de las Furias dirigiéndose a la joven manada.

Todos se miraron entre sí pero nadie respondió. John Hijo del Viento Norte miró a Evan.

—No lo había visto en mi vida —dijo éste—. ¿Y tú?

—Tampoco —respondió Evan. Se acercó al hombre—. Hola, me Llamo Evan Curandero del Pasado, de los Wendigo. ¿Has dicho algo sobre asuntos tribales?

El hombre apartó de su camino a las centinelas y le estrechó vigorosamente la mano.

—Exacto! ¡Lámame Pie Velludo! Me ha enviado Aurak Danzante de la Luna para buscar a ese cachorro.

Señaló a John Hijo del Viento Norte.

Éste parecía confuso.

—He oído hablar de él. Es el guardián del saber del Clan del Halcón, de Ottawa. Pero no nos conocemos. ¿Qué quiere de mí?

—No me lo dijo —respondió Pie Velludo mientras se adelantaba y le tendía la mano a John Hijo del Viento Norte. Cuando éste se la estrechó, se oyó un fuerte crujido y el joven Wendigo se apartó de un salto, sobresaltado y sintiendo un hormigueo en la mano—. ¡Ja! ¡Siempre funciona! El primer apretón es normal, así que nadie sospecha nada, pero la descarga viene con el segundo.

Les mostró un polo eléctrico de broma que llevaba en la palma de la mano, uno de esos que pueden comprarse en tiendas de disfraces y artículos de magia.

—Oh, pues qué gracioso —dijo Carlita—. Menudo idiota estás tú hecho.

Pie Velludo le lanzó una mirada de soslayo.

—Eh, llevaba mucho tiempo sin poder usarlo, hermana, así que corta el rollo. No todos los días... —Entonces dejó de hablar, como si estuviera a punto de decir algo que no debiera—. En todo caso, tengo que llevar a John a ver al guardián del saber. Por algo relacionado con la implicación de la tribu en ese asunto de la tormenta de la Umbra.

—¿Por qué no me han dicho nada? —preguntó Evan con aire de consternación.

—Ni idea. Como ya he dicho, a un humilde Rabagash como yo nunca le cuentan nada. Lo único que sé es que Gritos al Viento prefería que Aurak hablara con John en lugar de contigo. Oh, sí, los oí hablando de ti. A Kreeyah le caes bien y es un tío muy respetado, pero no es el líder de la tribu. No, ése es Gritos al Viento, y a éste le oí decir: «no siento deseos de curar un pasado que nos ha sido arrebatado». Creo que estaba hablando de ti.

Evan parecía dolido. John le puso una mano en el hombro.

—¿Conoces bien a esos Wendigo, Evan?

—La verdad es que no. He tenido algunos tratos con ellos y Kreeyah al menos es amigo mío, pero él es uno de los pocos que reconoce mi labor con las otras tribus. El viejo Gritos al Viento está amargado y tiene una gran memoria para las afrentas del pasado. Él piensa que intentar resolver los viejos agravios, como hago yo, es una pérdida de tiempo.

—En ese caso no iré. Tú fuiste el que me encontró después de mi Cambio. Tú me enseñaste El Camino. Te debo mucho además de ser tu amigo. Si no son amigos tuyos, tampoco lo son míos.

Evan sonrió pero sacudió la cabeza.

—No podemos seguir viviendo así. Son hermanos de nuestra tribu, John. Puede que no respeten todo lo que hago pero yo respeto su posición. Y tú también deberías hacerlo. Creo que te conviene ir con Pie Velludo a ver a Aurak. Quizá seas capaz de vencerlo para que acuda a la reunión convocada por Albrecht. Su sabiduría nos sería de gran ayuda.

John se volvió hacia Pie Velludo, que había estado frunciendo el ceño pero ahora sonreía al escuchar las palabras de Evan.

—Muy bien, Pie Velludo. Iré contigo siempre que pueda estar de regreso en Tierra del Norte dentro de tres días.

—¡Claro! —dijo Pie Velludo—. No tenemos que ir hasta Canadá. Aurak se reunirá con nosotros en la reserva de los mo-hawk, en este mismo estado.

*Nosotros también vamos*, dijo Ojo de Tormenta.

—¿Qué? —dijo Julia—. Pero si nos han invitado a la reunión!

—Ya has oído a Pie Velludo. —Dijo Grita Caos—. Estaremos de regreso a tiempo.

—Eh... no estoy muy seguro de esto —dijo Pie Velludo—. Sólo me han ordenado que lleve a John.

—Mi manada viene conmigo o no voy —dijo John mientras clavaba la parte roma de la lanza sobre el suelo.

—Vale —dijo Pie Velludo—. Pero tendrán que ir en la parte trasera de la camioneta. Delante no tengo espacio suficiente para todos.

*Estupendo*, dijo Ojo de Tormenta. *Podemos irnos*.

Pie Velludo sonrió y se echó a reír.

—¡Buenos días, coño! ¡Cuanto antes lleguemos, antes podremos regresar! ¡Vamos!

Se puso en marcha hacia el aparcamiento que el clan mantenía para los vehículos de los visitantes.

—Sé respetuoso, John —dijo Evan—. No dejes que te en-furezcan hablando de guerra entre tribus. Si Kreeyah está allí, puedes contar con él como aliado.

—Gracias, Evan —dijo John—. Te contaré todo lo que pase dentro de tres días, en la reunión.

—¡Vamos! —gritó Pie Velludo desde lejos.

Ojo de Tormenta se puso en marcha y el resto del grupo lo siguió. John le estrechó la mano a Evan y se volvió para reunirse con ellos. Escucharon el sonido de un viejo motor antes de ver la camioneta. Era una Ford de 1969, oxidada casi hasta el chasis. Sería un viaje incómodo.

Pie Velludo estaba al volante, apretando el acelerador para que el motor no se apagase.

—Vamos, subid. ¡Los blancos no tenéis sentido de la urgencia!

—Oh, eso sí que tiene gracia —dijo Julia—. Yo pensaba que eran los indios los perezosos y apacibles. Al menos era así en las viejas películas de John Wayne.

Pie Velludo se echó a reír.

—¡Como tú digas, kemosabe!

—Iré en la parte de atrás —dijo John—. Julia y Grita Caos pueden ir delante con Pie Velludo. Ojo de Tormenta y Gran Hermana pueden venir conmigo.

—Vale, joder —dijo Carlita mientras subía a la parte trasera, que estaba completamente oxidada—. De todos modos no me sentaría por nada del mundo con ese capullo. ¡Vámonos!

Una vez que todos estuvieron dentro, Pie Velludo metió primera y se puso en marcha por un camino de tierra que conducía a la autopista principal, mientras todos sus pasajeros contemplaban las siluetas lejanas de los Garou que se preparaban para una reunión de la máxima importancia sin contar con ellos.

## Capítulo dos



El sol se había alzado ya sobre las copas de los árboles cuando atravesaron los límites de la reserva mohawk de Akwasasne en la ruidosa y traqueteante camioneta. John, Carlita y Ojo de Tormenta se agolpaban en la parte trasera y gruñían con cada bote que daba el vehículo —y causaba la impresión de que saltaba al menos medio metro cada vez que tocaba con una rueda el más pequeño fragmento de grava—.

—¿Es que este tío no sabe lo que son los amortiguadores? —había preguntado Carlita poco después de que el viaje diera comienzo. Ahora, como todos los demás que iban en la parte trasera, se había sumido en un silencio malhumorado mientras esperaba a que terminara el incómodo recorrido con los dientes apretados.

En el interior de la camioneta, las cosas no eran mucho mejores. Julia le había pedido al menos diez veces a Pie Velludo que apagara su apestoso cigarro pero el Rabagash se había limitado a reír y había seguido fumando.

—Hay que respetar el tabaco —dijo.

—Eso no es tabaco, idiota —le dijo Julia—. Es una mezcla de productos químicos que enmascaran una planta natural. ¿Sabes

qué clase de basura le meten las compañías a esas cosas como relleno?

—Ni lo sé ni me importa. Si hecha humo, me lo fumo.

Volvió a reírse y exhaló una nube tóxica.

—¿Falta mucho? —preguntó Grita Caos mientras volvía la cabeza tratando de aprovechar lo que pudiera de la brisa que entraba por la rendija de la ventanilla que Julia acababa de abrir. El aire era gélido pero él prefería congelarse que asfixiarse.

—Acabamos de cruzar los límites. Casi hemos llegado. No te tires de los cuernos.

La mención de su deformidad hizo que Grita Caos se encogiera. Hacía mucho tiempo que no se enfurecía por cosas así, pero seguía sin gustarle que le recordaran sus diferencias. Miró por la ventana y se preguntó qué aspecto tendría una reserva india moderna, pero lo que vio fue una escena idéntica al resto del paisaje rural de Nueva York: líneas de árboles jalonando las carreteras con ocasionales casitas al final de una vereda, señaladas por buzones a un lado de los caminos.

De improviso el coche se inclinó hacia la izquierda mientras Pie Velludo daba un giro muy brusco y se metía por un estrecho camino de tierra que conducía a un campo abierto. Daba la impresión de que en el pasado se había cultivado algo allí pero habían transcurrido muchos años desde la última vez que diera alguna cosecha. Las finas y cortas briznas de hierba que brotaban de la tierra estaban cubiertas de escarcha y el viento que soplaba sobre el campo las azotaba sin descanso.

Pie Velludo tiró del freno de mano y la camioneta se detuvo bruscamente. Julia estuvo a punto de golpearse la frente contra el parabrisas pero logró detenerse a tiempo.

—No gracias al cinturón de seguridad o el airbag —dijo en respuesta a la mirada de preocupación de Grita Caos—. ¿Es aquí? ¿Dónde están los Wendigo?

Pie Velludo bajó de la camioneta y dio un fuerte portazo tras de sí.

—Oh, no tardarán en llegar. Vamos.

Se encaminó al otro lado del campo.

John y Ojo de Tormenta bajaron de un salto y estiraron las piernas, mientras Carlita, que parecía cansada y maltrecha, lo hacía con más cuidado.

—¿No podemos parar primero a tomar un café o una coca-cola?

—Demasiado tarde —dijo John mientras corría para alcanzar a Pie Velludo. Los demás se tomaron su tiempo para seguirlo y acabaron formando una fila discontinua a lo largo del campo. Pie Velludo silbaba una canción que ninguno de ellos reconoció. Cuando John alcanzó al Rabagash, le dio unas palmadas en el hombro. Pie Velludo se volvió hacia él pero no frenó su paso.

—¿Sí? ¿Estás pensando en algo? —dijo.

—¿Por qué estamos aquí? —dijo John mientras señalaba el campo vacío que los rodeaba—. No hay casas ni cabañas; ni siquiera un cobertizo.

—No hay gente. No conviene que los asuntos de los Garou se realicen delante de otros.

John asintió.

—Sí, pero seguro que hay algún lugar más cálido que éste e igualmente alejado de ojos indiscretos.

Pie Velludo lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te asusta el frío? Eres un Wendigo.

—Yo no siento el frío —dijo John—. Al menos desde mi Cambio. Es mi manada la que me preocupa.



Señaló con un gesto a sus camaradas. Pie Velludo miró hacia atrás y vio que cada uno de ellos, a excepción de Ojo de Tormenta, que seguía en forma de lobo, estaba tiritando con los brazos alrededor del torso en un penoso intento por mantenerse calientes.

—Oh, no te preocupes por ellos —dijo Pie Velludo—. Si crees que aquí hace frío, espera a que... Bueno, estarán bien aquí. Siempre pueden ponerse a cuatro patas. El pelaje ayuda. Bueno —dijo mientras se detenía y miraba al suelo. Una estaca de proyección con un pañuelo rojo anudado en lo alto sobresalía del duro suelo—. Aquí es. El lugar.

—No entiendo —dijo John mirando la estaca—. ¿Qué clase de lugar de encuentro es éste?

Antes de que pudiera reaccionar, Pie Velludo saltó sobre él. En cuestión de segundos, lo había inmovilizado y lo tenía en el suelo.

Ojo de Tormenta, a escasos metros tras él, profirió un aullido de advertencia para los demás y corrió a socorrer a su camarada. Pero antes de que lo alcanzara, vio un resplandor trémulo parecido a un rayo de sol sobre un estanque y los dos Garou desaparecieron.

Grita Caos, que estaba corriendo a toda velocidad para tratar de llegar hasta ellos, se detuvo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde han ido?

*Umbra!*, ladró Ojo de Tormenta. *¡Tenemos que cruzar al otro lado!*

—Cogedme la mano —exclamó Julia. Los demás corrieron hasta ella y la cogieron por los brazos. Ojo de Tormenta la rodeó con el cuerpo. Julia sacó la agenda electrónica del bolsillo de la chaqueta, la encendió y se concentró en la luz pulsante que brillaba en el centro de la pantalla. Más allá de aquella luz, empezó a llevarlos a través de la Celosía que separaba los mundos. Todos

sintieron que la conocida ligereza se apoderaba de sus cuerpos, como si la gravedad fuera suspendida por un momento, pero entonces su peso regresó con una sacudida.

—¿Por qué no estamos al otro lado? —gritó Grita Caos, un poco mareado por un ataque de vértigo repentino.

—No... no puedo atravesar la Celosía —dijo Julia con una expresión de completa sorpresa en el rostro—. Es como si la barrera se hubiera hecho más dura cuando he tratado de atravesarla. Nunca había sentido algo parecido. No debería ser tan sólida en un campo vacío en mitad de la nada. Es más gruesa aquí que en plena ciudad de Nueva York!

*Cada uno de nosotros debe intentarlo*, dijo Ojo de Tormenta. *Extiende tu fetiche!*

Julia sacudió la cabeza.

—No funcionará, te lo aseguro! La Celosía es demasiado sólida.

Ojo de Tormenta emitió un gruñido sordo como respuesta. Julia suspiró y extendió la agenda electrónica para que todos pudieran mirar la pantalla. Tras unos momentos de concentración, en los que Ojo de Tormenta miró fijamente la luz pulsante y trémula tratando de sintonizar su cuerpo con el mundo espiritual, el Garou gruñó y apartó la mirada.

—Ya te lo había dicho —dijo Julia mientras apartaba la agenda—. No podemos pasar. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué clase de trampa es ésta?

Ojo de Tormenta profirió un aullido de frustración y Grita Caos se unió a ella. Su grito reverberó sobre los campos pero se perdió a continuación en el silbido del viento.



John chocó contra el suelo y la cara se le hundió en un montón de nieve. La inesperada aparición de aquella superficie húmeda lo sobresaltó y dejó de luchar por un momento. El peso de Pie Velludo se levantó de repente de su espalda y cuando se incorporó de un salto, preparado para atacar al Rabagash no lo encontró allí. Nieve y viento le azotaban el rostro con furia, obligándole a entorpecer la vista.

Se encontraba en medio de una furiosa tormenta, cuyo viento le mordía el pecho desnudo como un millar de diminutas dagas. Retrocedió tambaleándose, sin saber qué debía hacer. Nunca había sentido un frío tan penetrante como aquél.

*No, eso no es cierto, pensó. Una vez sentí algo así, de niño, antes de convertirme en un Garou. ¿Qué está pasando? ¿Por qué de repente puedo sentir el frío?*

Después de su Primer Cambio había tardado algún tiempo en darse cuenta de que el frío lo molestaba menos que a otras personas. De niño era famoso en su vecindario porque casi nunca tenía que llevar abrigo en invierno, pero hasta él sentía frío de vez en cuando, en las peores heladas de la estación.

Al principio creía que todos los Wendigo eran como él pero no tardó en darse cuenta de que la mayoría sólo lo aparentaba y fingía con estoicismo que no sentía el gélido mordisco del frío. En su caso era una cuestión de fuerza de voluntad, no de ausencia de dolor.

Pero ahora... ahora sentía en toda su fuerza la tormenta más fría que jamás hubiera experimentado y no tenía ni una camisa para calentarse. El collar de carámbanos parecía unido a su piel y tenía miedo de tocarlo por si se le quedaban los dedos pegados.

Oyó una voz por encima del sonido silbante del viento e inmediatamente trató de localizar su fuente. Parecía la de Pie Velludo

pero John no podía ver a su dueño. Creyó oír la risa del Rabagash pero luego sólo hubo silencio, el zumbido del viento y nada más.

—¡Bie Velludo! —gritó—. ¡Explicate!

No hubo respuesta.

John no alcanzaba a ver más allá de sus manos extendidas. La nevada era muy intensa. La nieve le había cubierto ya los tobillos en el tiempo que había permanecido inmóvil. Comprendió que si se quedaba allí parado acabaría por enterrarlo.

Levantó la lanza hasta su cara y empezó a dar vueltas a la punta de pedernal, tratando de captar un atisbo de luz, un destello que le permitiera atravesar la Celosía. Se había dado cuenta de que estaba en la Umbra, porque ninguna tormenta natural podía ser tan intensa. Pero la poca luz que veía no era lo bastante hipnótica como para permitirle cruzar la barrera. Era como si se hubiera cerrado la puerta y no fuera capaz de encontrar el picaporte.

*Moriré aquí si no logro encontrar refugio, pensó. ¿Qué clase de trampa del Wyrn es ésta? ¿Intenta que muera congelado?*

Cambió a su forma Lupus y al instante se sintió mucho mejor. El grueso pelaje lo protegía de lo peor del frío pero a pesar de todo seguía mordiendo y sintió que los miembros empezaban a entumecerse.

Echó la cabeza atrás y llamó a sus compañeros de manada con un aullido. Su llamada resonó en la distancia como un eco y se fue apagando. Esperó en silencio, con las orejas alzadas para captar la más pequeña respuesta. Nada.

Hundió el morro en la nieve tratando de alcanzar el suelo pero cuando lo tocó con el hocico se dio cuenta de que estaba helado y era demasiado duro para excavarlo. Aunque adoptase la forma Crinos, perdería demasiada energía, que ahora le era preciosa,

---

tratando de abrir un agujero lo bastante grande para meterse en él.

*¿Y para qué? Si me quedo aquí, moriré.*

Eché a correr en la dirección en la que creía que estaba la carretera principal, sin saber muy bien qué hacer. Sólo sabía que tenía que seguir moviéndose.

## Capítulo tres



—Nada! —gritó Carlita, frustrada, mientras daba una patada a la tierra helada—. ¿Aquí no hay nada!

La Manada del Río de Plata se había desplegado en abanico sobre el campo, husmeando y buscando cualquier pista relacionada con el cierre de la Celosía o alguna razón por la que el Wendigo podía haberse llevado a John a la Umbra.

—Por un momento me ha parecido que había un punto débil allí, junto a los árboles —dijo Julia al volver del lindero del campo—, pero parecía desaparecer cuando me acercaba, como un espejismo.

*Tiene que haber una respuesta*, dijo Ojo de Tormenta mientras escudriñaba el campo con la mirada por lo que parecía centésima vez.

Un sonido distante y metálico llegó hasta ellos. Todos los ojos se volvieron hacia la camioneta, que seguía aparcada donde Pie Velludo la había dejado. El Rabagash acababa de cerrar la puerta y estaba sentado en el asiento del conductor. Encendió el motor al mismo tiempo que los saludaba con un ademán y una gran sonrisa en los labios.

Toda la manada echó a correr adoptando la forma Lupus, la más rápida de todas, y se precipitó hacia él a toda velocidad. Ojo de Tormenta invocó el poder de Conejo y empezó a recorrer con cada zancada más espacio que los demás. Pero ni siquiera así podría alcanzar la camioneta a tiempo. Se encontraba demasiado lejos cuando habían oído que se cerraba la puerta.

Pie Velludo pisó el acelerador y salió del campo en dirección al camino y al interior de la reserva.

Grita Caos rugió de frustración y empezó a detenerse.

Ojo de Tormenta le lanzó un agudo ladrido de amonestación y siguió corriendo.

*Debemos cogerlo!*

Los demás empezaron de nuevo a correr y salieron tras Ojo de Tormenta, en pos de una camioneta que había desaparecido ya detrás de un giro en el camino.



Habían pasado horas desde que John echara a andar donde Pie Velludo lo había abandonado. Desde entonces no había visto ni tan siquiera un pino. El campo parecía interminable. En el mundo físico, había árboles y casas que señalaban sus límites. Aquí no había fronteras. Sólo nieve, viento y un frío espantoso.

De vez en cuando creía oír el susurro de unas voces a su alrededor, pero cuando se detenía para prestar atención, guardaban silencio. En una ocasión creyó que su manada lo estaba llamando y respondió con un aullido para que supieran dónde estaba pero no hubo respuesta.

Siguió adelante. Las fuerzas empezaron a fallarle y el vientre a gurgirle de hambre, pero no se atrevía a detenerse al raso, bajo

aquel viento intenso y desgarrador. Obligó a sus zarpas a seguir avanzando.

De nuevo creyó oír un aullido en la distancia, un compañero de manada, puede que Ojo de Tormenta, que lo llamaba. Volvió a aullar pero su grito fue débil y no llegó muy lejos.

Algo respondió. Le llegó un graznido atronador desde algún lugar a su izquierda. Trató de ver algo entre la manta de nieve y entrevió una forma que se movía allí, cada vez más grande. No era una forma lupina.

Retrocedió tratando de apartarse del lugar desde el que había lanzado el aullido, con la esperanza de que la forma buscara la fuente del sonido y no su rastro y estuviera tan ciega como él en aquella tormenta. Pero la criatura cambió de dirección para seguirlo.

Se detuvo donde estaba y adoptó la forma Crinos. Invocó su lanza espiritual y la empuñó con fuerza. La forma se detuvo un momento, como si hubiera sentido su rabia. Pero siguió adelante, avanzando a trancas y barrancas entre la nieve.

Por un momento, el viento cambió de dirección y sopló apartándose de la forma. Se abrió una ventana en el blanquecino muro y por ella pudo ver a la criatura que se le estaba acercando. El esquelético gigante superaba los siete metros de estatura. Parecía haber sido humano en algún momento pasado, pero se había convertido en... algo diferente. Unas costillas desnudas sobresalían en ángulos diferentes de la carne de su torso y entre ellas se veía un corazón congelado pero todavía palpitante, revestido de hielo pero lleno al mismo tiempo de roja vida.

Sus dedos terminaban en largas y afiladas garras, parecidas a los mellados y desiguales dientes que sobresalían de sus fauces, abiertas y voraces. Sus ojos no tenían blanco: eran sendas



cavidades negras que parecían más oscuras aún en aquel paisaje blanco.

El valor de John se encogió al reparar en todos aquellos detalles y reconocerlos. Recordó las historias que solía contarle su abuela, viejos cuentos indios del norte. Los Galliard Garou de su tribu se los habían confirmado después de su Cambio y habían añadido algunos detalles que ninguna abuela hubiera podido conocer, la clase de detalles que sólo los testigos de primera mano podrían proporcionar.

Reconoció al Atcen, el terrible espíritu caníbal que se le estaba aproximando. Servía al tótem de su tribu, el gran Wendigo, pero no era amigo del hombre. A la voraz criatura no le importaba un ápice la calidez de la bondad humana ni las leyes de los Garou porque lo único que anhelaba era carne humana. No tocaría la carne de los animales ni la de un Garou lupus, pero John era homínido, humano de nacimiento. Carne fresca.

El viento volvió a cambiar, esta vez en dirección al Atcen, llevándolo el rastro de John a la criatura. Ésta se detuvo e inhaló profundamente y entonces echó a correr a gran velocidad, tan deprisa que John apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Empuñó la lanza con fuerza y se la clavó a la criatura en el muslo. El monstruo profirió un aullido pero no se detuvo. Apartó la lanza con los flacos pero poderosos brazos y le arrancó el fetiche de las manos a John con su inmensa fuerza. La lanza cayó sobre la nieve.

El Atcen extendió los dos brazos y atrapó a John en un abrazo de oso. Su presa era como el acero; John utilizó toda la fuerza que pudo reunir —formidable en su forma Crinos— pero no logró mover un milímetro los brazos de la criatura. Unos dientes afilados y serrados se clavaron en su hombro izquierdo y le desgarraron músculos y ligamentos. John aulló de dolor, con los ojos

inundados de lágrimas, apenas consciente de nada que no fuera la nieve o los huesos de Atcen. La criatura echó la cabeza atrás, le arancó un pedazo de carne y lo engulló sin masticarlo.

El brazo izquierdo de John quedó inerte sin los músculos del hombro. Hundió el hocico bajo la guardia de la criatura tratando de alcanzar su garganta. Vio el corazón del Atcen en la caja torácica abierta, latiendo ahora con más fuerza, mientras el hielo que lo envolvía empezaba a fundirse con su sangre. También advirtió que, gracias a la presa de la criatura, el corazón estaba casi al lado de su mano derecha. Abrió los dedos y lo cerró sobre el helado órgano y sintió tanto el frío desgarrador de su hielo como el calor ardiente de su sangre. Dio un tirón.

Al tiempo que el corazón salía de la caja torácica, el Atcen quedó inmóvil. Sus brazos perdieron toda la fuerza y John cayó sobre la suave nieve. La criatura se miró el vacío torso, con aspecto confuso. Miró a su alrededor y vio que la sangre de su corazón todavía palpitante, que John aferraba en su mano, caía sobre la nieve y la teñía de rojo. Extendió los brazos hacia él tratando de recuperar su corazón mientras profería un gruñido de rabia pero entonces cayó de bruces al suelo, muerto. Casi al instante, la tormenta cubrió el agujero que su cuerpo había hecho.

El hielo que rodeaba el corazón se fundió y dejó al descubierto la carne jugosa y cálida. Su olor fue una agónica tentación para el estómago de John, que gruñó y se retorció, ávido de sustento.

Pero John recordaba lo que creaba al espíritu Atcen: cualquiera que probara la carne de un Atcen se convertía en uno. Débil y dolorido, con el hombro cada vez más insensible por la falta de sangre, arrojó el corazón lejos de sí. El órgano se hundió también en la nieve, dejando tras de sí sólo una mancha de sangre que la nieve no tardó en cubrir.

---

Recogió la lanza del suelo y volvió a adoptar su forma Lupus. La lanza, un objeto del espíritu, se fundió con su nueva forma, convertida en un manchón blanco sobre su pelaje. Se alejó tambaleándose del olor, mientras la agonía del hombro empezaba a nublarle los pensamientos.

## Capítulo cuatro



Ojo de Tormenta caminaba en círculos olisqueando el camino. Julia, Grita Caos y Carlita estaban cerca, jadeando, exhaustos tras la larga carrera. Habían seguido el rastro de la camioneta durante casi seis kilómetros. El paisaje apenas había cambiado. Al llegar a un cruce cuádruple, perdieron el rastro.

Carlita adoptó forma humana y se sentó junto a la carretera, sin aliento.

—Mierda. Ese bastardo ha escapado.

No, gruñó Ojo de Tormenta sin dejar de olisquear la carretera. *Hay muchos más rastros pero el de la camioneta sigue aquí.*

—Nunca lo captarás entre toda esa peste a gasolina. Afróntalo, ha desaparecido. Igual que John.

—No —dijo Grita Caos mientras adoptaba también forma humana—. No puedes pensar así. Lo encontraremos. Su camioneta tiene un... olor único.

—¿Único? —dijo Julia cuando se reunió con ellos junto al borde en forma humana—. Más bien asqueroso. No sé cómo pudo soportarlo Ojo de Tormenta en el viaje desde Finger Lakes. Si nosotros hubiéramos estado en forma Lupus, sospecho que habríamos pasado todo el camino vomitando.

*Le das demasiada importancia a los olores, dijo Ojo de Tormenta, y se detuvo. El olor sólo es olor. Ni bueno ni malo. Salvo el olor del Wyrn...*

—No para nosotros los humanos, hermana —dijo Carlita—. Algunas pestes son sencillamente horribles. Y Pie Velludo se ajusta a esta descripción. ¿Por qué demonios aceptan los Wendigo a un tío que huele así?

—Algo me dice que no lo hacen —dijo Julia—. Nos han engañado. Dudo que Pie Velludo sea un Wendigo. Y si lo es, supongo que se trata de un renegado.

—¿Lo crees así? —dijo Grita Caos—. Parecía saber mucho del clan que mencionó y Evan se tragó la historia.

—Cualquiera puede investigar un clan Garou. Sólo hace falta tiempo —replicó Julia.

*¡Por aquí!*, exclamó Ojo de Tormenta mientras echaba a correr por la carretera de la derecha.

Todos adoptaron sus formas Lupus y se unieron a la persecución. Al cabo de un rato volvieron a captar el rastro de la camioneta, cuyo amargo hedor era como la ventosidad de un humano que se hubiera atracado de comida picante. El hecho de que la camioneta pudiera estar tan inundada de aquel olor decía mucho sobre el estado de su fuente. Lo más probable era que Pie Velludo no se hubiera bañado desde antes de que ninguno de ellos naciera. Lo que no sabían era por qué ninguno de ellos se había percatado cuando estaban en forma humana.

Ojo de Tormenta giró por una senda de tierra, que un buzón oxidado señalaba como el camino a una residencia. En aquel lugar los destartalados edificios estaban más próximos. La casa tenía el aspecto de una vivienda rural. Ojo de Tormenta fue frenando el paso hasta detenerse y los demás se detuvieron con ella.

Allí, dijo señalando con el morro hacia el final de la senda.  
*Nuestra presa.*

La camioneta estaba aparcada a un lado de una casita con paredes de aluminio. Había unos neumáticos tirados en el patio delantero, como si alguien hubiera comenzado una reparación y la hubiera abandonado tiempo atrás.

Julia levantó las orejas. *Alguien está riéndose dentro.*

Todos lo oyeron. Sonidos mezclados de risas y gemidos.

*Vamos*, dijo Ojo de Tormenta. Echó a andar arrastrándose y con sigilo en dirección a la camino. De repente se oyó el ruido de unos neumáticos sobre la tierra tras ellos y todos se dispersaron entre los árboles que jalonaban el camino y que llevaban al bosque que se extendía detrás de la casa.

Otra camioneta apareció en el camino y se detuvo al llegar delante de la casa. El conductor, un joven indio, miró perplejo la otra camioneta que había aparcada delante de la suya. Avanzó muy despacio, frenó y apagó el motor. Salió del vehículo observando la otra camioneta como si fuera un OVNI o una manifestación igualmente extraña que no perteneciera a aquel lugar.

Se acercó a la escalera de entrada y abrió la puerta exterior, cuyos goznes gimieron. Las risas del interior cesaron. Los miembros de la manada se ocultaron entre los matorrales, esperando a ver lo que ocurría a continuación.

El hombre abrió la puerta principal y entró en la casa. Pocos momentos más tarde, escucharon un grito.

—¡Oye! ¡Esa es mi mujer! ¿Y tú quién demonios eres?

La puerta trasera se abrió bruscamente y Pie Velludo bajó de un salto los escalones tratando de ponerse los pantalones. No llevaba nada más, ni siquiera una camiseta. Se reía con ganas mientras avanzaba a trancas y barrancas subiéndose los pantalones.

Una mujer india, cubierta sólo con una sábana, asomó la cabeza por una ventana próxima. Parecía enfurecida.

—¡Vuelve aquí, bastardo! ¡Dijiste que no le tenías miedo a Scott!

El hombre que acababa de entrar en la casa, presumiblemente el citado Scott, salió por la puerta trasera y le arrojó una botella de cerveza al cada vez más alejado Pie Velludo. Le dio en la cabeza y se hizo añicos. Pie Velludo se detuvo un instante y lamió la espuma junto con algunos fragmentos de cristal antes de seguir corriendo como alma que lleva el diablo hacia su camioneta.

Ojo de Tormenta salió del bosque y lo interceptó antes de que pudiera llegar al vehículo. Pie Velludo se detuvo bruscamente, con una expresión de sorpresa genuina en el rostro.

—¡Oh, mierda! —exclamó—. ¡Hi ho Manada del Río de Plata!

Se volvió y salió corriendo hacia los bosques que se extendían al otro lado.

Los lobos se precipitaron tras el Rabagash.

Scott quedó paralizado por el terror al ver la manada, regresó al interior de la casa y cerró dando un portazo. La mujer empezó a chillar.

—¡Scott! ¡Oh dios mío, Scott! ¡Hay lobos en el patio!

La manada los ignoró. Pie Velludo había llegado a los bosques y estaba demostrando bastante destreza saltando sobre raíces y ramas. Los Garou agacharon la cabeza y apretaron el paso, decididos no volver a perder a su presa.



John tiritaba, un carámbano de cuatro patas. Ya no sentía demasiado dolor. La herida se había cerrado al fin, pero sólo

después de que hubiera perdido un montón de sangre. El frío le había privado de toda sensación salvo un creciente entumecimiento. Ni siquiera sentía el movimiento de sus piernas, pero veía cómo daban un paso tras otro. Se preguntó dónde encontraban la voluntad de seguir adelante; no creía que le quedara energía suficiente para ordenarlas que se detuvieran.

Tropezó con algo que ocultaba la nieve y estuvo a punto de caer de bruces. Sólo un cambio instintivo de su centro de gravedad le permitió guardar el equilibrio y quedar a cuatro patas. Bajó la mirada. Había delante de sí un cadáver de ciervo, cuya sangre sobre la nieve estaba casi seca. Lanzó un aullido de alivio y bajó el hocico para morder la fría pero buena carne.

El ciervo movió la cabeza de repente y clavó sus ojos en los de John. Éste se detuvo, estupefacto. ¿Cómo podía seguir vivo?

*Wendigo*, dijo el ciervo en la lengua de los espíritus. John no conocía aquella lengua pero de alguna manera comprendió lo que quería decir la criatura. *No puedes tocar mi carne. Sólo aquellos que se lo ganan en una cacería sagrada pueden obtener mi poder. Vete y deja mi cuerpo entero.*

John se quedó mirando a la criatura, indeciso. Su hambre era casi una cosa viviente que tiraba de él, que lo instaba a morder la carne que tenía delante. Se le hacía la boca agua con solo pensarlo y sus instintos lupinos se debatían en su mente insensible, suplicándole que ignorara la orden del espíritu.

*Te lo ruego, oh espíritu ciervo*, dijo John en la lengua de los lobos, *me muero de hambre. Dame tu carne y después haré lo que quieras.*

El ciervo no respondió. John lo olisqueó y comprobó que estaba realmente muerto. Soltó un gemido y retrocedió unos pasos y a continuación volvió a acercarse y husmeó la carne...



*Si no como pronto, moriré. Seguramente el espíritu lo comprenderá y no me hará responsable.* Pero John conocía las historias de su pueblo, que le habían contado su abuela y los Galliard Garou. Sólo aquellos que mataban a sus presas de manera respetuosa tenían derecho a comer su carne. Violar el pacto establecido entre los Garou y los Ancestros Animales era condenar a todos los Garou al hambre.

John inclinó la cabeza y se dejó caer al suelo. *Respetaré los deseos del espíritu para preservar los lazos entre mi pueblo y el suyo. Moriré aquí pero mi pueblo perdurará.*

Cerró los ojos y no sintió nada más.

Cuando volvió a abrirlos, captó el olor de la madera quemada y la luz reflejada sobre la nieve que lo rodeaba. Levantó débilmente la cabeza y vio una buena fogata con un espetón que daba vueltas sobre el fuego, mecido por un suave viento. El cadáver del ciervo estaba asándose allí. La humeante grasa caía sobre las llamas, despidiendo chispas en todas direcciones. Volvió a gemir. El hambre era demasiado intensa.

*Come,* dijo una voz profunda y llena de matices.

John no titubeó. Se arrastró hasta la fogata y sacó el espetón de su estructura. El cadáver cayó al suelo y se arrojó sobre él. Devoró ansiosamente la carne caliente y succulenta. No le importaba quién había hablado. Sólo sabía que debía alimentarse y que aquella era la mejor comida que había tomado en toda su vida.

Más tarde, tras haberse atracado, se sentó junto al fuego en forma humana y empezó a calentarse las manos. Una vez que su mente se hubo calmado y pudo volver a pensar con claridad, miró a su alrededor.

—¿Quién eres? —dijo—. ¿A quién tengo que dar las gracias por mi comida?

*Tú mismo te has ganado la comida*, dijo la voz, que aparentemente estaba a su alrededor, por todas partes, arrastrada por el viento. *Has pasado la prueba.*

—¿Prueba? ¿Por qué estoy siendo sometido a una prueba?  
¿Quién eres?

El viento sopló con fuerza un momento y se reunió formando un remolino alrededor del fuego. Tomó forma, una forma hecha de nieve y hielo. Un gran oso se erguía frente a John, mirándolo con ojos severos pero amables.

*Soy el Viento del Norte. Soy tu padre.*

## Capítulo cinco



Pie Velludo tropezó con un tronco pero inmediatamente se levantó y siguió corriendo. La momentánea pausa, sin embargo, permitió a Ojo de Tormenta superarlo de un salto y caer delante de su camino. Cuando volvió a ponerse en marcha, el pie del Wendigo se encontró con sus mandíbulas. Los dos cayeron al suelo.

—¡Auuu! —gritó Pie Velludo mientras caía al suelo—. ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Dios, me duele!

Ojo de Tormenta relajó un poco las mandíbulas pero no lo soltó. El resto de la manada apareció y rodeó al Rabagash, que empezó a proferir insultos.

Mientras lo hacía, su cuerpo empezó a cambiar y se convirtió en una criatura más grande. Esto no sorprendió a Ojo de Tormenta, que esperaba que asumiera la forma de batalla Garou. Sin embargo, la forma que adoptó la sorprendió tanto que lo dejó ir.

Pie Velludo le sacó el pie de las mandíbulas, se lo cogió entre las manos y empezó a balancearse de un lado a otro mientras el dolor le hacía apretar los dientes.

—¡Joder, zorra, eso duele!

El resto de la manada había cambiado también de forma, a Crinos, pero estaba contemplando a su presa con la boca abierta.

—¿Qué... qué eres? —preguntó Julia mirando fijamente a lo que parecía ser un híbrido entre hombre y glotón. El hocico corto y velludo era a todas luces el de un glotón, así como los anchos hombros.

Pie Velludo levantó las manos solicitando una tregua.

—Vale, vale, me tenéis. Sois unos bastardos persistentes, eso os lo concedo.

Grita Caos lo miraba como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

—¡Pero si los hombres glotón no existen!

—No, no existen —dijo Pie Velludo—. Puedes llamarme Kwakwadjec.

Se puso en pie y levantó una pierna peluda. Un ruido húmedo y atronador anunció la llegada de una peste que asaltó sus olfatos. Pie Velludo emitió un suspiro de satisfacción, como si llevara mucho tiempo conteniéndose.

—¡Buagh! —exclamó Carlita y escupió como si al limpiarse la boca pudiera librarse de la peste—. Eres un cabrón redomado. ¿Y qué coño se supone que significa ese nombre?

—¿Significar? —dijo Pie Velludo, indignado—. ¡Soy Kwakwadjec!

—¿Y? —dijo Carlita—. ¡Yo soy Hermana Guapa y te voy a mandar al Pleistoceno de una patada en el culo como no me expliques dónde coño está John!

—¡Estúpidos lobeznos! ¡Nadie recuerda las viejas costumbres! ¡Soy Glotón, capullos!

—Espera un segundo —dijo Julia—. ¡Ya me acuerdo! ¡Eres un espíritu! ¡Uno de los hijos de Wendigo! Pero eso no tiene sentido. ¿Cómo puedes estar aquí, físicamente?

Pie Velludo se rascó el trasero con una peluda garra.

—Ya-oh-gah, guardián del Viento del Norte, me cedió parte de su poder. Mientras John Hijo del Viento Norte permanezca en la Umbra, yo puedo estar físicamente en este mundo. ☒ vaya si lo he hecho! ☒sa tía era una cachonda!

Ojo de Tormenta gruñó. ☒Devuélvenoslo!

—No puedo —dijo Pie Velludo encogiéndose de hombros—. Eso debe decidirlo padre.



John se puso en pie y se volvió hacia su padre. El oso de hielo se erguía sobre él, un pilar de fuerza, pero no parecía amenazante. Sus ojos contemplaban a John con aprecio.

—¿Es cierto? —preguntó éste—. Siempre... siempre había creído que mi nombre era una... una metáfora. Que significaba que tengo la fuerza del viento del norte. Y tú... ¿tú me estás diciendo que eres mi padre?

*Lo soy*, dijo el padre.

—¿Por qué me has traído aquí? Supongo que Pie Velludo estaba siguiendo tus órdenes. ¿Dónde está Aurak Danzante de la Luna?

*Te he traído aquí para ponerte a prueba*, dijo el oso mientras se ponía a cuatro patas y encorbaba los hombros. Ya no era el padre amoroso sino un animal amenazante. *Te espera una tarea muy difícil, hijo mío. La Serpiente del Río te ha concedido un poderoso destino, que hasta el momento te ha proporcionado gran gloria.*

—¿Uktena? ¿Te refieres a él?

*Todo cuanto ha ocurrido no es nada comparado con el peligro que nos aguarda en el futuro.* El oso avanzó. Sus zarpas eran

como árboles gigantes que se desarraigaban a sí mismos. *Te amo demasiado como para permitir que te arriesgues a sufrir este destino. Si fracasas, tu espíritu no sobrevivirá.*

—No comprendo —dijo John mientras se adelantaba para demostrarle al oso que no le tenía miedo—. ¿Por eso me hiciste pasar hambre y casi me dejas morir?

*Muchos Garou de mayor rango que tú caerán en la batalla que se avecina. Habría sido mejor que cayeras aquí que en el reino del enemigo, lejos de los tuyos. Pero has sobrevivido. Veniste al espíritu caníbal y a tu propia hambre. Honraste el pacto con los espíritus aún a costa de tu propia vida. Eres más fuerte de lo que me hubiera atrevido a esperar. Estoy orgulloso de mi hijo.*

John no sabía qué responder. Su rabia creció al darse cuenta de que había sido utilizado, arrojado a una prueba mortal para justificar que su padre lo salvara de una empresa más peligrosa. Pie Velludo lo había engañado y lo había separado de su manada, le habían hecho pasar hambre, lo habían atacado y le habían negado la comida, y todo ello para complacer a su padre. Su padre, el Viento del Norte, que no conocía privaciones ni sufrimientos físicos.

Y sin embargo, su padre le había dicho que se sentía orgulloso de él. Desde niño, había anhelado saber quién era su progenitor. Su abuela decía que no lo conocía en persona pero que era un gran guerrero que había caído luchando por el bien de otros. Durante años John había pensado que era una especie de comando de operaciones especiales, caído en una misión secreta defendiendo la libertad del mundo. Conforme iba creciendo, se fue dando cuenta de que no era cierto. Lo más probable es que su padre fuera un don nadie alcohólico que abandonó a su madre en medio de un sueño inducido por las drogas.

Su abuela se negaba a creer que su madre hubiera muerto siendo adicta a las drogas o prostituta, pero la ausencia completa de información, aparte del consabido «ha muerto valientemente» le impedía creer otra cosa a él. Hasta que llegó su Primer Cambio.

Cuando se convirtió en Garou, le contaron la verdadera historia. Su madre había muerto en el parto, sacrificándose para que él pudiera vivir. Lloró largo tiempo y le pidió a su espíritu que lo perdonara por haber puesto en duda su valor, pero siguió sin saber quién era su padre.

Y allí estaba al fin, delante del propio viento, que aseguraba que era su padre.

*La cicatriz que te ha quedado en el hombro te recordará que debes golpear a tu enemigo en el corazón, dijo el oso, porque es allí donde es más débil. No lo olvides, porque llevas esta verdad en la piel.* El oso se volvió para marcharse pero antes de hacerlo volvió la mirada hacia John.

—Espera —dijo éste mientras se adelantaba un paso con las manos extendidas y lo llamaba—. No puedes irte ahora! Tengo... tengo tantas cosas que preguntarte!

*He estado demasiado tiempo lejos de las Puertas del Norte. Debo ocuparme de los vientos.* Con estas palabras, un remolino lo envolvió, deshizo su forma, la devolvió al hielo y la nieve y la desperdigó en la tormenta.

—No! —gritó John Hijo del Viento Norte mientras daba un paso al frente. Empuñó la lanza con las dos manos y agachó la cabeza—. ¿Por fin nos conocemos y no puedes ni hablarme? ¿Tan poco digno soy que vuelves a abandonarme?

Una mano se posó en su hombro. Carne real, ni hielo ni viento. Le dio un apretón tranquilizador y, al volverse, se encontró con un indio de unos treinta y pocos años vestido con un traje tradicional Kwakiutl.

—No es culpa tuya, John Hijo del Viento Norte —dijo el hombre—. Tu padre tiene grandes responsabilidades, deberes que abandonó durante mucho tiempo para cortejar a tu madre. Ahora no puede quedarse a charlar. Por eso me ha enviado a mí.

John se puso en pie.

—¿Quién eres?

El indio le ofreció su brazo. Cuando John lo aceptó, le dijo:

—Soy tu padrino, Ladra-Coches.

John tragó saliva tratando de contener las lágrimas.

—Pero si me dijeron que habías muerto... La manada entera de mi madre, el Don del Trueno, murió combatiendo al Wyrn. Eso fue lo que me contaron cuando me convertí en un Wendigo.

—Estoy muerto. Más o menos. He escapado a las ataduras de la muerte para poder estar aquí, para verte y asegurarme de que estás bien. Yo soy lo que podrías llamar un espíritu ancestro.

—¿Tú eres el que me ha hecho esto?

El rostro de John estaba ahora cubierto de lágrimas, que el viento helaba sobre sus mejillas.

—Eh —dijo Ladra-Coches—. Ahora tienes que ser fuerte. Por supuesto que he sido yo. Le hice una promesa a tu madre antes de que nacieras. Los lazos de la manada son algo de lo que no se puede escapar. Y además no quiero hacerlo. Sé que no fue fácil ser huérfano pero somos Wendigo. Hemos comido cosas más amargas que la soledad.

»Si vivimos siempre en el pasado, no tendremos futuro. Esto es lo que nuestra tribu tiene que aprender. Esto es lo que tienes que decirles. —Se acercó al fuego—. Ven, vamos a un lugar más cálido.

John asintió y lo siguió.

—¿Se encuentran bien mis compañeros de manada?

Ladra-Coches sonrió.



—Creo que sí. No llegaron a entrar en la Umbral, si eso es lo que te preocupa. Están persiguiendo a Pie Velludo para tratar de sacarle algunas respuestas.

—¿Y quién es ese tío, por cierto?

—Digamos sólo que demasiada gente piensa que los Wendigo no somos más que un puñado de soldados amargados. Nuestras leyendas, sin embargo, están llenas de cuentos de bromistas, algunas de ellas más verdes que el cuento más indecente de Coyote. Joder, a los Rabagash como yo nos encantan esta clase de cosas. ¿Cómo crees que pasaban nuestros antepasados el tiempo en los fríos inviernos? ¿Mirándose unos a otros sobre el fuego? Demonios, no. Se contaban chistes, montones de ellos.

—Sí, he oído algunas de las historias. Sobre Cuervo y sobre Whiskey Jack ¿Así que Pie Velludo es en realidad un Rabagash del Clan del Lobo Invernal?

—No, pero no debes preocuparte de tus compañeros por ahora.

John se dio cuenta entonces de que los vientos habían cesado y la nevada era menos intensa. El amargo frío había remitido y por vez primera desde que entrara en la Umbral se sentía bien. Vio unas huellas de animal delante de él. Parecía que Ladra-Coches estaba siguiéndolas. No pudo identificar al animal pero estaba seguro de que se trataba de un felino grande o una mofeta.

—¿De quién son las huellas que seguimos?

—De un glotón. Síguelas y encontraremos a Pie Velludo. Donde esté él, es muy posible que encontremos a tu manada.

Mientras seguían las huellas, la tormenta fue amainando más y más. Aquí y allá empezaba a asomar el suelo, hierba de color pardo que se veía entre el manto húmedo y cada vez más fino.

—Tengo que advertirte de algo —dijo Ladra-Coches—. Para eso me han enviado. ¿Recuerdas esa extraña tormenta que ha estado azotando la Umbra? ¿La de los pájaros negros?

—¿Cómo podría olvidarla?

—Bien. Pues viene del reino de Jo'clath'mattric.

John hubiera jurado que la mención de la bestia del Wyrn en la Umbra provocó el graznido de unas aves en la distancia, un sonido que recorrió como un escalofrío su columna vertebral, a pesar de que ya no sentía frío.

—Toda la gente y las cosas que atrapa —dijo Ladra-Coches— se las lleva a su reino y allí se abate sobre ellos como un tornado.

—El rey Albrecht está tratando de encontrar ese reino. ¿Estás diciendo que si sigue la tormenta podrá llegar hasta allí?

—No, lo harían pedazos. Nada puede sobrevivir a esa tormenta. No sin ayuda. Ahí es donde entra tu padre. Te ha concedido un presente. Considéralo un regalo por tu mayoría de edad y una disculpa por todo lo que te ha hecho pasar. Le impresionó profundamente tu manera de comportarte, en especial con aquel ciervo. Demonios, yo me habría arrojado sobre él y me habría dado un banquete. Si lo hubieras hecho, mucha gente habría muerto de hambre. Y no sólo los que viven de los ciervos en el norte. Mucha carne se habría echado a perder. Si jodes a uno del Pueblo de la Pezuña, todos los demás pueden organizar un boicot. Aunque eso no me hubiera importado, no cuando estaba vivo. No era demasiado listo. Pero tú pasaste la prueba con sobresaliente.

John sonrió, lleno de satisfacción al enterarse de que su padre se había sentido orgulloso. Se preguntó cuánto podría llegar a acercarse a un espíritu que guardaba los vientos del norte y se dio cuenta de que probablemente muy poco, al menos mientras viviera. La separación entre los espíritus y los humanos era demasiado grande en aquellos tiempos. De hecho, un apareamiento con

un ser de este mundo, aun con un Garou, era una cosa insólita. No se había oído nada parecido desde hacia años pero allí estaba él, el producto de un auténtico mito.

—Por supuesto —dijo Ladra-Coches—, no es sólo para ti. Tu padre tenía una deuda con Uktena, el tótem de tu manada, y éste quiere cobrársela.

—Ya veo. ¿Y cuál es ese regalo?

—Los espíritus de tu padre y todos aquellos que sirven a las Puertas de los Vientos podrán atravesar la tormenta y proteger a quienes vayan con ellos.

—¡Es magnífico! —exclamó John—. ¡Albrecht podrá dirigir un ejército allí, para enfrentarnos al fin a Jo'clath'matric!

—Ésa es la idea. Pero... no es ninguna garantía. Jo'clath'matric es más grande de lo que puedas imaginar, John. No se trata de una simple incursión en un túmulo del Wym. Es un ataque contra las fauces de un monstruo. No te confíes. Te has ganado la confianza de tu padre pero él no puede hacer un mero ademán y dejar que los vientos se encarguen de todo. Las cosas ya no son como en los viejos tiempos. El mundo ha olvidado a los espíritus de nuestra tribu y éstos no pueden regresar con facilidad, y mucho menos a un reino del Wym. Para eso estamos nosotros, los lobos cambiantes. Para llegar a sitios a los que los espíritus no pueden, porque nosotros somos de carne y espíritu.

—Pero con los vientos, al menos podremos llegar hasta allí. Nuestras garras y colmillos harán el resto.

—¡Ése es el espíritu! Y no te olvides de tu lanza. Después de todo lo que ha pasado, tal vez te convenga echarle un vistazo.

John levantó la lanza y advirtió que una capa de hielo envolvía la punta de pedernal. A pesar de que cada vez hacía más calor, ni siquiera había empezado a fundirse. Le dio unos golpecitos con el dedo.

---

—Dejaremos eso por ahora —dijo Ladra-Coches—. Piensa en ella como otro regalo, en este caso de los Ancestros Animales, por haber mantenido el pacto ancestral.

—No sé cómo darte las gracias —dijo John mientras levantaba la mirada de la lanza.

Pero Ladra-Coches ya había desaparecido. Así como la nieve y el hielo. Se encontraba en un pequeño claro, rodeado de árboles, de nuevo en el mundo físico.

## Capítulo seis



Ojo de Tormenta temblaba de furia, con el vello erizado, la mirada entornada y los labios retraídos para mostrar su peligrosa dentadura. Su gruñido aumentó de volumen. Saltaba a la vista que estaba a punto de perder los estribos.

—Eh... —dijo Pie Velludo mientras se apartaba un paso de la loba—. ¿Alguien puede calmarla?

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? —dijo Carlita—. Joder, yo estoy casi tan cabreada como ella. ¿No deberíamos machacarte todos?

Pie Velludo se detuvo y separó las piernas, como si se estuviera preparando para recibir un ataque.

—Porque no os gustará verme enfadado, chicas. Y me enfado con facilidad... —Mientras decía esto, sus ojos empezaron a lanzar destellos de furia y la boca se le llenó de saliva. Empezó a ladrarle a Ojo de Tormenta y ésa fue la gota que colmó el vaso. La loba saltó sobre él, lo golpeó en el pecho y lo derribó. Pero estaba preparado para el ataque: le clavó las garras en la espalda y empezó a desgarrarle el pelaje desde el cuello a la cola.

—¡Que alguien los detenga! —dijo Grita Caos—. ¡Si lo perdemos nunca recuperaremos a John!

Corrió hacia ellos y extendió los brazos hacia Ojo de Tormenta para tratar de separarla del glotón. Pero antes de que sus manos llegaran a tocarla, Pie Velludo empezó a desvanecerse, como los fantasmas de las películas al llegar el amanecer.

El glotón dejó de luchar, ajeno aparentemente al hecho de que una loba estaba lanzándole dentelladas a la inmaterial garganta.

—¡Oh, si antes lo digo...! —exclamó—. Bueno, fue magnífico mientras duró...

Desapareció del todo.

Ojo de Tormenta se detuvo y sacudió la cabeza, como si se la hubiera mojado y estuviera tratando de secársela. Miró a su alrededor con aire confuso, sin comprender lo que acababa de ocurrir.

—Ha regresado a la Umbra —dijo Julia—, pero no por decisión propia. Si lo que ha dicho era cierto, significa que John debería...

Un aullido resonó en los bosques, no muy lejos. Todos ellos echaron la cabeza atrás y respondieron. John devolvió la llamada, con una nota de exaltación y alivio y a continuación empezaron a buscarse unos a otros con sus aullidos.

Carlita fue la primera en verlo, de pie en un pequeño claro situado a poco más de un kilómetro del lugar en el que habían visto por última vez a Pie Velludo. Corrió hacia él y lo abrazó. Podría haber derribado a una persona normal con la fuerza de su bienvenida pero John apenas se movió. Le devolvió el abrazo.

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo Carlita—. ¿Qué es todo eso sobre tu padre?

—Era una prueba —dijo John—. Y la he pasado.

Todos los demás llegaron corriendo y se unieron en un abrazo colectivo. Hasta hacía pocas semanas, semejante muestra de afecto desnudo hubiera resultado incómoda para ellos, pero ya

no, después de lo que habían pasado en sucesivas batallas en el mundo real y en al Umbra.

John levantó la mirada al cielo y el sol, cada vez más próximo al horizonte.

—¿Cuántos días han pasado? ¿Ha empezado ya la reunión?

—¿Días? —dijo Julia—. Han sido unas ocho horas como mucho. Hemos pasado este tiempo persiguiendo a Pie Velludo y tratando de sacarle respuestas, aunque no ha servido de mucho. Ni siquiera era un Garou! Sólo era una especie de espíritu burlón, un glotón.

John pareció confundido al oír el poco tiempo que había transcurrido.

—He estado vagando durante días. Estoy seguro. No podrían haber sido horas.

—El tiempo hace cosas raras en la Umbra —dijo Grita Caos—. El reino en el que has estado debía de operar con principios diferentes de día y noche.

—Tengo curiosidad por saber en qué reino estabas —dijo Julia—. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó Carlita mientras dejaba de abrazarlo y examinaba el hombro izquierdo de John y las marcas de garras que había allí—. ¡Alguien te ha dado un mordisco! Es asombroso que siga vivo. —Apretó delicadamente la herida con los dedos—. ¿Te duele mucho?

—Nada —dijo John—. Lo creas o no, está curada por completo. No va a mejorar. Pero el brazo no ha perdido funcionalidad. No tiene sentido pero creo que tiene que ver con que derroté al monstruo que me la hizo. Cuando lo vencí, su poder sobre la herida menguó. Pero es una preciosa cicatriz de batalla. Algo que enseñar alrededor del fuego.

—Y que lo digas —dijo Grita Caos—. ¡Cuéntanoslo todo! Ahí hay una gran historia. ¡Estoy impaciente por contarla en la gran reunión!

John pareció sorprendido al oír esto.

—¿Tan pronto? No sé... La reunión no es sobre mí.

—Ahora no te pongas humilde —dijo Grita Caos—. No es una característica muy Garou que digamos. Además, tengo la impresión de que una pequeña historia sobre una victoria espiritual es precisamente lo que necesitamos para subir la moral a las tropas o al menos ganarnos el respeto de los Theurge que haya allí.

John asintió un poco avergonzado, aunque no sabía por qué. Siempre había querido tener una gran historia de honor, gloria y sabiduría que contar y ahora por fin la tenía. Y además, con el atractivo añadido de un nacimiento mítico. Pero, por alguna razón, se le antojaba demasiado privada para compartirla con toda la nación Garou. Al menos tan pronto.

—Mirad, os lo contaré todo —dijo—. Pero no aquí, de noche en el bosque. Se ve que tenéis frío. Además, tenemos que llegar a la reunión.

—Oh, mierda —dijo Julia—. ¿Cómo? No tenemos coche.

—Bueno —dijo Grita Caos—, apuesto algo a que la camioneta de Pie Velludo sigue allí. Es imposible que fuera espiritual. Seguro que la robó en cuanto se materializó.

—Al menos podemos utilizarlo para llegar hasta una agencia de alquiler de vehículos mañana por la mañana —dijo Julia—, en la ciudad más próxima, sea cual sea.

*Entonces vamos*, dijo Ojo de Tormenta, ansiosa por ponerse en marcha y llegar a la reunión antes de que algo más pudiera interponerse en su camino.

Regresaron a la casita por el bosque. La camioneta de Pie Velludo seguía allí, pero también la del indio. Estaba oscureciendo



así que subieron al vehículo tan sigilosamente como les fue posible, todos ellos en forma de lobo salvo Carlita, que permaneció en forma humana. Ella conduciría.

Los lobos subieron a la parte de atrás, mientras Carlita abría la puerta del conductor lo más silenciosamente posible. Aun así, la puerta emitió un crujido.

Sonó una voz desde el interior de la casa, a través de una ventana abierta.

—¡Joder! ¡Ese bastardo ha vuelto! ¡Me voy a romper otra botella en la cabeza! —La voz se iba haciendo más fuerte conforme hablaba, dirigiéndose aparentemente a la puerta trasera. Pero Carlita ya estaba arrancando la camioneta. Era capaz de hacer un puente en quince segundos. Estaba pisando el acelerador al cabo de ocho.

—¡Ah! —gritó el joven indio mientras aparecía en la puerta trasera con un bate de béisbol, preparado para utilizarlo. Se detuvo al ver que Carlita daba marcha atrás y entonces, al reparar en la jauría de lobos que viajaba en la parte de atrás, se quedó con la boca abierta. La camioneta retrocedió a toda velocidad por el camino de tierra y frenó cuando estaba a punto de chocar con la otra. A continuación, Carlita metió primera y salió disparada hacia el camino principal, en la dirección que, según les había dicho John antes, conducía probablemente a un centro urbano. No volvieron a oír nada procedente de la casa del indio, que probablemente estaba demasiado confundido hasta para decidir qué podía contarle a la policía.

Unos minutos después, Carlita frenó y Julia y Grita Caos, tras adoptar de nuevo forma humana, subieron con ella a la cabina. Julia encendió la calefacción. Tras diez minutos de discusiones sobre el camino a seguir, pararon al fin en un restaurante de carretera.

Sentados a una mesa en una de las esquinas del restaurante, John les contó la historia de la prueba a la que lo había sometido su padre.

—Joder, qué fuerte —dijo Carlita mientras engullía un filete con huevos—. Vosotros los Wendigo sí que sois gente seria.

—No puedo creer lo afortunados que hemos sido con lo de los espíritus del viento —dijo Julia—. Es como un rompecabezas en el que todas las piezas encajan en el momento justo. Primero la profecía y ahora tu padre aparece en el momento preciso para traernos unos refuerzos que necesitábamos desesperadamente.

—Puede que no sea suficiente —dijo John—. Los espíritus pueden llevarnos hasta allí pero no podrán ayudarnos a acabar con lo que quiera que encontremos en el reino. Además, tengo la impresión de que es un poco tarde. Si los espíritus pudieran ayudarnos de verdad, seguramente otros habrían acudido. ¿Por qué no se ha ocupado de la tormenta el Abuelo Trueno de los Señores de las Sombras? Se supone que es el rey de todas las tormentas.

—No las del Wyrn —dijo Ojo de Tormenta, que estaba devorando jamón en su forma humana—. No sabemos qué fuerzas constriñen a los tótems. El hecho de que nos ayuden es una señal muy importante. Sus costumbres son muy antiguas y la tierra no los sustenta ya.

Después de eso todo el mundo guardó silencio durante un rato y se dedicó a comer y pensar que lo más probable era que las cosas empeoraran.

—Y, por cierto, ¿qué pasaba con el tal Pie Velludo? —dijo Carlita—. Ni siquiera parecía un espíritu Wendigo. Suelen ser regios, estoicos y fríos. El tío eseapestaba y era un auténtico capullo.

John sonrió.

—No conozco demasiadas historias pero sí que sé que Glotón era uno de los espíritus burlones más ordinarios de las leyendas

indias. Lo veneraban sobre todo en el nordeste de Canadá. Supongo que solía vagar por allí, en el Labrador y sitios así. Pero casi siempre estaba haciendo reír a la gente. Solía causar más problemas a otros espíritus que a los humanos, pero de tanto en cuanto todo el mundo tenía que sufrir sus bromas. Por supuesto, todos aprendían de sus errores. Como los Rabagash, los espíritus burlones desempeñan un papel sagrado.

—¿Sagrado? —dijo Julia arrugando la nariz—. Más bienapestoso. O sea, me gusta un buen chiste tanto como al que más, pero el humor a base de emisiones corporales es cosa de párvulos.

—Intenta vivir en un mundo helado nueve meses al año —dijo John—. En cabañas oscuras que apestan a grasa de foca. Si no te ríes de los actos más groseros de tu vecino, es que probablemente estás a punto de matarlo.

—Oh, supongo que eso es verdad —dijo Julia—. Pero eso no excusa a Quackwaddle o como quiera que se llame. Creo que ya sé cómo se materializó. Al principio debió de utilizar el poder de tu padre pero luego, una vez que te llevó a su reino, su padre le dio poder suficiente para seguir aquí mientras quisiera... o hasta que tú regresaras.

John asintió. Era una teoría tan buena como la que más. Una vez que la manada hubo terminado la cena y el café, Julia pagó con su tarjeta de crédito y regresaron a la camioneta.

—Eh —dijo Carlita—, ¿no hay un casino o algo parecido aquí en la reserva? Podríamos tratar de ganar un dinerito para que Julia no tenga que pagarlo todo siempre.

—¿Y cómo quieres que ganemos dinero jugando? —dijo Julia—. Los casinos hacen trampas.

—Creo que hay un casino por aquí —dijo John—. Pero no sé si sigue abierto. He oído que tuvieron toda clase de problemas legales con el estado, al que no le gustaba la idea de que los indios

ganaran más dinero que él. Antes, los jóvenes mohawk hacían contrabando de tabaco en la frontera canadiense, haciéndole la competencia a la Mafia, que quería tener el monopolio. El casino les proporcionó un trabajo más seguro hasta que lo cerraron. Los jóvenes volvieron al contrabando y los tiroteos. No sé si el asunto llegó a resolverse ni si el casino sigue abierto y en funcionamiento.

—No quiero perder más tiempo —dijo Grita Caos—. Tenemos que llegar a Vermont para la reunión.

—Y conseguir un coche de verdad —dijo Carlita mirando la camioneta como si no quisiera volver a montarse en ella—. Cuanto antes encontremos una agencia de alquiler de coches, mejor.

Volvieron a subir al vehículo y se dirigieron a la ciudad más cercana. Los empleados de la gasolinera les indicaron cómo llegar a Utica y una vez allí no tuvieron dificultades para encontrar una agencia de alquiler de coches. Al día siguiente estaban mucho más cómodamente instalados en un monovolumen Ford.

—Yo creía que estas cosas destruían el medio ambiente —dijo Grita Caos—. ¿Os parece bien que contribuyamos al malgasto y la contaminación utilizándola?

—Oh, ¿y tú crees que las emisiones de la camioneta no contaminaban? —replicó Julia desde detrás de la rueda de repuesto—. Tenemos que llegar a la reunión. Cuando hayamos acabado con el Wyrn, podremos preocuparnos de los estándares de emisiones de dióxido de carbono en los vehículos.

Estuvieron en silencio un rato, hasta que Carlita encendió la radio desde los asientos traseros. Tras dar varias vueltas al dial, se decidió por una emisora de música rap. Se reclinó en su asiento y empezó a mover los hombros al ritmo de la música. Julia puso los ojos en blanco.

—Mirad —dijo John—. Ahora me doy cuenta de que tengo que dar este último paso en la batalla contra Jo'clath'mattric. Ninguno

de vosotros tiene por qué seguirme. Podéis regresar a vuestros hogares y disfrutar de un buen descanso. Os lo habéis ganado.

—Calla, coño —dijo Carlita, tratando de concentrarse en la música. Los demás no dijeron nada. Era como si John no hubiera hablado.

—Que alguien me responda —dijo John—. No creo que queráis hacerlo. Lo que digo es que no tenéis por qué hacerlo.

—¿No oís algo? —dijo Julia—. ¿Como el zumbido de un moscardón muy fastidioso?

—Ignóralo —dijo Grita Caos—. Es sólo la voz de una consciencia atormentada.

—Pero... —empezó a decir John.

*Silencio*, dijo Ojo de Tormenta, tendida en forma Lupus en el asiento trasero para que no pudieran verla desde los otros coches al pasar. *Hemos tomado una decisión. Basta de palabras.*

John asintió. No quería que sus compañeros de manada se arriesgaran en lo que sin duda iba a ser la parte más peligrosa de su aventura, pero le enorgullecía que no quisieran ni siquiera discutirlo.

Mientras se reclinaba en su asiento y empezaba a preguntarse qué sería lo que le deparaba el futuro, se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se le había agotado el viento, por decirlo de alguna manera, y de repente se sentía exhausto. Cerró los ojos y se quedó dormido en cuestión de minutos.

Soñó que volvía a estar en la nieve, junto a la fogata con el ciervo. El fuego casi se había apagado. Apenas quedaban unos rescoldos que humearían aún por algún tiempo. Oyó algo en el viento, como un graznido, el sonido de una bandada de pájaros. Asustado de repente, se echó al suelo y apagó el fuego con nieve para extinguirlo.

Una bandada de aves negras apareció en el horizonte. Volaban hacia él profiriendo salvajes graznidos. Escuchó un suave retumbar en la nieve que se iba haciendo más fuerte a cada segundo que pasaba y apareció a la carrera una liebre blanca, que puso en fuga a la bandada de aves. Lo vio con el rabillo del ojo, se detuvo y le habló: *Hijo del Viento, busca refugio*. A continuación se alejó y se perdió en el paisaje.

John se levantó de un salto y echó a correr en la misma dirección en la que había desaparecido la liebre. La nieve que caía estaba cubriendo ya las huellas. Vio unas formas negras delante de él, inmóviles, y se dio cuenta de que eran árboles. Se escondió entre los pinos con alivio, al mismo tiempo que los graznidos pasaban sobre su cabeza. Las aves sobrevolaron varias veces los árboles, como si estuvieran confusas por haber perdido a su presa.

Se ocultó bajo un árbol y se pegó a su tronco, con la esperanza de que las ramas del pino, cubiertas de aguja, lo escondieran. No comprendía qué era lo que lo asustaba tanto, pero sentía que, fuera lo que fuese, exudaba de los pájaros como una nube de miedo. Sus instintos le decían que se escondiera pero su mente empezaba a preguntarse el porqué. ¿Lo engañaban sus instintos? ¿No sería mejor que se enfrentara abiertamente a sus enemigos?

Hubo un sonido chirriante cerca de su rostro y vio que uno de los pájaros se posaba en una rama. Lo miró directamente. Sin pensarlo dos veces, le clavó la lanza en el pecho. El pájaro batió las alas, sorprendido, miró la lanza y a continuación cayó muerto.

El resto de la bandada siguió su camino y sus graznidos se fueron perdiendo en la distancia. Cuando dejó de oírlos, salió de debajo del árbol y clavó la punta de la lanza en el suelo. Sacó con el pie el cadáver del pájaro, que dejó un rastro de sangre negra en el suelo.

De repente se sintió mareado y estuvo a punto de caer al suelo, pero se apoyó en el árbol para recobrar el equilibrio. Notó un peso en el hombro izquierdo y al volverse vio otro pájaro, que le estaba succionando la sangre de la herida abierta.

Trató de espantarlo, pero el animal se negó a moverse. Cada segundo que pasaba se sentía más débil y trató de recordar lo que debía hacer. Ni siquiera se acordaba ya de su nombre o de la razón de su presencia allí.

Una voz le habló desde la base del árbol. La liebre estaba allí, sacudiendo la cabeza. Necio. *Has olvidado lo que tu padre te enseñó y has desperdiciado el regalo de los Ancestros Animales.*

Quería responder, pedir a gritos la ayuda de su padre, pero no era capaz de recordar ni siquiera quién era su padre. El pájaro profirió un graznido de júbilo mientras seguía dándose un festín en su hombro.

John despertó con un sobresalto. Carlita lo estaba zaran-deando por el hombro.

—¡Wau! —dijo la chica mientras apartaba la mano como si estuviera a punto de mordérsela—. Menuda pesadilla debe de haber sido. Despierta, chico. Casi hemos llegado. Grita Caos quiere saber si quieres que te compre algo mientras ponemos gasolina.

John miró a su alrededor y vio que habían parado en una gasolinera. Fuera era noche cerrada. Grita Caos estaba junto a la puerta del coche, con aspecto preocupado.

—Parece que hayas visto un fantasma.

—Uh... un mal sueño, nada más —dijo John—. Supongo que varios días de privaciones en la Umbra no se curan así como así en el mundo real. Sí... eh, tráeme un poco de agua, ¿quieres? Y algo de papeo si es posible.

—Claro —dijo Grita Caos mientras se dirigía a la tienda de la gasolinera.

Ojo de Tormenta apoyó las patas delanteras en el asiento trasero, entre los hombros de John y Carlita. *Aquí estás a salvo*, dijo. *No volveremos a perderte.*

—Gracias —dijo John—. Te creo.

Cuando Julia y Grita Caos regresaron, traían una bolsa con bebidas y aperitivos.

El resto del viaje transcurrió en silencio, a excepción de los ruidos que hacían al engullir los aperitivos. Su apetito sorprendía a John. Habían tomado una buena comida hacía sólo unas pocas horas y ya estaban comiendo otra vez. Sospechaba que sus cuerpos, acostumbrados a grandes períodos de carencia, habían decidido aprovechar para hacer acopio de reservas mientras hubiera de sobra.

Unas pocas horas después, mientras una luz pálida aparecía en el horizonte, entraron en el camino que conducía a la Finca Morningkill. Eso era lo que decía el cartel, un título para tranquilizar a los humanos con respecto a los ocupantes de la vasta hacienda. Los Garou conocían la verdad: para ellos, era la corte del rey Colmillo Blanco.

Al llegar a las puertas, Julia frenó junto a un timbre con micrófono. Antes de que su mano pudiera tocar el botón de la ventanilla, se quedó helada. Una línea de rostros se había asomado por encima del muro, apuntándolos con rifles. Las puertas se abrieron lo justo para dejar salir a un grupo de cinco hombres y mujeres, vestidos con lo que parecían uniformes de SWAT.

Se desplegaron alrededor del coche. Uno de ellos tenía un cargador en la mano izquierda y lo estaba moviendo para atraer su atención sobre él. Señaló con el dedo índice la primera de las balas. Todos pudieron ver que era de plata.



---

—Nombre y razón de su visita —dijo uno de ellos mientras apoyaba el cañón del arma contra la ventanilla medio abierta de Julia.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Carlita.

## Capítulo siete



—Nombre y razón de su visita —repitió el guardia. Esta vez apuntó a Julia con su arma.

Ésta levantó las manos y a continuación empezó a acercarse lentamente la izquierda al botón de la ventanilla. El guardia no respondió con violencia así que apretó el botón y la ventana empezó a bajar.

—Me llamo Julia Spencer. Estamos aquí para ver a... —Trató de recordar el nombre humano del rey Albrecht, por si se habían equivocado de dirección. No quería empezar a revelar secretos de los Garou a unos guardias de seguridad ordinarios. Sin embargo, las balas de plata parecían demostrar que estaban en el lugar apropiado, o que éste había sido tomado por un grupo paramilitar de cazadores de licántropos—. Estamos aquí para ver a Jonas Albrecht.

El guardia asintió.

—¿Por qué?

—Nos ha invitado. Nos hemos visto hace poco en Finger Lakes.

Los demás guardias rodearon el coche, sin apartar la mirada de los miembros de la manada, que los miraban a su vez con aire nervioso, a excepción de Carlita, que tenía el ceño fruncido. Ojo

de Tormenta se acurrucaba en la parte trasera, tratando de aparentar que era un perro doméstico y no un lobo.

John les susurró a los demás:

—¿Veis las insignias del brazo? Ese dibujo parece un dragón con una espada clavada. Creo que es un símbolo de la Casa Enemigo del Wym. Es la casa de Albrecht. Esos tíos tienen que ser Colmillos Plateados.

—¿El nombre de su manada? —preguntó el guardia.

Julia dejó escapar un suspiro. Era la confirmación inequívoca de que los guardias sabían la verdad.

—Manada del Río de Plata. ¿Y quiénes sois vosotros?

—Seguridad de la corte. —Bajó el arma e hizo un gesto con su otra mano en dirección al camino—. Sigán el camino hasta el aparcamiento. Allí les indicarán dónde pueden aparcar. Háganlo donde les indiquen y no en otro sitio. No paren el coche hasta entonces y no salgan a menos que se lo ordenen los hombres de seguridad. ¿Comprendido?

—Sí —dijo Julia—. Pero ¿por qué? Nunca había visto nada parecido. ¿Para qué tanta seguridad?

—Se lo explicarán todo dentro. Sigán.

Les indicó con un gesto del arma que dejaran de hablar y siguieran adelante. La puerta de hierro, accionada evidentemente por uno de los guardias, se abrió de par en par. Durante todo el tiempo que había transcurrido, los demás guardias habían seguido apuntando a la manada con sus armas. Mientras Julia introducía el coche en la parcela, los guardias los siguieron al interior y a continuación volvieron a tomar posiciones en el muro.

—La hostia —dijo Carlita—. Creía que eran de la ONU o algo así. ¿Qué coño está pasando? Es sólo una reunión, ¿no?

—Evidentemente ha pasado algo desde la última vez que hablamos con Albrecht —dijo Grita Caos—. Algún fallo de seguridad en el túmulo que los ha puesto a todos de los nervios.

—¿Crees que esos tíos eran Garou o Parentela? —preguntó Carlita.

—No lo sé. Puede que una mezcla de ambos —dijo Grita Caos.

*Mirad allí*, dijo Ojo de Tormenta mientras seguía con la mirada algo que había en los bosques y que jalonaba la carretera. Los demás se volvieron hacia donde les indicaba pero no vieron nada salvo los árboles.

—¿Qué es? —preguntó John Hijo del Viento Norte.

*Más seguridad, Lobos. Se ocultan bien.*

—Bueno, ahí está el aparcamiento —dijo Julia. Habían llegado al final del camino, que discurría alrededor de una mansión y culminaba en un gran aparcamiento. Había muchos otros coches allí pero no estaba lleno ni de lejos. Un guardia de seguridad, en este caso una mujer vestida de negro, les indicó un sitio vacío.

Tenía un walkie-talkie en la mano.

—Ésa parece más del Servicio Secreto que del SWAT —dijo Carlita.

Después de que Julia hubiera detenido el coche y apagado el motor, la mujer del traje negro se acercó a la ventanilla.

—Bienvenidos, Manada del Río de Plata. Disculpen la frialdad de la bienvenida. Se lo explicarán todo en la corte. Si siguen el camino de piedra alrededor de la mansión hasta el campo del otro lado, verán el trono. La corte los espera allí.

—Gracias —dijo Julia mientras salía del coche—. ¿Es que hay algún peligro inminente? ¿Debemos estar especialmente atentos a algo concreto?

—Una incursión que ya ha sido neutralizada. La seguridad sólo tiene por objeto garantizar que no haya otras y la reunión no sea interrumpida.

Se despidió con un gesto breve de la cabeza y se situó en mitad del aparcamiento, para esperar la llegada de más coches.

—Bueno, supongo que ha dicho todo lo que tenía que decir —dijo Grita Caos—. Parece que a partir de aquí seguimos solos.

—Vamos —dijo Julia—. Quiero averiguar lo que ha ocurrido.

La manada siguió por el camino que se le había indicado, una vereda de losas, cada una de las cuales, plana y suave, estaba separada por un amplio trecho de hierba.

Condujo al grupo al otro lado de la gran mansión. Al llegar allí vieron un gran espacio abierto.

—Uau —dijo Carlita—. Cuando dicen «corte» lo dicen en serio.

Se habían dispuesto tiendas de campaña en varias filas alrededor de un gran roble lo bastante antiguo como para haber estado allí cuando llegaron los primeros colonos ingleses. Las mesas y sillas que había debajo de las lonas sugerían que sería allí donde se sentarían los invitados durante la reunión. Por el momento, sólo la servidumbre se movía entre ellas, poniendo platos, copas y cubiertos en cada sitio. Parecía que además iba a ser una fiesta.

En la base del roble había un trono tallado, con el pictograma de los Colmillos Plateados grabado con toda claridad en la parte alta. El rey Albrecht estaba allí sentado, hablando con un caballero muy elegante que tenía un sujetapapeles en las manos. Levantó la mirada y vio a la manada. Sonrió y los saludó con un gesto.

—Vaya, esto no es algo que se vea todos los días —susurró Carlita a los demás mientras se acercaban al trono—. Se parece un poco a aquella película de John Goodman, *Ralfie, un Rey de Peso*.

—¿A qué te refieres? —dijo Julia—. Albrecht no es un pariente lejanísimo que ha recibido el trono por mera casualidad. Lleva la Corona de Plata, por el amor de Gaia.

—Sí, pero míralo: vaqueros azules, Doc Martens. Todo el mundo aquí va muy elegante. Es un contraste curioso, ¿no te parece?

—Muy americano, supongo —dijo Julia. Hizo un gesto a Carlita para que se callara cuando llegaron a la base del tronco. El caballero bien vestido que esperaba junto a Albrecht, que Julia tomó por un oficial del túmulo, los examinó con una ceja enarcada pero no hizo ningún comentario.

—Saludos, rey Albrecht —dijo mientras le ofrecía su mano—. Confío en que no hayamos llegado tarde.

—Llegáis pronto —dijo Albrecht al tiempo que se levantaba y le estrechaba la mano. A pesar de su aspecto desastrado, sabía comportarse—. La reunión empieza mañana por la noche. ¿Habéis tenido algún problema en el norte, con los Wendigo? Parece ser que Aurak Danzante de la Lluvia va a venir, así que lo que sea que hayáis hecho ha funcionado.

Los miembros de la manada se miraron unos a otros sin saber muy bien qué decir. Fue John el que tomó la palabra:

—No nos hemos visto con Aurak. Ni siquiera nos había hecho llamar. Fueron los espíritus. El viaje era un examen de mi valía.

Albrecht guardó silencio un momento mientras los examinaba de arriba abajo.

—Espíritus, ¿eh? Sí, ahora me fijo en esa enorme cicatriz de tu hombro. No recuerdo que estuviera allí la última vez que nos vimos. Son tiempos extraños. ¿Qué querían de ti?

—Saber si podría cumplir con mi deber hasta el final.

—¿Deber? ¿Te refieres al asunto de Jo'clath'mat'tric? Creo que habéis demostrado vuestro valor más que de sobra. ¿Los espíritus no estaban convencidos?

—Mi padre tenía que convencerse por sí mismo.

—¿Sí? ¿Y por qué necesitaba tu padre meter a los espíritus en este asunto? ¿Por qué no se dirigió a ti en persona? ¿O se trata de algún ritual propio de los Wendigo?

—Mi padre... —John se detuvo, sin saber cómo explicarlo—. Es el Viento del Norte. Él me eligió para esta tarea.

Albrecht se limitó a mirarlo sin decir nada. Sin embargo, no parecía desaprobador lo que había oído porque una sonrisa se fue dibujando lentamente en su cara.

—Sois algo único, chicos. Lo digo en serio. Creo que ahora comprendo la pequeña incursión de antes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Grita Caos—. Hay tantas medidas de seguridad que no han querido contarnos nada.

—Creo que les diré que pueden empezar a relajarse. Tuvimos una incursión desde la Penumbra. Un puñado de espíritus que empezaron a liar las cosas y zarandearlas de un lado a otro, como si hubiera una tormenta. Evan estaba convencido de que se trataba de espíritus del viento pero todos dimos por hecho que tenía algo que ver con la tormenta de la Umbrá. Enviamos gente allí a tratar de averiguar lo que estaba pasando, pero no encontraron ninguna pista. Lo único que sabemos es que un grupo de espíritus se manifestó, dio una vuelta por el lugar y volvió a desaparecer. Sin explicaciones. Sin embargo, lo que has dicho del Viento del Norte ha hecho que me pregunte si no estarán relacionados ambos hechos de alguna manera.

—Mi padre se comprometió a ayudarnos a atravesar la tormenta de la Umbrá —dijo John—. Para llegar hasta el reino de Jo'clath'mat'tric.

—¡Estás de coña! —dijo Albrecht mientras se apartaba del trono como si quisiera alejarse de su formalidad—. Eso sí que es un gran avance. Resuelve un montón de problemas. Demonios, les va a encantar a los Theurge cuando se enteren. Pero ¿por qué iba a presentarse un puñado de espíritus y desaparecer a continuación?

—No lo sé. Puede que quisieran verificar que el lugar era seguro para mí. O estuvieran preparándose para ayudarnos más tarde.

—Quiero saber todo lo que ha ocurrido con tu padre y contigo. Y Evan también estará encantado de oírlo. Esperaremos hasta que regrese. Está patrullando por los alrededores. Antonine no estaba bromeando cuando abrió la boca allí en Yunque-Klaiven. La Tercera Manada está demostrando ser muy importante. Chicos, os estáis ganando muchas miradas de admiración para el resto de vuestras respectivas carreras.

—Y eso que todavía no te hemos contado lo del verdadero nombre de Jo'clath'matric —dijo Grita Caos.

Las cajas de Albrecht se levantaron y se quedó mirando al metis como si acabara de anunciarle que era un héroe Garou perdido hacía mucho tiempo.

—¿Su nombre? ¿Cómo habéis conseguido eso?

—De una de las Perdiciones del Saber que destruimos —dijo Grita Caos—. Es un nombre muy raro y no creo que sea buena idea pronunciarlo abiertamente. Supongo que podría susurrártelo al oído.

—No, aún no —dijo Albrecht—. Quiero que se lo cuentes a Loba. Ha estado investigando a esa criatura. Podría servirle de mucho. Parece que habéis traído otra perla para la reunión. A partir de este momento, dejo oficialmente de sorprenderme por vuestra capacidad. Con tantas dianas como habéis hecho, va a ser



difícil superaros. Id a la mansión si queréis. Evan y Mari os han preparado una habitación aparte. Descansad un poco. La reunión se prolongará toda la noche.

—Gracias —dijo Carlita—. Estamos bastante cansados.

—Preguntad por la habitación a cualquiera que haya en la casa. Ellos os indicarán. —Se despidió con un ademán y se volvió para continuar su conversación, posiblemente relacionada con los detalles logísticos de la reunión, con el caballero.

La manada se dirigió a la mansión y entró por la puerta trasera, que estaba abierta de par en par. Un Pariente con aspecto de mayordomo se presentó al instante para acompañarlos a su habitación. Estaba en la segunda planta y tenía cuatro camas y un sillón. Ojo de Tormenta se tendió inmediatamente bajo la ventana mientras cada uno de los demás elegía una cama. Hicieron turnos para utilizar el baño y la ducha y no tardaron en estar durmiendo a pesar de que la luz del sol entraba todavía por las ventanas.



Una mano sacudió con gentileza a John Hijo del Viento Norte para despertarlo. Abrió los ojos y se encontró con Evan junto a su cama, con un dedo delante de los labios en el clásico gesto de «sh-hh, guarda silencio». John asintió, se incorporó y miró a su alrededor. Sus compañeros de manada seguían dormidos. Carlita roncaba. A juzgar por la falta de luz al otro lado de las persianas, ya debía de haber oscurecido.

Evan le indicó que lo siguiera y salió del cuarto. Bajó de la cama, recogió la lanza de la mesita de noche y fue tras él. Una vez en el pasillo, cerró con sigilo la puerta. Evan esperaba junto a las escaleras.

—He intentado dejarte dormir un rato —dijo Evan—. Pero la curiosidad me ha podido. Tenía que saber lo que pasó.

John sonrió, contento de tener una buena historia que contarle a su antiguo mentor.

—Me llevará un buen rato contarla como dios manda. ¿Estás seguro que no quieres esperar a que los demás estén presentes? Ellos también tienen una parte que contar.

—También quiero oír su historia, pero por ahora bastará con que me cuentes lo esencial. Albrecht espera que la contéis entera mañana, en la reunión, para mostrar a los Theurge que los espíritus están de nuestro lado. —Empezó a bajar las escaleras en dirección a la cocina—. He estado buscando señales de los espíritus que irrumpieron aquí y creo poder asegurar que se trataba de espíritus del viento. Cuando me enteré de lo que te había pasado, no hizo más que reforzar mi impresión. Creo que siguen cerca, en la Umbra, vigilando el túmulo, pero no quieren tener tratos con nosotros. Al menos todavía no. Puede que estén esperando a que llegue Aurak.

—Supongo que tiene un papel que desempeñar en este asunto —dijo John, a su lado, mientras su estómago emitía un rugido en respuesta al olor a carne asada que ascendía desde las cocinas—. Sin embargo, tengo la impresión de que Pie Velludo utilizó su nombre sin permiso.

—También es posible que no supiera nada de Pie Velludo y tu padre lo haya avisado después. Si va a dejar que sus espíritus nos ayuden, alguien tendrá que dirigirlos. Tú no eres Theurge, John, al margen de ese extraordinario linaje que acabas de descubrir. Creo que Aurak viene a petición de los espíritus y que será él el que se comunique con ellos una vez que estemos en marcha.

—Eso tiene sentido —dijo John mientras entraba en la cocina detrás de Evan. Era una sala enorme, concebida evidentemente

para servir banquetes a gran número de comensales. Según parecía, la cena ya había tenido lugar. Evan sacó dos cuencos de un armario y se los dio a John.

—Coge un poco de estofado de ahí. Yo iré a por el pan. Los demás ya han cenado. La mayor parte de la comida de verdad está reservada para mañana por la noche.

John se acercó a la marmita y sacó un cazo lleno a rebosar de carne con verduras nadando en un denso caldo. Llenó los dos cuencos, se reunió con Evan en la mesa y le ofreció uno de ellos. Éste le dio las gracias y le pasó una barra de pan y una bandeja de mantequilla.

—Tío —dijo John—. Uno no se da cuenta de lo mucho que echa de menos el descanso hasta que puede tener un poco. Había olvidado lo bueno que es sentarse y disfrutar de una buena comida sin tener Perdiciones tratando de morderte el culo.

—Sí —dijo Evan—. Es fácil olvidarlo en los tiempos tranquilos. Pero cuando la mierda cae en el ventilador, los pequeños placeres de la vida se vuelven mucho más importantes.

Comieron en silencio durante algún tiempo. John disfrutó del estofado de carne y el pan recién hecho masticándolos con lentitud. No estaba tan hambriento como el día anterior pero esta vez, sin la imperiosa necesidad de llenar el estómago y sin tener prisa por terminar, disfrutó de verdad cada bocado.

—Así que —dijo Evan— el Viento del Norte, ¿eh? Menuda pija. Eh, no pretendía ofender. ¿Y qué aspecto tiene?

—Al principio no era más que un remolino de hielo —dijo John—. Sólo podía verlo gracias a la nieve que levantaba. Pero luego utilizó la nieve para formar un cuerpo con el que pudiéramos comunicarnos. Era un gran oso, probablemente parecido a un oso prehistórico. Sólo que hecho de nieve.

—Tiene sentido. Una de las Imágenes del Viento del Norte en los mitos Garou es Ya-oh-gah, el oso que guarda las Puertas de los Vientos al norte. Es un destino muy importante, John. Sabía que había algo diferente en ti cuando te encontré después de tu Cambio, pero no tenía ni idea de que se tratara de algo tan... legendario.

—Bueno, creo que eso todavía tengo que ganármelo. Tener un espíritu por padre no significa que merezca mayor renombre. Si acaso, la gente esperará más de mí a partir de ahora y me juzgará con mayor severidad. No sé si estoy preparado para eso.

—Tonterías. Las pasadas semanas ya has probado tu valía. El heroísmo que tu manada demostró en Hungría empieza a conocerse y vuestro papel en el descubrimiento de los espíritus del saber está también en boca de todos. No defraudarás las expectativas de nadie.

—Eso espero.

Siguieron allí un rato más, comiendo y sin hablar. Entonces se abrieron las puertas y entró Mari Cabrah.

—Pensé que te encontraría aquí —le dijo a Evan—. Hola, John Hijo del Viento Norte. He oído que estás detrás de la pequeña tormenta que tuvimos antes.

John frunció el ceño.

—Yo no la provoqué. Lo que pasa es que mi padre... vaya, ha enviado unos espíritus para ayudarnos. Supongo que no había nadie aquí que pudiera guiarlos. Evan no es Theurge.

—Y yo no soy una Wendigo —dijo Mari—. De haberlo sido habría estado en primera línea en la investigación.

—Eh —dijo Evan—. Yo te lo prohibí específicamente. Aún estás débil, Mari. Admítelo y ahórranos la pesadilla de tener que convencerte de que no hagas estupideces hasta que estés preparada para afrontar las consecuencias.

Mari hizo una mueca.

—De eso nada. Soy perfectamente capaz de arreglármelas sola. Puede que no sea capaz de correr a toda velocidad pero aún soy rival más que digna para cualquier Garou.

Evan suspiró y tomó otro sorbo de estofado. John sonrió e hizo lo mismo, con la esperanza de no verse arrastrado al debate.

—He venido a deciros que vuestro hermano de tribu acaba de llegar —dijo Mari—. El tal Aurak Danzante de la Luna está a punto de salir del Puente Lunar.

Evan se volvió hacia John.

—Supongo que es ahora cuando descubrimos si nuestras teorías están en lo cierto. Vamos a verlo. Lleva mucho tiempo en este mundo y sabe muchas cosas. Aunque no haya estado involucrado en este asunto, merece la pena conocer su opinión.

John asintió y recogió su lanza.

—¿Por dónde vamos?

—Sígueme —dijo Evan. Se puso en pie y se encaminó a la puerta pero entonces se detuvo y se volvió hacia Mari, que había ocupado su asiento—. Come algo, Mari. Tienes que recobrar fuerzas. Y no quiero oír nada de que no tienes hambre.

Ella se limitó a hacer un ademán desdeñoso y apartar la mirada. Evan sacudió la cabeza pero con una sonrisa en el rostro. Abrió la puerta e indicó a John que lo siguiera. A continuación lo llevó por la puerta de atrás a una pequeña arboleda que había al otro lado del campo y que no se veía desde la casa.

Había un joven Theurge allí, concentrado en algo que sólo él podía ver. Dos guardias de seguridad esperaban cerca, con las armas bajadas pero preparados para utilizarlas en cualquier momento. Unos minutos más tarde, una radiación plateada llenó la arboleda e inundó de chispas la corteza de los abedules. Un agujero de luz con forma de espiral apareció en el aire. En su

interior había unas formas imprecisas que se movían hacia ellos. Conforme se acercaban, sus facciones se volvieron más claras y sus cuerpos fueron ganando sustancia.

La figura que abría la marcha era un indio americano vestido con un traje tradicional y el largo cabello recogido en sendas trenzas que corrían a ambos lados de su cara. Empuñaba un bastón decorado con plumas y cuentas y saltaba a la vista que lo necesitaba para caminar. Pero sus ojos eran brillantes y se clavaron en los de John aun antes de haber salido del Puente Lunar. Parecían estar evaluando al joven Wendigo. El anciano asintió mientras salía del puente, seguido por tres Wendigo, todos ellos guerreros, dos hombres y una mujer. La brillante luz menguó y se apagó y la arboleda volvió a quedar a oscuras y en silencio.

Saludos, Aurak Danzante de la Luna —dijo Evan—. Bienvenido al Protectorado de la Tierra del Norte y al trono del rey Colmillo Plateado.

Aurak se acercó a Evan y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Te reconozco, Evan Curandero del Pasado. Tú honras a nuestro pueblo entre las demás tribus.

—Gracias, guardián del saber —dijo Evan y señaló a John—. Éste es John Hijo del Viento Norte, cuyo nombre no miente. Creo que ya sabes algo sobre él.

Aurak se volvió hacia John y volvió a mirarle los ojos, como si estuviera buscando alguna señal en su interior, como si tratara de ver más allá del propio John y encontrar algún símbolo o imagen que ocultaba en su interior.

—Así es. Hace dos noches, su nombre me fue revelado, aunque algunos en nuestro clan ya habían oído hablar de sus hazañas. Mis sueños, sin embargo, hablaban de su padre. Los vientos del norte me han pedido que los guíe para ayudar a este muchacho.

—Me alegro de oír eso —dijo Evan—. Es una ayuda increíble para nosotros.

Aurak apartó la mirada de los dos y se encaminó al exterior de la arboleda.

—Ya veremos, joven. Antes de que haga lo que se me ha pedido, el muchacho tendrá que demostrar que es digno de mi ayuda.

—¿Demostrar? —preguntó Evan mientras iba tras él. Parecía contrariado—. ¿Es ésa la voluntad de los espíritus?

—No. Es mi voluntad —dijo al tiempo que se detenía y miraba a Evan—. Si hiciera todo lo que me piden los espíritus sin pensar, estaría muerto hace ya mucho tiempo. No pienses que sólo porque un espíritu te pida algo has de concedérselo. ¿Acaso un espíritu burlón no fingió estar actuando en mi nombre? ¶ un espíritu glotón, por cierto! Respeto a mis hermanos espíritus pero mi juicio es mío. Haré lo que me piden, pero sólo si el muchacho demuestra ser digno de su petición.

Evan lanzó a John una mirada preocupada. Lo último que necesitaban era perder el favor de Aurak. El éxito de la reunión podía depender de ello.

Aurak se volvió hacia John, aferrando la vara con fuerza.

—No sé qué has hecho para enviarme los espíritus, pero mañana lo revelarás delante de todos.

Dio media vuelta y se encaminó a la mansión, seguido de cerca por su cortejo de guerreros.

Evan miró a John.

—Creo que será mejor despertar a los demás. Grita Caos va a tener que practicar su oratoria. Lo espera una audiencia bastante fría.

John se apoyó en la lanza y levantó la mirada hacia el cielo.

---

—Un mal chiste. Parece que voy a tener que enfrentarme a esas expectativas antes de lo que esperaba. Sólo espero que sople un buen viento a mis espaldas.



## Capítulo ocho



Albrecht reunió la asamblea a la puesta de sol del día siguiente. Durante todo el día, los Garou habían llegado en pequeños grupos, Theurge con sus compañeros de manada o sus séquitos. La mayoría venía por los Puentes Lunares pero algunos llegaron en coche. Otros entraron por la Penumbra, tras presentarse a los Guardianes del Túmulo que custodiaban el lugar. Llegaron por sendas lunares de túmulos de todo el nordeste. Había presente al menos un miembro de casi todas las Doce Tribus. Sólo los Caminantes Silenciosos estaban ausentes porque eran muy pocos en aquella región. Antonine no había podido regresar de su viaje a tiempo, así que también los Contemplaestrellas —que ya no eran miembros de pleno derecho de la nación Garou— tampoco estuvieron representados.

La Manada del Río de Plata, con la excepción de Grita Caos, paseaba por la finca, tratando de ver alguna cara famosa entre los eminentes Garou que habían llegado. Entre las Furias Negras se encontraba Nadya Zenobia, la curandera que había cuidado de Mari durante su enfermedad. También se alegraron mucho de volver a ver a Madre Larissa, de los Roehuesos de Nueva York. Perla del Río representaba a los Hijos de Gaia; ella estaba con la

manada en Finger Lakes cuando Albrecht había convocado aquel encuentro. La manada no conocía al extraño e inquietante Theurge que había traído consigo. Se llamaba Wyrdbwg, de los Finanna. Actuaba como si no entendiera el inglés y su mente parecía estar en otra parte pero la reverencia con la que los demás Garou lo trataban era señal inequívoca de su poder.

Tampoco conocían a Dedos Nudosos, el espeluznante señor de las runas de la Camada de Fenris, ni a la fría e intimidante Sylvan-Ivanovich-Sylvan, de los Señores de las Sombras, ataviada con un traje carísimo y rodeada siempre de lo que hubiera podido pasar por el séquito de un mafioso. Cinco Garras, un Theurge de los Garras Rojas, se mantenía siempre apartado de los homínidos y se quedó con su manada en los linderos del claro hasta que se acercó la hora del encuentro.

El Theurge que representaba a los Caminantes del Cristal tenía, como cabía esperar, todo lo que nadie esperaría en un chamán. Kleon Winston vestía ropa moderna comprada en Nueva York y se conducía con modales desenvueltos y sociables. Otro que se mostró muy amable con la manada fue Robert Kinsolver, de los Uktena, un indio de la reserva de Tuscarora, cerca de las cataratas del Niágara. Estaba impaciente por encontrarse con John Hijo del Viento Norte y les dijo que admiraba muchísimo el relato de las hazañas que su manada había realizado hasta el momento.

Loba Carcassone, una mujer de trato difícil que se había hecho famosa al desenmascarar un plan del Wyrm que había estado oculto a la vista de todos durante años, representaba a los Colmillos Plateados. Aún se ocupaba de proteger a los niños que sufrían a causa de conspiraciones como aquélla. Cuando se encontró con la manada, se llevó consigo a Grita Caos, tratando de conseguir que le contara todo lo que sabía sobre el verdadero nombre de

Jo'clath'matric. A continuación se marchó para hacer sus propios preparativos que, según dijo, tenían que ver con la invocación de un espíritu.

Los Colmillos Plateados se esmeraron mucho para alojar a todos aquellos grupos y mantenerlos separados casi del todo hasta el momento de la reunión, cuando los condujeron a sus correspondientes asientos bajo las tiendas, todos ellos de cara al trono y a una pequeña plataforma que se había erigido junto a él, donde los oradores se dirigirían a los chamanes. El primero de ellos fue, como es lógico, el propio rey Albrecht. Sus compañeros de manada, Evan y Mari, estaban sentados tras él, cerca del trono.

—Para empezar, quiero daros a todos las gracias por haber venido habiéndoos avisado con tan poca antelación —dijo Albrecht—. Creo que vuestra presencia demuestra la seriedad con la que nos tomamos esta amenaza. Europa ha sufrido mucho por su causa, pero hemos logrado detenerla con bastante facilidad. Por ahora. Eso se acabó. Tenemos que pasar a la acción, tenemos que cazar a esta criatura del Wyrn llegada desde el pasado y matarla antes de que pueda manifestarse y destruir aquello que más amamos, o sea, el mundo.

»Mientras me encontraba en Europa, descubrimos algunas cosas muy importantes sobre Jo'clath'matric. Estoy seguro de que todos las conocéis ya. Las historias sobre el cónclave de Yunque-Klaiven se han extendido por todas partes. Básicamente, nos encontramos ante una criatura realmente vieja. Tan vieja que nadie la recordaba. Al menos al principio. Según parece, se alimenta de recuerdos. Así es como se esconde. Hasta sus propios servidores lo llaman El Hijo Olvidado.

Un bufido despectivo salió de la audiencia.

—Sylvan-Ivanovich-Sylvan —dijo Albrecht dirigiéndose a la causante de la interrupción—. Parece ser que vas a ser la primera en hablar. ¿Tienes algo en mente?

—Todos hemos oído las historias sobre el viaje de la Manada del Río de Plata a Bosnia y su enfrentamiento con los devoradores de recuerdos —dijo la severa Señora de las Sombras—. Eso no es nada nuevo.

—Excepto por un detalle. Gracias a una de las mentiras que el bastardo de Arkady utilizó para engañar a su propio pueblo y a cierta información reunida por otros, pudimos localizar el túmulo en el que los Danzantes iban a liberar a Jo'clath'matric, y los detuvimos.

Sylvan refunfuñó pero no dijo nada más.

—Dime —intervino Nadya Zenobia—, ¿por qué devora recuerdos esa criatura? ¿Cuál es su historia?

—Me alegro de que lo preguntes —dijo Albrecht—. Y has hecho la pregunta precisa. «Historia». De eso es de lo que va todo esto. Veréis, hubo una vez un puñado de espíritus a los que se había encomendado recordar todas las historias del mundo. Ellos *eran* historias, historias vivientes. Pero entonces las cosas empezaron a empeorar. El Wyrm cambió. Jo'clath'matric era una especie de espíritu del equilibrio. No podía soportar lo que le había ocurrido al Wyrm, de modo que hizo lo que muchos de nosotros hacemos constantemente: trató de reprimirlo todo, olvidar lo malo. Como un niño que se tapa las orejas con las manos, cierra los ojos y empieza a gritar para no oír lo que no quiere oír. Al igual que el Wyrm, se volvió loco.

—¿Así que, no sólo olvidó lo que era sino que trató de hacer que los demás lo olvidaran también? —preguntó Kleon Winston, el Theurge de los Caminantes del Cristal—. Perdonadme por decirlo pero ¿no es todo esto un poco freudiano?

—Una estupidez es lo que es —dijo Dedos Nudosos, el Theurge de la Camada de Fenris—. ¿Cómo sabes eso? ¿Porque lo dijo un Colmillo traidor?

—De hecho, nuestra fuente de información fue la Tercera Manada de la profecía de Yunque-Klaiven. —Albrecht señaló a la manada del Río de Plata mientras decía esto. Todas las miradas se volvieron hacia ellos. Los miembros de la manada mantuvieron los ojos sobre el rey—. Y en los últimos tiempos han aparecido muchas pruebas que lo corroboran. Gracias a ellos sabemos lo que estaba ocurriendo con los espíritus del saber. Cuando los liberaron, nos contaron muchísimas cosas.

Los Garou allí reunidos volvieron de nuevo su atención hacia el rey Albrecht.

—Veréis, uno de los mecanismos de defensa de Jo'clath'matric es la Perdición del Saber. Estas criaturas, una mezcla entre murciélago y buitres, absorben parte del espíritu de sus víctimas y se llevan consigo los recuerdos de su vida. Lo que no averiguamos hasta hace muy poco, gracias a Grita Caos aquí presente, es que las Perdiciones del Saber estaban hechas de espíritus del saber capturados, entrelazados y atados entre sí con tanta fuerza que nadie podía verlos más allá de las alas y las plumas de las Perdiciones.

—Me resulta imposible de creer —dijo Robert Kinsolver—. Creo que mi pueblo, los Uktena, se hubiera enterado si tales cosas hubieran estado ocurriendo.

—Nadie supo nada sobre esas criaturas hasta hace muy poco. Parece ser que estuvieron latentes hasta que las cadenas de Jo'clath'matric empezaron a debilitarse. Entonces él las envió al mundo a buscar recuerdos para que se los llevaran a su reino. Con cada historia que roban para él se hace un poco más fuerte.

—Has dicho que impedisteis la invocación —dijo Sylvan-Ivanovich-Sylvan—. ¿Por qué estamos aquí entonces?

Albrecht se tomó un momento para reprimir su furia.

—Esa cosa sigue ahí fuera, en algún lugar del mundo espiritual y por lo que yo sé, las cadenas que la mantienen prisionera están rotas o se están rompiendo. Impedimos que los Danzantes la invocaran, pero si nos quedamos cruzados de brazos, muy pronto será libre. Y entonces todos estaremos hundidos hasta las rodillas en Perdiciones del Saber.

—Si esos espíritus son reales —repuso la Señora de las Sombras— muéstranos uno de ellos. Como alguien capaz de ver el mundo del espíritu, yo sólo creo aquello que veo con mis propios ojos. Los rumores son sólo eso, rumores.

Grita Chaos emitió un gruñido, tan grave que sólo sus compañeros de manada pudieron oírlo.

—No me lo puedo creer. Muchos de esos tíos no quieren más que una excusa para no tener que ayudar a Albrecht. Deberíamos haber traído el espíritu con nosotros desde Inglaterra.

—No se puede estar en todo —dijo Carlita—. Esperemos a ver qué pasa.

Albrecht sonrió.

—Bueno, yo confiaba en que el hecho de que tu hermano de tribu, el margrave Konietzko, apoyara la idea, bastaría para convencerte, pero bueno, aún tengo más cosas que contar.

Hizo una señal a Loba Carcassone, que se levantó de su asiento y subió al estrado. La mujer de cabello plateado parecía cansada, como si hubiera pasado recientemente por alguna prueba. Sacó un libro de su mochila, un viejo volumen encuadernado en piel, del siglo XIX o más antiguo. Lo sostuvo en alto para que todos pudieran verlo.

—Éste es el *Libro de los Tronos* —dijo—. Es un antiquísimo volumen de los Colmillos Plateados que lleva generaciones en nuestra biblioteca. Antaño lo utilizaban los Theurge para registrar los nombres, oficios, títulos y rangos de los espíritus de las cortes de la Umbra para que los embajadores de la tribu supieran cómo dirigirse a ellos.

—Oh, buen Dios —dijo Wyrdbwg. Los miembros de la manada lo miraron, sorprendidos. Hasta entonces había fingido que no entendía el inglés. Su acento, en cambio, era notablemente galés—. ¿Es que vosotros los Colmillos Plateados no podéis dejar tranquilos a los espíritus? ¿Siempre tenéis que ponerle título y rango a todo? Apuesto algo a que hasta las sillas en las que estamos sentados tienen escudo heráldico.

Los Theurge allí reunidos se rieron, pero sin malicia. Hasta Loba lo hizo.

—Este libro sólo enumera el rango de los espíritus que se jactaban de un rango —dijo Loba— y que parecían merecerlo. Os lo muestro porque hoy mismo lo he utilizado para llevar a cabo un ritual. He invocado a un espíritu del saber, uno de los que fueron liberados recientemente en Europa y lo he ligado a este libro para que pudiera contaros su historia.

Los Theurge asintieron y murmuraron entre sí, impresionados aparentemente por la previsión de Loba.

—La llave que me faltaba para recabar su ayuda me fue traída por la Manada del Río de Plata. —Una vez más, todas las miradas se volvieron hacia ellos hasta que Loba prosiguió con su relato—. Enseguida comprenderéis la importancia de todo esto. Si nadie tiene objeciones liberaré al espíritu. Entonces su historia nos rodeará. Es una especie de realidad virtual. —Se detuvo y reconsideró la elección de la metáfora. Muchos de los Garou allí presentes no habían comprendido el término—. Viviréis la

historia como si estuvierais allí, observadores pero no participantes.

Miró la multitud y esperó a ver si alguien tenía algo que añadir pero saltaba a la vista que todos estaban impacientes por empezar.

—Muy bien. Allá vamos. —Abrió el libro y empezó a leer en una página cercana al final—. En los días antiguos, cuando el mundo no conocía aún los horrores que desde entonces ha engendrado...

Mientras hablaba, el estrado desapareció, sustituido por un nuevo paisaje, un bosque agreste. A cada uno de los presentes le dio la impresión de que sólo él o ella se encontraba allí, observando la escena. Las palabras no les llegaban como sonidos, sino como *conocimiento*, imágenes y pensamientos que se manifestaban en sus mentes como si se encontraran realmente allí...



El poderoso dragón emplumado atravesaba el cielo mientras su sombra sobrevolaba el bosque, siempre rezagada pero siempre a su lado. Los animales del bosque levantaban la mirada al ver a la majestuosa bestia y lanzaban sus llamadas, con la esperanza de que respondiera a ellas y acudiera para escuchar sus súplicas, porque todos sabían que era un buen juez y un noble mediador cuyas sentencias tenían siempre por sabias todas las partes implicadas. Nadie se sentía agraviado por sus decisiones y cuando las obedecían, crecían en su entendimiento. Todos honraban al gran dragón Macheriel.

Pero incluso una criatura tan intachable como ésta respondía a un poder más grande. Se remontaba a grandes alturas para poder



vigilar a su amo, el Gran Wymr Que Sostiene la Tierra. Cuando las escamas de este ser ancestral podían verse, Macheriel regresaba a la tierra y se posaba sobre ellas. Metía la cabeza y el cuello bajo las cálidas escamas de metal y escuchaba el palpitar de la sangre en el corazón de la vieja serpiente. Estos latidos escondían mensajes para aquellos que pudieran oírlos, sendas para que sus sirvientes pudieran mantener el Equilibrio del mundo y asegurarse de que las fuerzas del caos y el orden se emparejaban en un abrazo amoroso y no en una disputa sanguinaria.

Pero llegó un día en que Macheriel no vio las escamas de su amo, sino un capullo de seda que las envolvía y ahogaba al Gran Wymr. La ancestral serpiente se retorció en sus ataduras pero la Araña Tejedora que las estaba hilando no prestaba atención a sus gritos. Macheriel descendió a tierra y atacó a la Araña con las garras pero ésta se movió con rapidez y se hizo a un lado. Mientras Macheriel volvía a remontarse, la Tejedora le echó una telaraña y lo atrapó por la cola. El dragón luchó contra la telaraña pero ésta no se partió. La Araña tiró de su sedosa cuerda y el dragón cayó a tierra.

Cayó en picado contra el suelo, se golpeó la cabeza con una piedra y dejó de moverse. La Araña reemprendió su labor ignorando al dragón muerto. Sólo que no había muerto. Despertó más tarde, sacudió la cabeza herida y miró a su alrededor con ojos nublados. Su amo había desaparecido. En su lugar encontró un capullo imposible de atravesar.

Macheriel aulló de desesperación porque le era imposible alcanzar los latidos del corazón de su amo. Se arrastró por la tierra durante leguas y leguas, llorando y rugiendo de furia y congoja. Había olvidado cómo se volaba. Mientras se arrastraba por entre las rocas duras y afiladas, se le cayeron las plumas, dejando tras de sí sólo una piel negra y cubierta de escamas. Cuando

finalmente llegó a los bosques donde moraban los animales que lo conocían, no supieron quién era. Gritaron de horror al ver aquella extraña bestia desconocida que venía hacia ellos, gimiendo miserablemente.

Su miedo lo encolerizó. ¿Acaso no les había servido bien durante todos esos años, resolviendo sus disputas? ¿Cómo osaban darle ahora la espalda, en su momento de mayor necesidad? Se precipitó sobre ellos y atrapó con las fauces al más lento. Le clavó los colmillos a la pobre criatura y le gustó su sabor.

—Recupero ahora lo que libremente concedí —gritó y retiró su juicio para que ninguno de aquellos que habían visto una disputa resuelta por él pudieran recordar cómo había sido. Las viejas enemistades volvieron a azuzarse, ofensas y agravios que todos creían pasados. Macheriel cogió sus sentencias y las engulló como si fueran pescaditos, para esconderlos en el fondo de su estómago, donde nadie podría consultarlas.

Los animales empezaron a luchar entre sí, olvidando que sus disputas podían resolverse de manera armoniosa. Macheriel rió, porque su venganza era en verdad una cosa dulce. Recordaba a su amo y la agonía de su confinamiento. Se golpeó la cabeza contra una roca, tratando de alcanzar el olvido que la Araña le había concedido. Con cada golpe que se daba, olvidaba más cosas. Al fin, terminó por olvidar hasta su propio nombre y los animales empezaron a llamarlo Jo'clath'matric. Hasta su sombra lo abandonó y fue a vagar por los bosques sin que nadie volviera a verla. Él se escondió reptando en una profunda caverna y durmió, con sueños vacíos de imagen y significado.



La oscuridad de la caverna dio paso de nuevo al estrado iluminado que había frente al trono. Loba cerró el libro y miró a sus camaradas Theurge con ojos viejos y cansados. Un murmullo apagado recorrió la multitud mientras los chamanes se volvían unos hacia otros para confirmar que todos ellos habían experimentado la misma historia. Los detalles que compartieron entre susurros eran en efecto los mismos. El espíritu del saber les había contado la misma historia. Todos los ojos se volvieron hacia el estrado.

—Fue un espíritu muy viejo el que vivió esa historia —dijo Loba—. Un espíritu que llevaba edades prisionero. Albrecht y Konietzko lo liberaron en Europa y el secreto del verdadero nombre de Jo'clath'mattric, descubierto por la Manada del Río de Plata, me permitió convocarlo.

Inclinó la cabeza y bajó del estrado.

Albrecht volvió a subir.

—Esa criatura, ese dragón ancestral, debe ser destruida. No podemos curarlo. Ha pasado demasiado tiempo para eso. Si pudiese ser curada, ya lo habría sido a estas alturas. La única conclusión posible es que no quiere ser curada. Es malvada hasta la médula y nuestro deber es matarla.

—Estoy de acuerdo —dijo Sylvan-Ivanovich-Sylvan—. La bestia debe morir. Pero ¿dónde está? ¿Cómo podemos encontrarla cuando son tantos los que ni siquiera recordaban que existiera?

—Tenemos una pista, gracias de nuevo a la Tercera Manada, la Manada del Río de Plata. Ahora dejaré que sean ellos los que os cuenten el relato de sus hazañas.

Albrecht hizo un gesto hacia la manada y Grita Chaos se levantó para subir al escenario. Los demás lo siguieron pero permanecieron a un lado, más como testigos que como narradores. Por la mañana habían estado practicando lo que iban a decir y habían

decidido entre todos que sería Grita Caos el que contara la historia. Si era necesario, los demás representarían las escenas de tanto en cuanto para dar mayor énfasis al relato.

Contaron a los Theurge reunidos allí su asalto contra el club de Danzantes de la Espiral Negra de Londres, donde habían matado una hueste de Perdiciones del Saber y habían liberado docenas de espíritus del saber. Les contaron cómo habían curado a Mari Cabrah y les explicaron lo que podía hacerle una Perdición del Saber a un Garou, atrapándolo en sus propios recuerdos. A continuación contaron el reencuentro de John Hijo del Viento Norte con su padre y la promesa que el espíritu les había hecho, prestarle a su causa la ayuda de sus espíritus para que pudieran atravesar la tormenta de la Umbra y llegar a la guarida de Jo'clath'matric.

Muchos de los Theurge parecían escépticos al comienzo del relato pero Grita Caos había recuperado todas sus habilidades como Galliard después de vencer a la Perdición del Saber que lo acosaba y al cabo de algún tiempo acabó por ganárselos. Hacia el final de la historia, todos sonreían y jaleaban las victorias de la manada. O la mayoría de ellos, al menos. Carlita advirtió que hasta el viejo y gruñón Dedos Nudosos asentía con gesto de satisfacción mientras escuchaba el relato.

Cuando la manada estaba bajando del estrado, John Hijo del Viento Norte se demoró un momento y buscó a Aurak Danzante de la Luna con la mirada.

—De nada me sirve la gloria que pueda recibir por mis acciones si no alienta a otros a actuar.

Se volvió y bajó del estrado junto con sus camaradas.

Aurak se levantó. Albrecht le ofreció el estrado y el anciano subió lentamente apoyándose en el bastón.

—He recibido la visita en sueños de espíritus del viento, que me han pedido que haga esto que John Hijo del Viento Norte os

ha contado. Viajar por la tormenta de la Umbrá hasta una antigua madriguera del Wyrn de la que podría ser que ninguno de nosotros regresara. Yo tengo grandes responsabilidades en mi clan. Hay jóvenes Theurge que necesitan mi sabiduría para alcanzar la mayoría de edad y asumir sus deberes para con la tribu. Arriesgaría mucho si hiciera ese viaje por el bien de otros.

John apretó los dientes. Sentía que su rabia se alzaba, alimentada por las palabras de Aurak. Era evidente que el chamán creía que las necesidades de su clan eran más importantes que el destino del mundo.

—Y, sin embargo... —dijo el viejo chamán, mirando a John—. Elijo hacerlo, aun a sabiendas de que puede que nunca regrese. Creo que la tarea es digna. Creo que es necesaria.

Bajó del estrado y volvió a sentarse.

John cerró los ojos y pidió a los espíritus que olvidaran su cólera, que olvidaran que había juzgado al chamán antes siquiera de que hubiera terminado de hablar. Grita Caos le dio un puñetazo en el hombro.

—Lo conseguiste, tío.

John sonrió y miró a Evan, quien le devolvió la sonrisa y levantó el pulgar.

Albrecht volvió a subir al estrado.

—Gracias, Aurak. No sabes lo mucho que significa tu gesto. No espero que el resto se nos una. Será un viaje muy peligroso. Una vez que llegemos allí, será trabajo para los guerreros. No habrá tiempo para apaciguar espíritus. Lo que os pido es vuestro consejo. Trabajad juntos y averiguad qué plan de ataque necesitamos para asaltar ese lugar. Los espíritus del viento nos llevarán hasta allí pero una vez dentro del reino no podemos contar con ellos. Lo otro que necesitaremos serán algunos fetiches. Llamad a vuestros amigos y que preparen armas capaces de destruir a las

Perdiciones del Saber. Las garras sirven pero los proyectiles o las armas de fuego podrían funcionar mejor.

—Bah —dijo Dedos Nudosos—. Creía que buscabas sabiduría, pero está claro que lo que quieres es poder. ¿Quieres que hagamos armas para los Colmillos Plateados? ¿Para qué íbamos a armar a aquellos que podrían volverse contra nosotros?

—Porque ya no se trata de las diferencias entre las tribus, Dedos Nudosos, y tú lo sabes. Lo más probable es que esos fetiches no sobrevivan a la batalla. Joder, es muy posible que nosotros no sobrevivamos a la batalla. Estamos a punto de arrojarnos al fuego. Si quieres sentarte y asistir al espectáculo sin ayudar, tú mismo. Pero todos sabemos lo que las demás tribus dirán de ti.

—¿Crees que nos importan los cotilleos de los demás? ¡No que pretendes es emprender esta expedición para ganar gloria para ti, dejando atrás a la Camada!

—¡Si lo crees así, únete a nosotros! Vamos, trae contigo un puñado de guerreros. Les daremos la bienvenida gustosamente.

—¡No haré! ¡Mañana estaré aquí con una manada de guerreros para asegurarme que no provocas la ruina de todos!

—¿De veras? —dijo Sylvan-Ivanovich-Sylvan—. Yo no pienso dejar que ni los Colmillos Plateados ni la Camada se lleven la gloria de esta historia. Allí donde está la tormenta, están los Señores de las Sombras. ¡Que venga esa tormenta, cabalgaremos sobre ella!

—¡Y nosotros! —dijo Wyrdbwg—. ¡Contad con los Fianna! ¡Seremos los primeros en contar la historia!

—¡No!, gruñó Cinco Garras, de los Garras Rojas. *¡Esa gloria corresponderá a los lobos!*

Y así continuó. Cada tribu prometió, no sólo los fetiches solicitados, sino también guerreros.

—Está haciendo un gran trabajo fingiendo contrariedad —surró Evan a Mari mientras señalaba a Albrecht con la cabeza—. Creo que por fin está empezando a aprender sutileza.

—Por el momento —dijo Mari—. Ésta se la concedo. Le dije que nunca conseguiría que aportaran guerreros a la empresa, pero parece que jugar con su ansia de gloria está funcionando. Nadie quiere que los Colmillos Plateados se ganen su reputación.

—Eh, cuantos más seamos, más nos divertiremos —dijo Evan.

Por la mañana, los Theurge habían regresado a sus hogares para reunir unas partidas de guerra como Norteamérica había visto muy raras veces.

## Capítulo nueve



Pasaron la semana siguiente haciendo los preparativos. Albrecht quería partir cuanto antes pero la organización de los guerreros que se estaban reuniendo por toda la región no lo hubiera permitido. Además, los espíritus de los vientos informaron a Aurak que la tormenta de la Umbra había amainado pero, al igual que una ola, que se retira para regresar con fuerzas renovadas, no tardaría en crecer. Tendrían que esperar. De modo que los Theurge pasaron el tiempo invocando espíritus e introduciéndolos en armas, como amuletos de corta duración o fetiches de larga vida: arcos, flechas, balas, armas de fuego y klaives.

Al final, cuando llegaron los últimos guerreros prometidos, el contingente del rey Albrecht estaba compuesto por casi cincuenta Garou, un número sin precedentes en tiempos modernos. Cada tribu puso en peligro sus tómulos enviando a sus guerreros a esta batalla en un reino lejano. Si los sicarios del Wyrn llegaban a enterarse, podrían aprovecharse de las debilitadas defensas y destruir todo lo que generaciones enteras de Garou habían luchado y muerto por defender. Y lo que es más, la mayoría sabía que no regresaría de aquella guerra. Las tribus perderían fuerza y habría menos adultos para instruir a los cachorros. Y a pesar de



todo los guerreros habían acudido, consciente de que si Jo'clath'matric llegaba a liberarse, todas sus defensas no servirían de nada.

Albrecht los dirigiría, junto con Evan y Mari, a quien no fue posible convencer para que se quedara atrás. Con ellos irían Loba y otros siete Colmillos plateados, uno de ellos Galliard pero el resto guerreros Ahroun.

Cinco guerreros de la Camada de Fenris habían acudido, junto con tres Señores de las Sombras y cuatro Garras Rojas. Llegaron dos Fianna, acompañados por dos Hijos de Gaia, que se encargarían sobre todo de curar a los heridos. De la ciudad de Nueva York vinieron un Roehuesos y dos Caminantes del Cristal. Esto supuso una sorpresa para todos los demás: los Roehuesos no eran conocidos por sus habilidades guerreros y los Caminantes del Cristal solían mantenerse apartados de estos asuntos.

Vinieron cuatro Furias Negras del túmulo de Finger Lakes y dos Uktena llegaron poco después, un guerrero y un Theurge. También acudieron cinco guerreros Wendigo, hombres y mujeres grandes y musculosos para proteger a Aurak Danzante de la Luna, que dirigiría a los espíritus del viento.

Con la Manada del Río de Plata, totalizaban cuarenta y siete. Julia estaba convencida de que no tenían ninguna posibilidad.

—Mirad, no quiero ser negativa —les dijo a los demás—. Pero es que vamos a meternos en un enorme y conocido agujero del Wyrn y somos sólo cuarenta y siete. Dudo que salgamos de ésta.

—¿Sólo cuarenta y siete? —dijo Carlita—. Estás hablando de cuarenta y siete guerreros de puta madre. ¿Te olvidas de que Albrecht nos dirige, o de que Aurak y Loba vienen con nosotros? ¿Y no has visto al tío ese de la Camada, Lanzarrocas? ¡Wau, tía! Si los Garou no lo tuviéramos prohibidos, ahora mismo estaría haciendo guarradas con él.

—Eres asquerosa —dijo Julia mientras ponía los ojos en blanco y se estremecía con sólo pensarlo—. No estoy subestimando nuestras fuerzas. Sólo pretendo subrayar las del enemigo.

—No tenemos la menor idea de qué es lo que nos espera —dijo John—. Podría ser tal como temes, un reino interminable lleno de criaturas demoníacas. Pero también podría ser un lugar vacío que sólo albergue a Jo'clath'mattric. Por lo que sabemos, es posible que sus intentos de manifestarse lo hayan debilitado, o puede que siga maniatado con las cadenas de la Umbra y por eso quiera entrar en este mundo. Si está atrapado, tal vez podamos acabar rápidamente con él.

—Oh, supongo que tienes razón —dijo Julia—. No sabemos lo que hay allí. Puede que tengamos suerte. Pero hazte esta pregunta: ¿Cuándo hemos tenido suerte desde que empezó todo este embrollo? No hacen más que pasar cosas horribles.

*Puedes quedarte si quieres*, dijo Ojo de Tormenta sin cólera ni lástima en la voz. *Puede que de ese modo sobreviva uno de nosotros.*

Julia miró al lobo, consternada.

—Nunca os abandonaré. Lo sabes, ¿no? Sólo estaba desvariando. Será mejor que cierre la boca.

Grita Caos se encogió de hombros y el asunto quedó zanjado. A la mañana siguiente, la expedición se puso en marcha.

Los Theurge llevaron a los guerreros a la Umbra en varios grupos y, una vez, allí, empezaron a alejarse de túmulo y la casa. En el horizonte, el cielo estaba a oscuras, salpicado de destellos de relámpago. El aire estaba agitado y se movía en círculos a su alrededor.

—Llega la tormenta —dijo Aurak—. Que todo el mundo se prepare. Ataos vuestros fetiches y sujetaos a un compañero. Los

espíritus nos protegerán pero no pueden garantizar que permanezcamos juntos.

John Hijo del Viento Norte y Julia se agarraron de los brazos mientras Grita Caos y Carlita hacían lo mismo. Ojo de Tormenta había adoptado forma Crinos y se cogió del brazo con Tierra Teñida de Rojo, un Señor de las Sombras lupus. Se habían conocido durante los preparativos y al instante habían sentido una camaradería que trascendía los límites tribales.

El resto del grupo hizo lo mismo, a excepción de Aurak, que permaneció solo, dando órdenes con las manos a los espíritus mientras musitaba extraños nombres. Albrecht y Mari estaban juntos, muy cerca de Evan y Loba. Si la tormenta los separaba, al menos las dos parejas contarían con un Theurge. El viento silbaba en sus oídos y les sacudía el cabello y el pelaje. Aquéllos que no lo habían hecho todavía, adoptaron ahora la forma Crinos, para poder enfrentarse a cualquier amenaza que la tormenta trajera consigo.

En apenas unos momentos, más veloz de lo que nadie hubiera creído posible, la tormenta llegó desde el horizonte y descargó sobre ellos como un maremoto. Justo antes de que su masa negra y furiosa llegara a tocarlos, fue repelida por una fuerza visible. Los espíritus de los vientos habían envuelto a los Garou y habían levantado un escudo entre ellos y la tormenta. Sin embargo, lo que esto provocó es que la tormenta los engullera y se los llevara a su violento corazón. Fueron arrojados al cielo y zarandeados en círculos, como ramitas atrapadas en un tornado.

John se agarró con fuerza a Julia, más asustado por ella que por él mismo. Tenía la sensación de que los espíritus de los vientos eran especialmente fuertes a su alrededor y eso podía ayudar a su compañera. Pero si se veían separados, era muy poco probable que pudiera volver a encontrarla.

El estruendo en sus oídos se hizo insoportable. Era como una banda militar enloquecida tocando címbalos y tambores junto a sus orejas. John se encogió cuando una nube lo arrojó contra un peñasco de granito. Los espíritus de los vientos absorbieron la mayor parte del impacto pero a pesar de ello le dolió. Le quedaría un moratón.

Julia lanzó un grito mientras algo invisible le golpeaba en el estómago. De nuevo, los benevolentes espíritus desviaron la mayor parte del ataque pero no pudieron impedir que se quedara sin aliento.

La tormenta los llevaba de un lado a otro, tan pronto arrojándolos por los aires como bajándolos a tierra, arrastrándolos por el suelo y llevándolos a continuación en una trayectoria zig-zagueante por su interior inundado de relámpagos. Lograron sobrevivir ilesos gracias a la rapidez de sus reacciones. Ni siquiera los espíritus de los vientos podían detener todos los rayos.

Por encima del trueno ensordecedor, se oyó un nuevo sonido: el graznido de las siniestras aves de la tormenta. Se precipitaron contra la negra masa de nubes y atacaron a todos los Garou que pudieron ver. Los espíritus de los vientos se lanzaron contra ellas y lograron desviar a algunas pero no a todas. Los pájaros atacaron con garras y picos y desgarraron pelajes y caras. Fueron recibidos por zarpas y colmillos. Al cabo de poco tiempo, los guerreros estaban cubiertos de sangre, pero la bandada había sido hecha trizas hasta el último pájaro, y sus cadáveres se los había llevado lejos la tormenta.

John chocó contra una pared y Julia chocó con él. La tormenta los había soltado. Entonces comprendió que la pared era en realidad el suelo. Apartó a Julia con delicadeza y se levantó. La tormenta estaba convirtiéndose en un remolino y se escurría por la

entrada de una pequeña y estrecha cueva situada en la ladera de una colina. Se encontraban en la frontera de un reino.

Otros Garou se levantaron en el barro y fango que los rodeaba, arrojados allí por los espíritus de los vientos, que no podían seguirlos al reino propiamente dicho. Los espíritus permanecieron sobre ellos para protegerlos de los peores efectos de la tormenta hasta que ésta hubo desaparecido del todo, como tinta por un sumidero, en el interior de la caverna.

Albrecht llamó a gritos a los líderes designados de las tribus, los capitanes, para realizar un recuento. Los Garou se reunieron por tribus y John y Julia buscaron a sus amigos con la mirada. No tardaron en ver a Grita Caos y Carlita y los llamaron. Oyeron un aullido cercano y Ojo de Tormenta, que acababa de dejar a Tierra Teñida de Rojo con un hermano Señor de las Sombras, se les acercó trotando.

Albrecht caminaba entre ellos, revisando las tropas. Después de reunirlos a todos, les habló.

—Parece que hemos perdido a tres. Dos de mi propia tribu han desaparecido, así como Dani, el compañero de Alexei de los Señores de las Sombras. Eso significa que, o bien fueron arrojados por la tormenta y están en alguna parte de la Umbra, o están allí. —Señaló la caverna—. Sea como sea, es ahí adónde vamos. Si los vemos, trataremos de ayudarlos, ☒ ahora, adelante!

Desenvainó el klaive y abrió la marcha. Los guerreros fueron tras él. Subieron la pequeña ladera erizada de derrubios hasta llegar a la boca de la caverna y se asomaron a su interior. Era lo bastante grande para que pasara un Garou en forma Crinos y parecía ensancharse un poco más adelante.

—Dejadme examinarla primero —dijo Aurak Danzante de la Luna. Susurró algo que nadie pudo oír y se levantó un viento en dirección a la caverna. Al cabo de unos segundos regresó,

trayendo consigo una peste a putrefacción y decadencia—. Los vientos no pueden llegar muy lejos; hay una barrera contra los espíritus. Pero no hay enemigos a la vista, sólo signos de muertes recientes.

—Vamos —dijo Albrecht. Se adelantó y entró en la caverna. Mari fue tras él, seguida por un grupo de guerreros Colmillos Plateados. Los demás fueron detrás, de uno en uno, y se desplegaron una vez que estuvieron dentro. Se encontraban en el interior de una caverna enorme que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, erizada de estalactitas y estalagmitas que sobresalían del techo y el suelo.

El suelo estaba cubierto por una capa de barro y había cuerpos muertos en ella. Parecían cadáveres de animales e incluso seres humanos, muertos recientemente, pero no había señales de Garou entre ellos. Los detritos de la tormenta. El grupo siguió avanzando con sigilo por aquel laberinto de pilares, buscando alguna señal de Jo'clath'matric.

—Hay una luz más adelante —dijo Evan señalando un tenue resplandor. Parecía una luz reflejada sobre la pared de la caverna desde otra sala—. Parece que hay un giro en el camino. Pero hay algo en el suelo que se interpone entre nosotros y la luz. No puedo distinguir lo que es.

—¿Alguien lo ve? —preguntó Albrecht. Unos pocos Garou se acercaron sigilosamente y miraron en aquella dirección. Alexei de los Señores de las Sombras asintió.

—Parece tesoro. Montañas de riquezas antiguas, rebosando de cofres. Oro, joyas y estuches de pergaminos. La clase de cosas que uno esperaría ver en la bodega de un viejo barco pirata.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Serán desechos traídos por la tormenta?

—Recordad —dijo Aurak—, que la tormenta trae aquí los recuerdos que roba. No son cosas reales sino sus recuerdos. Puede que no sean lo que parecen.

—Puede que escondan alguna pista sobre las debilidades de Jo'clath'matric —dijo uno de la Camada de Fenris—. Deberíamos investigar.

—No creo que sea una buena idea —dijo Albrecht—. Podría esconder otras cosas aparte de pistas. Será mejor que lo evitemos. Que nadie toque nada, ¿de acuerdo? Rodeadlo.

Algunos guerreros rezongaron.

—¿Queréis cuestionar mis órdenes? —dijo Albrecht—. ¿Ahora, en mitad de un túmulo del Wyrn? Bien, pues olvidadlo. Ahora yo soy el líder en esta guerra, así que no aceptaré que se me cuestione. Lo diré sólo una vez más: no toquéis nada de eso. —Miró a su alrededor para asegurarse de que todos estaban de acuerdo y a continuación siguió adelante—. Creo que es hora de tener un poco de luz.

Uno de los Colmillos Plateados abrió un hatillo y empezó a distribuir lo que parecían lámparas químicas portátiles. Le dio un golpe a una de ellas y la dobló por la mitad. Al instante empezó a emitir un brillo digno de una linterna, mucho más intenso que el de cualquierartilugio semejante fabricado por los humanos.

—Cada una de éstas debería de durar unas tres horas —dijo. Entregó una de esas lámparas a cada miembro de la partida y la mayoría de ellos la activó; algunos la reservaron para más tarde. La estancia no tardó en estar tan iluminada como si fuera de día, gracias a la luz de los espíritus solares del interior de los amuletos que empuñaban los guerreros.

Ahora podían ver los tesoros. El suelo fangoso estaba cubierto de doblones y otras monedas, entre las que se veían desperdigadas piedras preciosas de todos los colores del arco iris. Caminaron

entre las riquezas, sin tocarlas, dirigiéndose hacia el lejano recodo.

—Dani! —gritó Alexei y corrió hacia su camarada Señor de las Sombras, que se había perdido en la tormenta y que ahora estaba enterrado en el oro. Saltaba a la vista que estaba muerto pues su cuerpo estaba lleno de cortes: causados por las garras de los pájaros de la tormenta—. Oh, hermano mío! —sollozó Alexei mientras apretaba contra sí el cuerpo de Dani y lo mecía adelante y atrás, abrumado de pesar.

Albrecht se le acercó.

—Déjalo, Alexei. Regresa caminando despacio. No vuelvas a tocar el tesoro.

Alexei volvió la mirada, con una mezcla de sorpresa y enfado en los ojos, y miró a su alrededor. Sólo entonces pareció darse cuenta de dónde se encontraba, en medio de las riquezas que habían tratado de evitar. Bajó el cuerpo de Dani y susurró:

—Que el Abuelo Trueno te recompense por haber cabalgado en la tormenta.

Entonces se levantó y caminó con lentitud de regreso entre los suyos, evitando mover el tesoro.

Albrecht siguió adelante. Los demás lo siguieron. Cuando Ojo de Tormenta pasó junto al lugar por el que Alexei había caminado, se detuvo y olfateó. Oyó el tenue tintineo de una moneda. Se le erizó e pelaje y empezó a gruñir para advertir a los demás.

De repente, una forma negra salió de debajo de las monedas y saltó sobre Ojo de Tormenta. Le rodeó los brazos con las coriáceas y negras alas y su cola restalló como un látigo a su espalda tratando de alcanzar su nuca. Sin embargo, antes de que pudiera lanzar su ataque, Grita Caos cayó sobre ella, la obligó a soltar a su camarada y la desgarró desde el cuello a la ingle. La Perdición del Saber chilló de dolor y se deshizo en jirones. Los espíritus del



saber liberados huyeron a la entrada de la caverna y escaparon a la Umbrá.

Todos estaba preparados para repeler un asalto pero no aparecieron más Perdicionés. Albrecht suspiró y sacudió la cabeza.

—Esperaba más oposición. ¿Dónde demonios están?

—Es posible que estén buscándonos en la Umbrá mientras entramos sin ser vistos en su guardia —dijo Loba.

—Eso sería un milagro. No me lo trago ni por un segundo. Vamos, sigamos adelante.

Albrecht los condujo hasta la luz y, al llegar al recodo y asomarse, pudieron ver un largo pasillo que conducía a otra caverna, iluminado con antorchas. Las paredes del pasillo estaban llenas de figuras y escenas pintadas, parecidas a las famosas pinturas de la cueva de Lascaux. Sin embargo, las criaturas que se veían en éstas eran míticas. Si alguna vez habían existido en la Tierra, ningún ser humano las había visto. Puede que hubiesen vivido mucho antes del tiempo del hombre.

—Ojalá hubiera traído mi cámara —dijo Grita Caos—. Habría que descifrarlas. ¿Quién sabe qué edad tienen?

—¿Y a quién le importa? —dijo Carlita—. Sigamos adelante y busquemos la cosa que hemos venido a matar.

—Espera un segundo —dijo Julia mientras retrocedía un paso para examinar la pared—. Esto no tiene sentido. [Somos nosotros!

—¿De qué estás hablando? —dijo John. Se inclinó sobre la sección del muro que ella señalaba.

—[Ahí! Esas figuras esquemáticas. Son Garou, está claro. Y no sólo Garou. Es nuestra partida. Mira, éste es Albrecht, el del gran klaive que nos dirige, y ahí estás tú, con la lanza y los espíritus de los vientos, esas ondas que se mueven en el aire junto a ti.

—Pero los espíritus de los vientos no nos han seguido a la caverna —dijo John—. Te lo estás imaginando. Deja de portarte como una paranoica.

—Mira esto: guerreros Colmillos Blancos. ¿No ves el pictograma?

—Sí, pero hay muchos más de los que vienen con nosotros.

—¿Y quién es éste? —dijo Julia mientras señalaba una figura esquemática que dirigía a los guerreros Colmillos Blancos. Parecía brillar, dibujada con líneas de tiza blanca—. ¿Un rey o algo así?

—Pero si has dicho que Albrecht era éste —dijo John señalando la primera figura, la del gran klaive.

—No lo entiendo —dijo Julia.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Evan Curandero del Pasado, que había retrocedido al reparar en la conmoción reinante. Julia le mostró la pintura y le explicó su teoría—. Parece improbable pero, si estás en lo cierto, ¿qué quiere decir con respecto a nuestra misión?

Siguieron las pinturas con la mirada buscando alguna señal de su destino pero parecía como si alguien hubiera manchado el muro. No se veía nada con claridad.

—Si éste es nuestro destino, no queda claro si es bueno o malo —dijo John mientras observaba el muro con el ceño fruncido.

—Esperad —dijo Julia con voz temblorosa—. Mirad aquí.

Entre las manchas había una porción de la pintura que sí estaba clara. La figura que empuñaba la lanza —John, de acuerdo a la teoría de Julia— yacía en el suelo, vertiendo sobre el suelo una mancha de ocre rojo mientras un enorme dragón negro se inclinaba sobre él y se daba un festín con su corazón.

—No es un buen augurio —dijo John mientras aferraba con fuerza la lanza y volvía la vista hacia arriba en busca de criaturas voladoras.

---

Un alarido estalló delante de ellos, donde el túnel desembocaba en una sala más grande. Se vio inmediatamente seguido por una cacofonía de aullidos, uno de los cuales pertenecía sin ninguna duda al rey Albrecht. Desde donde John se encontraba, no se veía lo que estaba pasando, pero una cosa estaba clara: la batalla había comenzado.

## Capítulo diez



John empuñó la lanza y unió su voz al aullido general, un rugido de rabia y furia destinado a helarles la sangre a sus enemigos. Se apretujó contra los guerreros que lo precedían y trató de ver algo por encima de sus hombros. Oía el tañido de los arcos y el siseo de las flechas, junto con los húmedos impactos de los klaives al hundirse en la carne.

El grupo de guerreros que se encontraba delante de él avanzaba sin detenerse. La partida entera salió del túnel y se desplegó más allá de la entrada de la caverna para hacer sitio a los que venían detrás. En cuanto salió del pasillo, John se situó a la derecha y volvió el rostro para asegurarse de que Julia seguía a su lado. Estaba allí, pero tenía la mirada dirigida hacia arriba. John siguió su mirada y vio una bandada de Perdiciones del Saber que se precipitaba sobre los guerreros desde el oscuro techo de la caverna.

En las paredes de la enorme sala, los espíritus del saber buscaban refugio en grietas y agujeros. Aparentemente, la primera oleada de Perdiciones había sido derrotada, y los espíritus habían quedado libres. Lo que estaba viendo ahora era la segunda.

Loba Carcassone, que se encontraba a su lado, abrió un saquillo pintado con extraños glifos de todas clases y pareció aullarle al cielo, pero John no oyó nada. Los espíritus del saber, en cambio, sí que parecieron captar su llamada y algunos de ellos abandonaron sus nuevos refugios de las paredes y se escondieron en su bolsa. Por muchos que entraran allí, ésta no se hacía más grande, como si tuviera más espacio por dentro que por fuera. John se dio cuenta de que estaba tratando de reunir los espíritus para tratar de salvar el pasado. Los cuentos de aquellos espíritus podían ser también un arma poderosa para los clanes de los Garou... si salían vivos de allí.

John sujetó la lanza con las dos manos y se preparó para recibir la embestida de una Perdición que se abalanzaba sobre él. En el último momento, la Perdición se inclinó a un lado, evitó el lanzazo y se arrojó sobre la cara de John. Pero éste había anticipado el movimiento y giró la lanza con la destreza de un auténtico experto. No tuvo que hacer nada más; la Perdición se empaló a sí misma con la fuerza de su propio impulso. Su carne voló en todas direcciones, como una camiseta arrojada a un ventilador industrial de alta potencia. Cuando los jirones cayeron al suelo, se desenmarañaron y se convirtieron en espíritus del saber. Los confusos espíritus empezaron a girar en espiral, buscando una vía de escape, antes de huir por el túnel en dirección a la entrada del reino y la libertad.

John examinó la punta de la lanza. La vaina de hielo estaba intacta. Aún no sabía qué poder tenía, pero estaba claro que todavía no se había activado. Miró a su alrededor para ver si alguien necesitaba su ayuda pero ya habían acabado con la segunda oleada. Los curanderos Hijos de Gaia estaban ocupándose de dos guerreros que tenían heridas de aspecto terrible en el pecho y los brazos.

Las víctimas se movían de un lado a otro, aparentemente confundidos por su condición.

—Parece que las Perdiciones les han dado un buen bocado —dijo Julia—. No recuerdan dónde están. Los curanderos se ocuparán de ellos enseguida.

—Dispersaos! —gritó Albrecht, al que John veía ahora, sacudiendo el gran klaive en el aire y cubierto de restos de las Perdiciones del Saber. Aparentemente, no estaban hechas tan solo de espíritus.

Los guerreros obedecieron sus órdenes y se desplegaron por toda la caverna formando una línea. Se encontraban sobre un saliente que desembocaba en un lago subterráneo. Sus luces no eran lo bastante intensas como para disipar todas las sombras, pero sí lo suficiente para distinguir una especie de isla en su centro, cubierta de ruinas antiguas. A los lados, otras aberturas en la pared llevaban a nuevos pasadizos oscuros e ignotos. Los guerreros se volvieron para prevenir cualquier incursión procedente de allí.

—Aurak —dijo Albrecht—. ¿Puedes enviar tus exploradores?

Aurak le habló a dos de los Wendigo de su séquito y éstos dieron un salto. En lugar de caer, empezaron a caminar por el aire como si fuera sólido, dejando tras de sí un rastro de escarcha. Mientras sobrevolaban el lago, las luces que llevaban iluminaron el lugar para que los demás pudieran verlo. Las ruinas parecían griegas, con algunos motivos egipcios entremezclados.

—Atlantes —dijo el Theurge Uktena, Fin de Nube. Se acercó a la orilla y dirigió una mirada entornada al otro lado—. Lo he visto en el cuento de uno de los espíritus del saber liberados. Pasó a través de mí mientras huía y capté un retazo de su antigua canción.

—Tienes que estar de coña —dijo Albrecht—. ¿Atlantes?

—Yo no miento —dijo el Uktena con aire desdeñoso—. Lo he visto con tanta claridad como si hubiera vivido allí antes de su hundimiento. Son columnas atlantes. ¿Ves el motivo decorativo de la concha y el calamar gigante?

—No. Desde aquí no, pero te creo. No importa. Son sólo recuerdos; ignoradlos y concentraos en nuestro objetivo: Jo'clath'mattric.

Los exploradores rodearon la isla y regresaron corriendo junto al grupo, pasando por el aire como rocas arrojadas sobre la superficie del lago. Se dejaron caer sobre la arena.

—Ahí hay algo —les informó uno de ellos—. Una especie de serpiente, arrollada entre las ruinas. Hemos visto las escamas que utiliza para respirar.

Albrecht miró a Aurak y Loba.

—¿Es él? ¿Cruzamos el lago para matarlo?

Loba sacudió la cabeza con aire dubitativo.

—No sé. Ese agua podría estar llena de Perdiciones. La serpiente podría ser un espejismo, un recuerdo. ¿Quién sabe si se trata verdaderamente de Jo'clath'mattric?

—Muy bien. ¿Y si enviamos un pequeño grupo expedicionario para echar un vistazo *in situ*?

—Sería sensato —dijo Aurak—. Así no comprometeríamos todas nuestras fuerzas en caso de que la verdadera bestia espere en otro lado, al final de uno de esos túneles.

Albrecht se volvió hacia el grupo.

—¿Algún voluntario para investigar la isla?

Varias manos se levantaron. John alzó la suya y cogió la de Julia para levantarla también.

—¿Qué estás haciendo? —susurró—. No estamos preparados.

—Mejor que cualquiera de ellos —dijo John—. Después de lo que hemos pasado, tenemos más experiencia luchando bajo el agua y además, Uktena es nuestro tótem. Esto es cosa nuestra.

—Manada del Río de Plata —dijo Albrecht—. Me alegro de que os hayáis presentado voluntarios. Es un buen augurio.

John reparó en que Grita Caos también había levantado la mano, así como Ojo de Tormenta. Carlita hizo lo propio, aunque de mala gana.

—Tendréis que nadar —dijo Aurak—. Mis guerreros no pueden caminar por el cielo llevando a otros a cuestas.

—No pasa nada —dijo Grita Caos mientras se acercaba a la orilla del agua—. Ya lo hemos hecho antes. ¿Estáis preparados, chicos?

Se volvió hacia sus camaradas y les miró los ojos para asegurarse de que lo estaban. Julia y Carlita asintieron, aunque no sin un sentimiento de resignación. John y Ojo de Tormenta se acercaron a la orilla del agua y se metieron hasta los tobillos en el agua mientras esperaban a que los demás se reunieran con ellos. Entraron todos en el lago y avanzaron hasta que el agua les llegó a la altura del pecho y entonces empezaron a nadar.

Los exploradores Wendigo, sustentados aún por los vientos, flotaban sobre ellos, sosteniendo sus luces para señalarles el camino. Nada se alzó de las aguas para estorbarlos. John aspiró profundamente, sumergió la cabeza y abrió los ojos para ver si había algo debajo de ellos. No se veía más que una oscuridad imprecisa. Parecía haber formas oscuras descansando en el fondo del lago, a unos siete metros de profundidad. Parecían extensiones de las ruinas de la isla. Puede que el templo fuera el punto más alto de una ciudad antigua. *El recuerdo de una ciudad*, se dijo John mientras sacaba de nuevo la cabeza y volvía a tomar aire.



No tardaron en llegar a la costa y salieron a la superficie entre las rocas quebradas, los restos del malecón roto de un antiguo embarcadero. Se sacudieron toda el agua posible en sus húmedas formas Crinos y se encaminaron al interior. John abría el camino, seguido por Ojo de Tormenta y Carlita, Grita Caos y Julia. Sus luces proyectaban extrañas sombras mientras se movían de izquierda a derecha, examinando las ruinas. Las lámparas de los Wendigo cubrían la escena entera de una luz ambiental.

—Era por ahí —señaló uno de los Wendigo. John siguió con la mirada la dirección en que apuntaba su mano hasta un gran muro negro que discurría entre dos columnas. Su superficie brillaba con una humedad oleosa, pero estaba cubierta por un patrón de escamas. Mientras la observaban, se expandió lentamente hacia ellos y a continuación se retrajo antes de volver a expandirse una vez más.

—Está respirando, sí —dijo Carlita—. Esa cosa está viva.

—Vamos a buscar la cabeza —dijo John. Se movió hacia la derecha y pasó por encima de trozos caídos de muros y pilares, siguiendo la línea de escamas negras. Se detuvo en seco al escuchar un aullido repentino procedente del otro lado del lago. Se volvió y dirigió la mirada hacia la orilla. Un torrente de Perdiciones estaba brotando de uno de los tres túneles y se arrojaba sobre los guerreros. Aquellas criaturas no volaban sino que corrían a cuatro patas como animales. Sólo que no se parecían a ningún animal que John hubiera visto en su vida.

—¿Qué demonios son? —gritó Carlita—. ¿Rinocerontes?

Las cosas tenían en efecto cuernos afilados en el morro, que utilizaron para romper la primera línea de guerreros. Dos Garou fueron abatidos, pero el resto ignoró los cuernos que les perforaban las piernas y torsos y contraatacaron con garras y colmillos.

Algunos de ellos blandieron sus klaives y cortaron los cuernos de sus agresores.

Los dos Wendigo voladores acudieron a toda velocidad en auxilio de sus camaradas. John se volvió hacia allí y se colgó la lanza a la espalda.

No, dijo Ojo de Tormenta. *Tenemos una misión aquí. Si no son capaces de contener al enemigo, nuestra ayuda no les servirá de nada.*

John emitió un gruñido de rabia, pero sabía que tenía razón. Apretó los dientes y dio media vuelta.

—Maldita sea! ¡Vamos a buscar la cabeza de esta cosa y a cortársela!

—Secundo eso —dijo Grita Caos. Pasó sobre una roca de mármol en pos de John pero entonces la gravilla cedió bajo su pie derecho, se hundió hasta la rodilla en un agujero y lanzó un aullido de dolor. Trató de sacar la pierna pero no lo logró.

—Ya voy —dijo Carlita mientras corría hacia él. Lo rodeó con los brazos y tiró con todas sus fuerzas. Consiguió sacar parte de la pierna pero al hacerlo, el suelo volvió a ceder. Lo poco que sostenía a Grita Caos se hundió y éste cayó al agujero, llevándose a Carlita consigo.

Ojo de Tormenta corrió hasta el borde de la sima y se asomó. Sus compañeros estaban tirados sobre el suelo entre escombros, tres metros más abajo. Se pusieron trabajosamente en pie y, tras recobrar el equilibrio, miraron a su alrededor con curiosidad.

*¿Qué veis?*, dijo Ojo de Tormenta.

—Eh... Creo que lo hemos encontrado —dijo Grita Caos.

—La hostia puta... —dijo Carlita—. Me está mirando.



Albrecht lanzó un rugido de guerra y la línea de Garou se lanzó al ataque y obligó a retroceder al ejército de bestias prehistóricas que había emergido de las cavernas. Eran una especie de Perdiciones del Saber. Cuando las mataban se deshacían en espíritus del saber, como las Perdiciones voladoras, pero costaba mucho más abatirlas. Sus pieles eran tan duras como una armadura.

La mayoría de los guerreros empuñaba algún arma fetiche y éstas resultaban un poco más eficaces que las garras para atravesar la piel de las Perdiciones. Volaban las flechas y las balas (disparadas sobre todo por los Caminantes del Cristal y el Roehuesos) se hundían en la carne. Los Garou de vanguardia atacaban con klaives o martillos de guerra.

A pesar de todo, cinco guerreros habían caído. Algunos de ellos parecían presa de la confusión, como si las Perdiciones les hubieran arrebatado sus recuerdos, pero otros estaban claramente muertos, reducidos a sanguinolentas trizas. Uno de ellos era un Colmillo Plateado.

Evan le mordió el cuello a una bestia que había atravesado las filas de Garou y estaba a punto de embestir las piernas de Albrecht.

—Gracias, chico —dijo Albrecht y a continuación se lanzó por la brecha que la criatura había abierto y pasó entre sus adversarios antes de volverse para atacarlos por detrás. Dos tajos de su klaive liberaron una horda de espíritus del saber, que huyeron hacia el techo tratando de escapar de la batalla. Escuchó un gruñido procedente de su espalda y vio que una horda de Perdiciones de refresco cargaba desde otro de los túneles.

Invocó sus poderes espirituales y su pelaje se cubrió de una llama plateada. Abrió los brazos y aulló de rabia. Las Perdiciones se detuvieron, con los ojos llenos de miedo y a continuación empezaron a apartarse del resplandeciente guerrero Garou.

Albrecht avanzó sobre ellas y creyó captar otra nueva luz por el rabillo del ojo. Se volvió y vio que una línea de brillantes guerreros con un pelaje del más puro blanco avanzaba hacia sus enemigos. No eran sus guerreros. Éstos no habían llegado con él. Pasaron a su lado, blandiendo los klaives de un lado a otro. Algunos de ellos parecieron atacar objetivos invisibles pero otros clavaron las hojas en la carne de las Perdiciones mientras éstas huían en desbandada.

Los guerreros profirieron un aullido de triunfo y Albrecht se quedó helado y los contempló con asombro. Su aullido era una canción de los Colmillos Plateados, una canción que se reservaba para los señores y los reyes. ¿Quién demonios eran esos tíos? Momentos después desaparecieron y el grupo de Albrecht apareció corriendo para ocupar su lugar, como si nunca hubieran estado allí.

Albrecht miró a Evan y Mari pero ellos estaban ocupados acabando con las últimas Perdiciones. Se volvió hacia Loba y vio que estaba boquiabierta. Lo miró y asintió. Corrió a su lado.

—¿Los has...? —empezó a preguntar.

—Sí —dijo ella—. Los he visto. Señores de los Colmillos Plateados, luchando a nuestro lado. ¿Qué significa?

—No lo sé —dijo Albrecht—. Nuestros ancestros están con nosotros. Esto es todavía más grande de lo que pensaba.



John bajó de un salto al agujero y cayó junto a Grita Caos y Carlita, que permanecían inmóviles, mirando fijamente algo que había en un extremo de la caverna. Se volvió en aquella dirección

y se quedó paralizado. Dos enormes y refulgentes ojos rojos lo estaban mirando.

La cabeza del dragón descansaba sobre el suelo, al otro extremo de la estancia y los miraba directamente. Su boca se abrió un instante y expelió un reguero de vapor caliente pero sus ojos no se cerraron. No era una mera serpiente; sólo el término dragón le hacía justicia. Parecía ser en parte pájaro. Su boca estaba llena de colmillos pero por alguna razón se parecía más a un pico que a un hocico. Al mirar aquellos ojos, John se sintió hipnotizado, incapaz de moverse, como si el peso de su mirada lo paralizara. Se preguntó por qué no se echaba sobre ellos y los engullía de un bocado.

Entonces reparó en las cadenas que rodeaban su cuello. Grandes cadenas doradas que daban vueltas y vueltas alrededor de su garganta, por debajo de la mandíbula, unidas al suelo por medio de enormes clavos. Las losas del suelo estaban cubiertas con glifos de apariencia mágica. Sin embargo, por todas partes se veían fragmentos de cadenas rotas. Saltaba a la vista que la criatura había partido algunas de las cadenas que la maniataban.

—No puede moverse —dijo John—. Sigue atrapada, aunque por poco tiempo. Aún no ha conseguido romper todas sus cadenas.

—Buenas noticias —dijo Carlita—. Pero yo tampoco puedo moverme.

—Ni yo —dijo Grita Caos—. Me tiene paralizado.

—No bajéis —les dijo John a Ojo de Tormenta y Julia—. Nos tiene atrapados con su mirada. Tratad de llegar hasta ese otro agujero... Veo el lugar por el que su cuello entra en la sala. Si podéis distraerlo, puede que aparte la mirada y podamos escapar.

—De acuerdo —dijo Julia desde arriba. Sus pasos se alejaron del agujero.

—Si no logran distraerlo —dijo Grita Caos—, ¿qué hacemos? Es inmensamente grande. Dudo que podamos acabar con él nosotros solos.

—Salimos de aquí y avisamos a los demás. Una partida de guerra entera debería de ser capaz de hacerlo pedazos.

—Algo no marcha bien —dijo Carlita—. Si ése es Jo'clath'matric de verdad, es jodidamente patético. Quiero decir, se suponía que te aterraba con solo mirarlo.

—Se parece al dragón del cuento del espíritu del saber —dijo John—. Lleva aquí mucho tiempo. Nadie saldría ileso de un confinamiento tan largo.

—A mí no me parece débil —dijo Grita Caos—. Si puede hacer eso con la mirada, no quiero saber lo que nos haría de estar libre. Además, está claro que lo han herido recientemente.

—¿De qué estás hablando? —dijo Carlita.

—Es cierto, ahora lo veo —dijo John—. Allí, bajo las cadenas: sangre seca. Y tiene unas escamas que le cuelgan del cuello. Alguien le ha dado un buen tajo hace poco tiempo.

—¿Quién demonios ha estado aquí antes que nosotros? —dijo Carlita.

El ruido de unas piedras sueltas llegó desde el otro lado del cuarto, detrás de la cabeza del dragón. Éste se movió y volvió la cabeza y en ese momento el hechizo se rompió. John se revolvió al instante y obligó a Carlita y Grita Caos a volverse hacia la pared y apartar la mirada del monstruo.

—Uau —dijo Carlita—. Creo que podemos salir de este agujero. Hay montones de escombros que podemos utilizar para trepar hasta la salida.

—Id vosotros primero —dijo John—. Yo esperaré aquí hasta que hayáis llegado arriba.

Los dos Garou treparon por la pared de escombros y llegaron al borde del agujero. Cuando Carlita estaba sacando la mano para agarrarse, una Perdición del Saber de alas negras se posó a su lado y le dio un picotazo que le arrancó un pequeño trozo de carne.

—¡Au! —gritó. Soltó el borde y volvió a caer a la cueva. Se levantó con aire confuso y se volvió hacia John—. ¿Qué demonios ha pasado?

—¡No! —dijo John mientras se apresuraba a tapar la habitación con el cuerpo. Era evidente que había olvidado lo ocurrido durante los últimos minutos. Demasiado tarde. Carlita miró por encima de él y quedó paralizada por la mirada del dragón.

Grita Caos lanzó un aullido. Golpeó a la Perdición del Saber, que estaba volando por encima de su cabeza y trataba de picotearle la cabeza. John se adelantó con la lanza preparada y la clavó con ella a la pared. Grita Caos utilizó las garras para hacerla pedazos, que huyeron rápidamente de la caverna como espíritus del saber.

—¿Qué es ese ruido a nuestra espalda? —preguntó Grita Caos, sin atreverse a volverse.

—¡Oh, mierda! —dijo Carlita—. ¡Es Julia! Jo'clath'mattric la tiene atrapada con una especie de hechizo. ¡Se está moviendo hacia él! ¡Joder, tía! ¡Para!

—No puedo —gritó Julia desde el otro lado de la cámara. Su voz rebotó en las paredes como un eco—. Me está obligando a hacerlo. ¡No puedo hacer nada para impedirlo!

—¿Dónde está Ojo de Tormenta? —chilló Carlita.

—¡Está paralizado, igual que tú! —respondió Julia.

—Tienes que hacer algo, John —gritó Carlita, con una desesperación que John no había oído en su voz hasta entonces.

John empezó a avanzar hacia la criatura de espaldas.

—¡Guíame! —dijo.

—Más a la izquierda... ¡Mi izquierda! —dijo Carlita—. Estás casi sobre él. ¡No te acerques tanto! ¡Tiene colmillos!

John caminaba arrastrando los pies. Pasó junto al clavo que mantenía las cadenas unidas al suelo. Vio los glifos bajo sus pies, pero no reconoció su lenguaje. Sus pasos borraron algunos de ellos, como si estuvieran escritos en tiza y no grabados en la piedra.

—¡No pises eso! —gritó Julia. Ahora su voz sonaba muy cerca del oído de John.

De repente la cadena se movió y se puso tensa contra el clavo. Las piedras sobre las que habían estado los glifos se inclinaron y se partieron. El clavo salió volando, suelto, y la cadena restalló como un látigo por toda la habitación.

Antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar, el dragón, libre de sus ataduras, se irguió dando un salto. Su cuello chocó contra el muro mientras se levantaba, arrojando escombros por todas partes. Uno de ellos pasó muy cerca de Julia mientras ésta sentía que la parálisis lo abandonada. Se arrojó a un lado y apartó a John de la trayectoria de un enorme bloque que chocó con estruendo contra el sitio en el que éste acababa de estar.

El dragón lanzó un rugido y hasta el mismo aire tembló. Se enderezó, salió de la caverna y pasó sobre las aguas. Jo'clath'mattric remontó el vuelo.



Albrecht había reunido a sus guerreros en un círculo, preparados para defenderse frente a cualquier otro ataque, pero no aparecieron más Perdiciones del Saber. El asalto de la horda de Perdiciones les había costado una docena de Garou, miembros de todas



las tribus. La Camada, los Garras Rojas y los Colmillos Plateados eran los que más habían sufrido, pero a los Caminantes del Cristal sólo les quedaba un representante. Albrecht se había vuelto para consultar con Aurak el movimiento a seguir cuando un rugido estremecedor sacudió el aire.

Todas las miradas se volvieron hacia la isla y vieron que Jo'clath'mattric salía de las ruinas. Su largo y negro cuerpo se extendió mientras batía las alas de murciélago para mantenerse en el aire. Su rostro era como el de un buitre. Sus brazos y piernas flexionaron las garras. Rugiendo, se volvió hacia ellos.

—¡Ahí está! —dijo Albrecht mientras alzaba el klaive por encima de su cabeza.

El dragón pasó volando sobre ellos y dio una vuelta, buscando una salida. Batió las alas para mantenerse por encima de la partida de guerra, mientras los observaba con malicia. Sus ojos ardían como carbones candentes y su cola trazaba elaborados círculos en el aire. Abrió la boca y emitió un siseo, un largo y lento sonido silbante que pareció tomar forma en el aire y reptó por el oído de todos los Garou, infectando sus tímpanos, abriéndose camino a golpes hasta su cerebro.

Albrecht bajó poco a poco el gran klaive y lo miró. ¿Dónde demonios había conseguido aquella obra de arte? No recordaba haber poseído nunca un klaive. Miró a su alrededor y vio que se encontraba con un grupo de Garou desconocidos. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Por qué lo estaban mirando?

Evan se dejó caer en la arena, exhausto. No sabía quiénes eran aquellos Garou pero no quería tener nada que ver con lo que quiera que estuvieran haciendo allí. Estaba harto de tener que cargar con todo.

Aurak Danzante de la Luna estaba llorando. Recordaba la identidad de sus cachorros pero había olvidado las de los

guerreros que lo rodeaban. Ellos habían olvidado quién era y se reían del anciano, cuyas lágrimas tomaban por una señal de debilidad.

Loba olvidó su saquillo y los aliados que ahora llevaba allí. Hizo una mueca, apretó los dientes y gruñó a los Garou que lo rodeaban. No podía confiar en ninguno de ellos. ¿Quién sabía cuántos de ellos trabajaban para el enemigo? El Wyrm era sutil y corruptor y podía ocultar sus intenciones en los corazones de cualquier Garou. Se volvió en un círculo, temiendo presentar la espalda a cualquier guerrero durante mucho tiempo.

Todos los Garou habían olvidado por qué estaban allí y quiénes eran sus camaradas. Hasta los lazos que unían a las mandadas desaparecieron frente al asalto místico al que el dragón sometió a sus recuerdos.

Sólo Mari recordaba algo de su auténtico propósito. Lo que había sufrido en el pasado reciente la había escudado en parte frente al poder de Jo'clath'matric. Miró a su alrededor y comprendió lo que estaba ocurriendo, aunque sin saber muy bien quién era cada uno de ellos. Recordaba, sin embargo, que estaba allí para cazar a Jo'clath'matric, la criatura que casi había matado su espíritu. No sabía quién era el dragón que los estaba sobrevolando pero sospechaba que se trataba del enemigo.

El dragón dejó de cantar y se precipitó sobre los Garou. Sus garras pasaron entre ellos, los dispersaron y mataron a cuatro de una sola pasada. Cogió otros dos con las fauces y los hizo pedazos con una vigorosa sacudida del cuello. Sus cuerpos se desintegraron como si jamás hubieran existido. Cuando el dragón se alzaba para hacer otra pasada, sintió un terrible dolor en la cola. Bajó la mirada y vio a un Garou, una hembra de pelaje negro, aferrada allí, desgarrándole las escamas con las zarpas. Se arrojó sobre la herida abierta que tenía en la parte inferior del cuerpo, la

que le había infligido recientemente el maldito lobo blanco, antes de que esta nueva amenaza se presentara para atacarlo.

Jo'clath'mattric reconoció a la Garou que se aferraba a su cuerpo. Por mucho que tratara de olvidar, recordaba todo cuanto las Perdiciones del Saber le traían, todos los recuerdos que le habían servido como alimento. Y recordaba que odiaba a aquella criatura, Mari Cabrah.

Se estremeció violentamente en el aire, tratando de quitársela de encima pero la presa de la Garou era demasiado fuerte. Se dobló sobre sí mismo, sacó los colmillos y le desgarró el costado. Pero a pesar de ello, Mari no perdió sus recuerdos. Su sentido de la identidad era demasiado fuerte. Había sufrido su juicio antes y había escapado al veredicto.

Jo'clath'mattric gritó de furia por aquella afrenta y la azotó con la cola con todas sus fuerzas.

Mari no pudo seguir agarrada a la criatura, no después de que le hubiera mordido en las costillas. Cayó con fuerza sobre la arena. El dolor le hizo gruñir pero lo ignoró y volvió a levantarse, preparada para lanzarse sobre Jo'clath'mattric si volvía a atacar.

Jo'clath'mattric describió un gran círculo sobre sus cabezas para adquirir impulso y volver a atacar con todas sus fuerzas.



John salió del agujero con la ayuda de Grita Caos y Ojo de Tormenta. Era el último. Julia y Grita Caos miraban hacia la otra orilla, donde estaba produciéndose una masacre. Los Garou corrían en todas direcciones, a todas luces confusos por algo. Albrecht caminaba entre ellos sin sentido, como si ignorara que era su líder.

Sólo Mari luchaba contra la criatura y acababa de ser arrojada al suelo. Grita Caos la vitoreó cuando volvió a levantarse.

—¿Qué coño hacemos? —gritó Carlita mientras corría de un lado a otro de la orilla—. Nadando no llegaremos a tiempo.

John midió la distancia y se dio cuenta de que no podría arrojar la lanza tan lejos. Pero al hacerlo recordó el hielo que envolvía la punta.

—Atraedlo. ¶Me da igual cómo pero atraedlo aquí!

El dragón llegó al cénit de su ascenso y apuntó el morro hacia el suelo. Cayó como un cohete viviente, en un picado de increíble velocidad. Directamente hacia Mari.

—Tengo una idea —dijo Grita Caos. Colocó las dos manos a ambos lados del hocico y le gritó al dragón—. ¶Bh! ¶Macheriel!

El dragón se estremeció en el aire y viró bruscamente, al tiempo que emitía una especie de estruendoso maullido, como si acabara de recibir el golpe de un martillo neumático en pleno rostro. Sacudió la cabeza y miró a su alrededor tratando de dar con la fuente del sonido.

—¶Macheriel! —volvió a exclamar Grita Caos.

El dragón se revolvió y voló directamente hacia la isla, con los ojos centelleando de cólera. La criatura lupina de la isla había pronunciado su nombre. Su odiado nombre. No podía soportar el peso de su fracaso. Debía extinguir la fuente de los remordimientos. Mientras se abalanzaba sobre Grita Caos, abrió las zarpas.

John aprestó la lanza para arrojarla contra el corazón del monstruo pero fue demasiado rápido para él. Atrapó a Grita Caos al vuelo y lo empujó con todas sus fuerzas contra una pared. Soltó el cuerpo destrozado del Garou y volvió a ascender, preparándose para una nueva pasada. Grita Caos trató de arrastrarse con las escasas fuerzas que le quedaban pero sus quebrados huesos aullaron de agonía y se negaron a moverse.

Julia saltó por encima de una roca, cayó a su lado y le tocó el pecho con delicadeza. Susurró en voz baja para convocar las enseñanzas de los espíritus y comenzó a curarlo y a soldar sus huesos rotos. Pero antes de que pudiera terminar, una criatura oscura se posó sobre su hombro y le mordió en la oreja. Al instante olvidó lo que estaba haciendo y empezó a vagabundear por la caverna.

John corrió hacia allí y golpeó a la Perdición del Saber con el extremo romo de la lanza. La criatura salió despedida pero recobró el equilibrio a mitad de vuelo y se arrojó contra su cara. La apresó con las garras y la estrujó entre sus dedos como si fuera un pedazo de papel. Su cuerpo se disolvió y libero espíritus del saber que se perdieron entre las ruinas.

—¡Ahí viene otra vez! —gritó Carlita.

John vio que Jo'clath'mattric descendía directamente hacia ellos, esta vez sobre Carlita. Corrió a su lado y apuntó con su lanza el corazón del dragón, pero en el último segundo la criatura varió de rumbo y vomitó encima de ellos. En lugar de comida parcialmente digerida, lo que brotó de sus fauces fue una masa viviente de icor negro. Cayó al suelo y al instante ascendió por la pierna de Carlita y la engulló. La Garou trató de quitársela de encima pero sus garras pasaban por ella como si fuera agua.

—¡Dios, quema! —gritó—. ¡No me lo puedo quitar!

John trató de ayudarla pero sus manos la atravesaron sin conseguir nada.

—Julia —exclamó—, ¿qué es esto?

No hubo respuesta. Se volvió hacia ella y vio que seguía teniendo la mirada vacía. La Perdición del Saber le había arrebatado mucho. Grita Chaos se estremecía en el suelo, tratando de ponerse en pie, pero apenas era capaz de moverse. Parecía que tuviera rota la mayoría de los huesos.

En ese momento apareció Ojo de Tormenta y saltó sobre el negro icor pero profirió un aullido al notar que también empezaba a quemarla. Nada de lo que hacía tenía ningún efecto sobre la masa. Se apartó del charco cada vez más grande y John captó un tufo a pelo quemado.

Levantó la mirada y vio que Jo'clath'mattric viraba en el aire, con la atención puesta ahora en la otra orilla, donde los guerreros Garou iban de acá para allá, confundidos y algunos de ellos agonizantes. Evidentemente, el dragón no creía que la manada representara ya una amenaza.

John miró la lanza y la punta cubierta de hielo. Sabía que seguramente podría hacer algo contra el icor. Fuera el que fuese el poder que le habían conferido los espíritus, era de esperar que tuviera algún efecto sobre la masa líquida que estaba quemando a sus compañeros. Pero si las utilizaba para salvarlos, perdería la única arma con que contaba frente a Jo'clath'mattric. Carlita cayó al suelo entre gorgoteos de dolor. John volvió la mirada a la otra orilla, en busca de algún indicio de que Albrecht y los demás se hubieran recuperado y podían enfrentarse a Jo'clath'mattric. Sólo Mari y Loba permanecían firmes.

Loba estaba mirando fijamente al dragón, con la mano en la bolsa. ¿Le estaban dando los espíritus de saber que guardaba allí valor y sentido del propósito?

Levantó la mirada y vio que Jo'clath'mattric estaba casi ya fuera del alcance de su lanza. Tenía que elegir. Recordó el sueño y volvió a oír aquella voz: *Necio, has desaprovechado el don de los Ancestros Animales.*

Ojo de Tormenta aulló de dolor y se desplomó jadeando junto a Carlita. El icor estaba llegando al cuello.

Con los ojos inundados de lágrimas, John echó el brazo atrás y arrojó la lanza contra el dragón. El arma voló certera hacia el

corazón de la bestia pero el lanzamiento no había sido lo bastante fuerte y la armadura de escamas la repelió. Pero entonces el hielo que recubría la punta despidió un brillo cegador y repentino y la lanza atravesó las escamas y la carne del dragón y se hundió profundamente en su pecho. La punta emergió junto a la espina dorsal de la criatura.

Jo'clath'matric profirió un gorgoteo y se desplomó. Trató de enderezarse sacudiéndose en el aire con violentos espasmos de las alas, pero ya no tenían la fuerza necesaria para sostenerlo. Cayó con mucha fuerza sobre la orilla de la isla y allí se quedó, convulsionándose. Desde la punta de la lanza que sobresalía de su espalda, una hueste de espíritus empezó a brotar del hielo conforme éste se fundía. Aparecieron animales en el aire y flotaron frente a los ojos del dragón, una casa de fieras extraída de un tiempo anterior al tiempo.

Para el dragón era una agonía. Los espíritus de los animales le susurraban, recordándole los juicios que antaño presidiera para ellos, antes de que su amo fuera apresado, antes de que él fracasara. Sollozó y trató de acallar sus gruñidos, sus balidos, sus trinos. No sirvió de nada. No podía contenerlos, ni tampoco a los recuerdos que traían consigo.

Echó la cabeza atrás y profirió un rugido de angustia y dolor y entonces golpeó las ruinas de la isla con la cabeza e hizo añicos los pilares de piedra y mármol en un intento por destruir su propia mente, por acabar con todo recuerdo. Mientras las rocas empezaban a quebrarse, abrió las fauces y las devoró, las engulló por completo y a continuación pasó a hacer lo mismo con todo cuanto lo rodeaba. La isla empezó a desintegrarse.

John saltó hacia la bestia, sacando las garras para acabar con ella. Una horda de Perdiciones descendió del cielo, tratando de defender a su herido amo. John mató tres de ellas con las garras y

saltó sobre otras dos que trataban de colocarse a su espalda. Justo cuando llegaba junto a Jo'clath'mattric y se preparaba para dar un golpe, una Perdición cayó sobre su hombro izquierdo y le clavó las garras. John aulló de agonía. Pero en lugar de perder el conocimiento u olvidar su propósito, permaneció concentrado en lo que tenía que hacer gracias al dolor.

La Perdición le había mordido la herida, la misma que el espíritu Atcen le había infligido, un recuerdo de la prueba a que lo había sometido su padre. Recordó las palabras de su padre: *golpea a tu enemigo en el corazón*. John agarró la lanza con las dos manos y la arrancó de la carne del dragón. Se asomó a la herida abierta y vio que no había atravesado el corazón, tal como había creído, sino sólo lo había desgarrado.

Jo'clath'mattric se estremecía sacudiendo el torso de un lado a otro. Mientras la Perdición mordisqueaba el hombro de John y el dolor empezaba a volverse insoportable, volvió a apuntar al monstruo con la lanza. Las sacudidas del torso de la bestia lo hacían más difícil. Si no la clavaba en la herida ya abierta, no podría atravesar las escamas. Esperó, tratando de calcular cuándo se volvería el dragón. La Perdición seguía mordiendo y empezó a sentirse mareado, como si por fin hubiera tocado una capa de su espíritu y le estuviera absorbiendo la vitalidad.

Se aferró a la admonición de su padre y arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Se hundió en la herida abierta justo cuando Jo'clath'mattric detenía sus convulsiones. El arma se hundió de lleno en el corazón.

Jo'clath'mattric rodó sobre sí mismo, cayó al lago con un estruendoso chapoteo y se hundió profundamente bajo la superficie.

El icor negro se disolvió en el aire como si fuera niebla. Las Perdiciones del Saber cayeron al suelo y se convirtieron en nada, liberando a los espíritus atrapados en su interior. Éstos



empezaron a volar por toda la caverna, se introdujeron en los miembros de la manada, restauraron sus espíritus y los inundaron con recuerdos de antaño. Todos sacudieron la cabeza mientras trataban de concentrarse en el aquí y ahora y acallar las voces de aquellas historias pasadas.

Julia puso las manos sobre Grita Caos y completó su curación. Su amigo suspiró de alivio, todavía dolorido pero capaz ya de moverse.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó mientras se ponía en pie con dificultades sobre el suelo de la isla, que las convulsiones del dragón seguían estremeciendo. Cogió la mano de Julia y echaron a correr hacia la orilla.

Ojo de Tormenta, con todo el pelaje chamuscado, ayudó a levantarse a Carlita. Parecía exhausta, pero al menos estaba viva. Ojo de Tormenta la empujó hacia la orilla y la obligó a entrar en el agua. *Agárrate a mí*, dijo. Carlita gruñó, rodeó el cuello de la loba con las manos y entre las dos se dirigieron nadando hacia la otra orilla.

John los imitó, sujetando a Grita Caos por la cintura para ayudarlo a mantenerse a flote. El Garou estaba muy débil pero aún era capaz de nadar. Julia, ilesa y recuperada ya de su pérdida de memoria, nadaba más deprisa que los demás.

Sintieron que el agua empezaba a moverse hacia atrás y, al volverse, vieron que el dragón estaba sorbiéndola, engulléndola por completo. Se vieron arrastrados por la marea pero multiplicaron sus esfuerzos por ganar la otra orilla.

Los Garou que había allí se metieron en el agua para buscarlos. Todos parecían haber recuperado la memoria y saber con toda claridad dónde se encontraban y lo que estaba ocurriendo.

—Se está deshaciendo —exclamó Grita Caos—. [B] reino se viene abajo!

—¡Sacad a esos Garou del agua! —gritó Albrecht mientras corría hacia el lago.

—La orilla está desapareciendo —dijo Evan mientras, delante de sus ojos, la arena empezaba a precipitarse hacia las aguas como si la estuviera absorbiendo un aspirador.

La manada logró llegar a la orilla con la ayuda de los guerreros supervivientes. De los cuarenta y siete Garou originales, sólo treinta y tres habían sobrevivido.

—¡Buera! —gritó Albrecht—. ¡Corred a la salida!

Empujó a los guerreros hacia la salida mientras él se retrasaba y ocupaba la retaguardia.

—¡Albrecht! —exclamó Evan—. ¡No puedes quedarte! ¡Morirás!

—¡Alguien tiene que asegurarse de que Jo'clath'mattric no sobrevive!

Indicó a Evan que siguiera adelante.

—¡Maldita sea, no! —gritó Evan, mientras se apartaba de los demás y regresaba corriendo junto a su compañero de manada.

Albrecht lo apuntó con el klaive.

—¡Largo de aquí, chico! ¡Vete!

Mari, después de esquivar a un Garou que trataba de obligarla a salir, llegó junto a ellos.

—Joder, Albrecht, no. Tú eres el rey. Yo me quedaré. Tengo más razones que tú para querer muerta a esa bestia.

—¿Queréis dejarlo los dos? —gritó Evan—. ¡Éste no es momento para campeonatos de suicidas!

John se separó de su manada y corrió hasta donde estaba Evan.

—¡Albrecht, nadie tiene que quedarse! ¡Los Ancestros Animales se asegurarán de que el dragón muera! ¡Tienes que confiar en los espíritus!

Albrecht volvió la vista hacia la isla, que había desaparecido por completo. Sólo quedaba un remolino gigante, que absorbía toda el agua en sus gigantescas fauces. Por encima de él volaban animales fantasmales, profiriendo una cacofonía de sonidos. Se volvió hacia Evan y John.

—¿Cómo estáis tan seguros?

—Porque somos Wendigo —dijo John—. Sabemos que se puede confiar en los espíritus. Son nuestros contactos.

Evan asintió mientras dirigía una mirada suplicante a Albrecht.

Éste sonrió y corrió hacia ellos.

—De acuerdo, de acuerdo! Os sigo!

John y Evan corrieron hacia el túnel por el que habían llegado. Sus paredes estaban empezando a inclinarse, como si sus cimientos subterráneos estuvieran cediendo. Mari esperó a Albrecht y corrió a su lado.

—¿Cómo puedes ser tan capullo?

—¿Yo? —dijo él—. Pero si tú también querías quedarte a sufrir una muerte horrible!

Mientras corrían por el túnel en pos de los demás guerreros, Evan se detuvo para echar un vistazo a las pinturas de las paredes.

—Albrecht! Mira!

Albrecht lo hizo y se quedó boquiabierto. El líder de los Colmillos Blancos que despedía un resplandor blanco no era ya una figura esquemática trazada por una mano primitiva; ahora estaba representada con la fidelidad de una pintura del Romanticismo. Arkady se erguía frente a una a una hueste de ancestros de los Colmillos Plateados y los dirigía contra el dragón. Tras él, dirigiendo otro grupo, venía Albrecht. Las cabezas de ambos despedían un fulgor blanco y la forma imprecisa de un halcón volaba por encima de ellos.

Mari tuvo que arrastrarlos a los dos para alejarlos de la pared, que estaba empezando a agrietarse. Caía tierra del techo.

—**M**oveos! —gritó. Lo hicieron.

Las brillantes luces de la cámara del tesoro estuvieron a punto de cegarlos. Los espíritus del saber volaban por toda la estancia, devolviendo a las riquezas el lustre de antaño, cuando su historia era aún nueva. Loba se detuvo para abrir su saquito y profirió una invocación muda. Algunos de los espíritus regresaron a la bolsa. Volvió a cerrarla y corrió hacia la entrada de la caverna.

Los Garou brotaron como una riada sobre la planicie rocosa que había al otro lado. Aurak Danzante de la Luna alzó las manos para convocar a los espíritus de los vientos que aún los esperaban allí. De uno en uno, alzaron a los Garou en vilo y se alejaron en espiral por la Umbra.

John, Evan, Mari y Albrecht fueron los últimos en salir de la caverna. Mientras se volvía para contemplar cómo se colapsaba tras ellos la boca de la caverna, John vio su lanza dando vueltas en el aire, como si estuviera atrapada en un remolino. Alargó el brazo hacia ella y se la arrebató al viento. Cuando lo hizo, un solitario espíritu del saber, empapado de icor negro, fue tras ella. Había estado atrapado en el corazón mismo de Jo'clath'mattric y ahora era libre. Atravesó a John y la cabeza empezó a darle vueltas.



La planicie rocosa desapareció y se encontró en el bosque agreste en el que había morado Jo'clath'mattric cuando todavía era joven y puro. Permaneció en silencio, escuchando un sonido metálico, parecido al golpe de un martillo sobre un yunque. Se volvió y vio al maltrecho dragón, que estaba golpeando su cabeza

contra una roca. La luz de sus ojos estaba cada vez más apagada y el cerebro se le iba haciendo pedazos.

En ese momento, un precioso pájaro de plumaje rojo se posó sobre la rama de un árbol próximo y dijo:

—Macheriel, siento lástima por tu condición, pero tú mismo eres el responsable. Más lástima me inspiran aquellos que vivirán en los últimos días del mundo, que tu muerte traerá a la tierra una vez que por fin te hayas devorado a ti mismo.

El dragón cesó por un momento de debatirse y se volvió hacia el pájaro.

—Oh, Fénix, señor de la profecía, dime que ese día llegará pronto.

—No. Tu miseria será larga y no remitirá hasta el día en que los Elegidos de Gaia te liberen de una prisión de tu propia hechura.

El dragón lanzó un grito de angustia y empezó de nuevo a golpearse la cabeza. El cráneo se le hizo añicos, cayeron ríos de sangre por toda su cara y sus ojos quedaron ciegos.

El Fénix echó a volar y desapareció en la inmensidad del cielo.



John sintió que un viento frío le mordía el pelaje y se percató de que el cielo se había oscurecido. Los espíritus del viento se lo llevaron lejos, a la noche de la Umbra, muy por encima de las sendas lunares. Vio a sus compañeros no muy lejos, dando vueltas y vueltas, mareados por la velocidad de su viaje. Los vertiginosos cambios del paisaje hicieron que sintiera vértigo. Cerró los ojos y se sintió mejor.

---

Cuando volvió a abrirlos, se encontraba en tierra firme. Había otros Garou de la partida cerca de él, tratando de recobrar el equilibrio con piernas temblorosas. Albrecht miró a su alrededor y vio que estaban todos los que habían salido de la caverna. Echó la cabeza atrás y lanzó un aullido de victoria. Los demás se unieron a él y su aullido se extendió por el paisaje Umbral en el que se encontraban, en las tierras del túmulo del Rey Albrecht.

## Epílogo



John estaba sentado en el lindero del bosque, contemplando cómo sacudía el viento las ramas desnudas de los árboles. Una ramita se partió a su espalda y al volverse se encontró con sus camaradas, que caminaban hacia él entre los troncos. Se puso en pie y trató de sonreír.

—Ahí está —dijo Julia—. El hombre del día, escondido en el bosque.

—Sí —dijo Carlita. Tenía quemaduras por todo el cuerpo. Le habían curado la mayoría de ellas por medios mágicos pero conservaría algunas cicatrices—. ¿Qué ocurre? Todo el mundo quiere hablar contigo, tío. Dentro de unos años les contarán a sus cachorros que te conocieron.

—Eso da igual —dijo John mientras volvía a sentarse—. Hemos ganado. Por ahora. Pero el Wyrms sigue ahí fuera, corrompiéndolo todo. Al final vencerá.

—Uau —dijo Grita Caos. Caminaba apoyándose en un bastón pero su herida estaba evolucionando bien y dentro de poco no lo necesitaría—. ¿De donde viene eso? ¡Le clavaste una lanza en el corazón a Jo'clath'mattric y cayó! Hubiera matado a Mari y a

todos los Garou presentes, nosotros incluidos. ¿Qué es lo que te pasa en realidad?

John guardó silencio un momento, mientras discutía consigo mismo si debía o no hablarles de la historia que había presenciado al final, la que le había revelado el espíritu que había escapado del corazón de Jo'clath'mattric. La historia que más había temido el dragón y que había ocultado en lo más hondo de su corazón.

*¿Estás enfermo?*, preguntó Ojo de Tormenta. Aún tenía el pelaje chamuscado. Al igual que a Carlita, le habían curado sus heridas, pero conservaría algunas de las cicatrices, señales orgullosas de su triunfo. *¿Te hirió de gravedad alguna Perdición del Saber? Los curanderos se encargarán.*

—No, no se trata de eso —dijo John. Volvió a sonreír—. Lo que pasa es que son demasiadas cosas de una sola vez.

—Claro —dijo Grita Caos—. Y la mejor medicina es la fama. Vamos, aún se habla de ti en el banquete. Stuart Que Dice la Verdad está allí, y también Mephi Más Veloz que la Muerte. Los dos quieren oír la historia de tus labios, para poder llevarla a otros clanes por todo el mundo.

John se levantó y le puso una mano en el hombro.

—Ese privilegio te corresponde a ti, compañero. Tú estabas allí. Hiciste tanto como yo para acabar con Jo'clath'mattric.

—Todos contribuimos —dijo Carlita—. Somos una manada, ¿te acuerdas? Todos para uno y uno para todos.

—Cierto —dijo John, con una sonrisa que por un momento fue genuina—. De acuerdo, volvamos allí y seamos el centro de atención un rato.

—¿Un rato? —dijo Grita Caos—. Nos han ofrecido una vuelta al mundo! Los Jarlsdottir de Yunque-Klaiven quiere que vayamos a contarles la historia, Y también Konietzko, allá en Cielo



Nocturno. Y la verdad es que tengo muchas ganas de volver a ver a Caminante del Alba. Estoy impaciente por volver a oír su aullido!

—Y Tampa —dijo Carlita—. Será nuestra primera parada. Mis colegas tienen que saber lo que me ha pasado.

—Y luego a Londres —dijo Julia—. Tengo que contarle todo en el clan. Se lo merecen. Al fin y al cabo nos acogieron allí.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo John mientras levantaba las manos en un gesto de rendición—. Ya lo cojo. Los visitaremos a todos. Esta vez en paz. Tan sólo dadme unos minutos más a solas, ¿de acuerdo? Enseguida voy.

Grita Caos lo miró unos momentos y, tras decidir que su respuesta era aceptable, respondió:

—Muy bien. Pero si no has vuelto en cinco minutos, enviaremos a los centinelas a buscarte.

John se echó a reír y se despidió con un gesto antes de volver a sentarse. En cuanto se hubieron marchado, su sonrisa desapareció. Bajó la cabeza y la apoyó en las manos.

—Oh, Padre, no sé si puedes oírme, pero dime que el último cuento era una mentira. Dime que el Fénix no profetizó nuestra destrucción.

El viento siguió soplando pero no llevó ninguna respuesta a los oídos de John. Al cabo de un rato se puso en pie, con el rostro estoico y sombrío. Sabía acarrear cargas y tragarse la amargura. Sabía entumecerse y cerrar los ojos a las peores verdades. Comprendía que el conocimiento del futuro puede enloquecerte si está escrito. Conocía el secreto del dragón y se lo guardaría para sí.

Siguió el rastro de sus camaradas hasta la fiesta, hasta la alegría y la celebración, con el corazón dolorido por la suerte de quienes lo esperaban allí, por el destino que ahora se cernía sobre

---

ellos tras la muerte de Jo'clath'mattric, tal como prometieran las palabras del Fénix.

